

40421
20

Escuela Nacional de Estudios Profesionales Aragón
UNAM

Las causas religiosas del conflicto entre judíos y palestinos

Tesis que para obtener la licenciatura en Relaciones Internacionales presenta

José Guillermo López Figueroa

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

Ciudad de México, octubre de 2003

A



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A mis queridos padres:

Don Gabriel López Quijada
y
Doña María del Carmen Figueroa de López

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

A mi esposa y compañera:

Silvia Adriana Quiñones Benítez

Y a mis hijos:

**Adriana Paulina
Juan José
y al que está por llegar**

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

A

Don Fernando de la Luz Bello Morín,

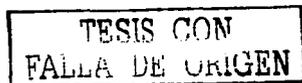
maestro que hace del pensamiento palabras, de las palabras sueños y de los sueños realidades.

Refiriendo mis deudas y mi gratitud.

**TESIS CON
FALLA DE ORIGEN**

Indice

Introducción	IV
1.. La religión en los orígenes del conflicto.	1
1. 1. Los reclamos de posesión de la tierra avalados por los textos sagrados.	2
1. 2. El judaísmo. factor decisivo en la Segunda Diáspora en la Palestina romana	25
1. 3. El judaísmo en el exilio y las otras Palestinas.	29
1. 4. El sionismo y el retorno a la tierra prometida.	33
1. 5. ¿El Islam. una concepción totalizadora en la arabización de Palestina o una identidad asumida ante el despojo de su territorio?	45
2. Las causas geopolíticas del conflicto.	54
2. 1. Palestina en la encrucijada. al término de la Primera Guerra Mundial.	55
2.2. El Mandato Administrativo. nueva figura jurídica del Colonialismo.	61
2. 3. Palestina dentro del nacionalismo árabe.	65
3. El conflicto ante la nueva composición de fuerzas en la política mundial contemporánea.	74
3. 1. Nacimiento del conflicto como parte de la Guerra Fría.	76
3. 2. El petróleo como factor de coerción internacional.	81
3. 3. La Segunda Intifada y un proceso de paz sin fin.	85
3. 4. ¿Un conflicto sin solución?	89
Conclusiones	I
Apéndice: textos y mapas	VII
Bibliografía	XVIII



Introducción

Este trabajo, denominado "Las Causas Religiosas del Conflicto entre Judíos y Palestinos", tiene como objetivos, primero, acreditar la importancia que han tenido históricamente, y aún hoy tienen, el islamismo y el judaísmo como las religiones de Palestinos e Israelíes, pueblos confrontados a raíz de la creación del Estado de Israel, y de qué manera, si es que lo hacen, avalan los reclamos de ambos por la legitimidad de la posesión de un mismo territorio, y segundo, contemplar la posibilidad que estas mismas tienen de contribuir a la solución del problema iniciado en 1948, además de dar un repaso a sus orígenes y a la historia de su lucha por poseer un territorio, que se remonta a la Primera y la Segunda Guerra Mundial y se inscribe dentro del fenómeno de la Guerra Fría y el surgimiento del nacionalismo árabe en la década de los cincuenta.

No es posible buscar conclusiones ni comprobar hipótesis sin un panorama general en el tiempo y en el espacio de lo que hoy se conoce como Israel o Palestina. El peregrinar de esos pueblos, las calamidades, las guerras y las invasiones son elementos vigentes en el espíritu de quienes protagonizan esa lucha de supervivencia que ha generado el despojo y la marginación para los palestinos y la usurpación o "recuperación" de un territorio para los israelíes, aunque su nacionalidad sea de reciente acuñación y no hayan nacido ahí.

Otro propósito de este esfuerzo académico es culminar la investigación en un momento y un lugar específico: la situación israelí-palestina en el otoño del año 2000, momento conocido como la Segunda Intifada. Elijo ese momento porque está lleno de significados históricos. Es réplica de situaciones ya vividas después de 1948, cuando la tensión subió, los acuerdos contraídos por las partes se violaron y la salida política pareció esfumarse. Y dio lugar a un nuevo desafío para quienes le apuestan a una solución pacífica que convenga a todos, y que dure.

No obstante el presente planteamiento, ninguno de los protagonistas considera las diferencias religiosas como parte del problema; éste es para ellos un tema secundario que no se ha considerado como objeto de negociación ni, mucho menos, se reconoce como protagonista del conflicto moderno.

Sin embargo, la religión, de uno y otro lado, no parece estar ajena al conflicto: basta recordar el asesinato del primer ministro laborista Yitzhak Rabin en 1995 por los

judíos ortodoxos, que pretenden un Estado teocrático, y, por el lado palestino, los sacrificios religiosos de algunos ciudadanos convertidos en hombres-bomba, que siembran terror en las tierras habitadas por israelíes.

Por consiguiente, la corriente histórico-metodológica fundada por la revista *Annales d'Historie Economic et Sociale* llamada de las **Mentalidades** es la más apropiada para nuestro estudio; de acuerdo con Marc Bloch, con este enfoque se analizan "maneras de sentir, de pensar y de imaginar la realidad; maneras de actuar de la sociedad consciente e inconscientemente". Es particularmente importante al respecto la aportación, en este ámbito de pensamiento, de Fernand Braudel, quien, a partir de un ajuste de cuentas con las otras corrientes históricas del siglo XIX y XX, determina conceptos y categorías de análisis sumamente valiosas para el estudio político y social de los pueblos desde una perspectiva multidisciplinaria.

En el presente caso, por sus características y enfoque, reviste especial interés el análisis del fenómeno religioso a partir del cual se ha movido y se sigue moviendo, sin que se reconozca abiertamente, el ajedrez político de Palestina. La palabra "religión", cuya raíz latina proviene del verbo "religare", que significa "atar dos veces" o "ceñir más estrechamente", es el conjunto de creencias o dogmas acerca de la divinidad, de sentimientos de veneración y temor hacia ella, de normas morales para la conducta individual y social y de prácticas rituales, principalmente la oración y el sacrificio, para darle culto; dicho de otra manera, es la doctrina que regula al hombre individualmente con la divinidad y lo liga socialmente con la comunidad a la que pertenece, donde precisamente la religión asume el papel de elemento primordial en el sentido de pertenencia a un grupo, de tener en común una creencia y, por ende, un sinnúmero de reglas y normas para esa convivencia.

La religión, en términos generales considerada como la necesidad que todo ser humano en lo individual y todo grupo social en lo general tienen de relacionarse con el creador o ser supremo a quien se le atribuye la conformación del universo, señor y dador de vida, es una relación trascendente de carácter existencial por medio de la cual el individuo se explica a sí mismo en relación con el mundo circunstancial.

Para el caso de esta investigación, por su carácter histórico y político, resulta muy adecuado entender la **religión** como un **bien cultural**. Dice Braudel: "Una civilización es, en primer lugar, un espacio, un área cultural, un alojamiento (con una masa muy diversa de **bienes culturales**): el material o los tejados de las casas... un determinado arte de emplumar las flechas, un dialecto o un grupo de dialectos, unas

v

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

aficiones culinarias particulares, una técnica peculiar. **una manera de creer**, una forma de amar... El agrupamiento regular, la frecuencia de ciertos rasgos y la ubicuidad de éstos en un área precisa constituyen los primeros síntomas de una coherencia cultural. Si a esta coherencia en el espacio se añade una permanencia en el tiempo, llamo civilización o cultura al conjunto, 'al total' del repertorio".¹ Enseguida agrega Braudel: "El área cultural... pertenece al dominio de la geografía (y) posee un centro, un 'núcleo', unas fronteras y unos márgenes propios", pero un área puede reunir a varias sociedades o grupos sociales, lo que produce constantes fricciones y, a falta de normas que regulen la relación, puede ocasionar guerras continuas, que es el caso que nos ocupa, porque en el devenir histórico se pierden en los linderos de la leyenda la extensa y abigarrada gama de pueblos que poblaron el Fértil Creciente, también conocido como la región de la Media Luna.

Volviendo a nuestro planteamiento, el "conjunto total del repertorio" no es otra cosa que aquello que permite la constitución de cada pueblo, diferenciados unos de los otros por sus propios bienes culturales. Los pueblos palestino e israelí, a pesar de su cercanía y de su origen milenario, poseen **bienes culturales** que los hacen diferentes y entre estos bienes, particularmente, se encuentran sus creencias religiosas.

Braudel señala también que los bienes culturales no cesan de viajar, las civilizaciones los exportan o los toman en **préstamo**: "Ciertos elementos culturales, como la ciencia y las técnicas modernas, son incluso contagiosos". Pero también hay **repulsas**, "existen a veces resistencias a tomar en préstamo, ya sea una forma de pensar, **de creer o de vivir**, ya sea un mero instrumento de trabajo. Algunas de estas resistencias van incluso acompañadas de una conciencia y de una lucidez agudas, mientras que otras son ciegas, como si estuvieran determinadas por umbrales, por cerrojos que impiden el paso"² y generan situaciones de intolerancia y beligerancia, en ocasiones extremas. Como se verá en el trabajo, estas repulsas ocasionaron en la historia de los pueblos estudiados múltiples conflictos a lo largo de los siglos. Así pues, **la religión, además de ser un bien cultural, es una estructura de larga duración** y se encuentra tanto en la mente como en los hábitos sociales de los pueblos palestino e israelí.

¹ Braudel, Fernand. La Historia y las Ciencias Sociales. México. Alianza Editorial. 1995. Pág. 80.

² Braudel, Fernand. Op. cit. Pág. 174.

En el caso del judaísmo como religión y lo mismo por lo que se refiere al Islam, estamos hablando de bienes culturales de larga duración —de casi 5,000 años para el judaísmo y 1.300 años para el islamismo— acuñados a lo largo de milenios. Se trata de dos pueblos en conflicto por un territorio, con visiones propias sobre el problema y dos bienes culturales de larga duración enfrentados con otra concepción a la que también podemos catalogar como bien cultural (el Estado), que, dependiendo de su duración, puede ser una estructura de corto o mediano plazo y que, de hecho, a lo largo de la evolución de la humanidad y sus instituciones ha sufrido varios cambios y se nos ha presentado en varias acepciones.

La presente tesis, dada la problemática y el tema que aborda, de suyo es ya controvertida y conlleva una serie de aristas que la hacen difícil y fácil a la vez, sobre todo en el sentido de que pudiera pensarse que sobre el tema está todo dicho; pero, contrariamente a lo que se pueda pensar, se puede arrojar mucha luz al respecto y descubrir aspectos significativos que nos lleven a vislumbrar, en mi opinión, soluciones nuevas o al menos la comprensión de una problemática que desde 1948, y aun antes, viene causando polémica en el ámbito internacional.

A partir del establecimiento del Estado de Israel, una vez empezada la decadencia del sistema colonial entre guerras, la situación entre Israel y Palestina se ha vuelto insostenible, porque a cada endeble armisticio e intento de paz, aceptado sólo parcialmente por facciones de ambas partes en conflicto, el rompimiento del alto al fuego y el estallido de la violencia no se hace esperar. El derramamiento de sangre es constante entre los dos pueblos y las frecuentes agresiones a civiles ponen un toque de *vendeta* irreversible al conflicto, en el cual la Ley del Talión es la mejor expresión y no para desde septiembre de 2000, en que las imágenes de un padre palestino con su hijo adolescente muerto en sus brazos lloraba de rabia e impotencia ante el cruzado fuego de palestinos e israelíes. Cabe la pregunta: ¿Siempre ha sido así?

En este orden de ideas, el presente trabajo pretende ser una modesta contribución al entendimiento y desmenuzamiento del problema y acreditar la importancia que históricamente ha tenido y tiene aún la religión, tanto en los inicios del conflicto como para encontrar una posible solución al mismo y, a partir de ahí, quedan como planteamientos iniciales o hipótesis principales las siguientes:

Primera: En el conflicto entre israelíes y palestinos, iniciado a finales de la década de los treinta ante el despojo creciente de tierras que iban sufriendo los palestinos a manos de los judíos, y que culminó con la creación del Estado de

Israel en 1948, el factor religioso siempre ha jugado un papel decisivo debido a que se ha mantenido, en cierta medida y bajo determinadas circunstancias, como la justificación ideológica que sostiene el clima de violencia que se suscita de manera continua y permanente entre los dos pueblos, y

Segunda: La solución al conflicto entre palestinos e israelíes hay que buscarla en el origen mismo del problema, mediante la búsqueda común de un clima de tolerancia para encontrar en las posibles similitudes de ambos pueblos, coincidencias y puntos de vista afines, heredados de un bagaje cultural común, una línea de convergencia que haga posible que las negociaciones de paz, tantas veces interrumpidas, alcancen algún consenso.

Si estamos de acuerdo, como ya lo mencionamos, de que el vocablo "religión" proviene del latín *religare*, que significa atar dos veces, y comulgamos con Braudel en que la religión además de ser un bien cultural es una estructura social de larga duración que regula al hombre individualmente y lo liga socialmente, hay que hurgar en el origen común del judaísmo y del Islam las posibles convergencias entre las dos doctrinas, porque toda religión, en esencia, busca la justicia, favorece la concordia, fomenta la solidaridad, predica el amor y el perdón.

En el año de 1993, Samuel P. Huntington, notable politólogo y asesor del Pentágono, al ser entrevistado por la revista *Foreign Affaire* respecto de unos comentarios suyos sobre la acuñación del término "Guerra de Civilizaciones" para referirse e identificar el estilo futuro de las guerras en el contexto tan en boga de la globalización, expresó lo siguiente: "En el mundo moderno la religión es una fuerza central, tal vez la principal fuerza que motiva y moviliza a las personas... Lo que en último término cuenta para las personas no es la ideología política ni el interés económico; aquello con lo que las personas se identifican son las convicciones religiosas, la familia y los credos. Es por estas cosas por las que la gente combate e incluso está dispuesta a dar su vida"³.

En otras palabras —expone Leonardo Boff al referirse a la mencionada entrevista—, se reconoce la centralidad del factor religioso en la sedimentación de un pueblo y en la definición de las identidades étnicas⁴. Obviamente, la religión no supl

³ Huntington, Samuel P. *Foreign Affairs*. New York Revista nov-dic. 1993. Pág. 194.

⁴ Boff, Leonardo. *Fundamentalismo: La globalización y el futuro de la humanidad*. Cap. Papel de las Religiones en las Políticas Mundiales. Santander. Editorial Sal Terrae. Colección Breve No. 37. 2003. Pág. 54

las instancias económica, política, cultural o militar, pero sí le compete formular las motivaciones profundas y elaborar aquella mística que confiere fuerza a un pueblo y que en determinados momentos puede proporcionar las justificaciones tanto para la guerra como para la paz, como vemos que sucede ahora mismo en ambos lados del conflicto y como lo encontramos escrito en los textos sagrados que de tiempos atrás predisponen situaciones controvertidas; pero aun así, dentro de los mismos textos teológicos se debe hurgar para intentar lograr el acuerdo en lo fundamental, por irreconciliables que parezcan.

Ahora bien, para efectos de la presente investigación, sobre todo por lo que a las hipótesis se refiere, debe quedar bien claro y delimitado que la consulta y el uso de textos sagrados originales como la Torá, la Biblia y el Corán se hacen en estricto apego al tema que nos ocupa y para dar testimonio de cuales son las posturas que respaldan a los dos pueblos en conflicto. También hay que decirlo desde el principio, que si bien es cierto el problema se suscita a raíz de la creación del Estado de Israel y la partición de Palestina que culmina con el despojo de los palestinos de sus tierras, que se venía dando desde fines del siglo XIX aún dentro de la administración Otomana, las religiones, tanto la judía como la musulmana, nunca han tratado, dentro de un marco de tolerancia, ser un factor de distensión. Tal vez aquí se pueda afirmar que la coexistencia pacífica de los dos pueblos y más que pueblos, religiones que se dio en el norte de África y en la España musulmana, (a fines del siglo XV y principios del XVI) se haya debido a que no existía el problema de la lucha por la posesión de la tierra que hoy se da y a que los judíos y árabes de ese entonces no eran precisamente los palestinos y judíos de hoy en día. Son dos situaciones y circunstancias muy distintas en tiempo y espacio; el problema actual a casi quinientos años es otro, puesto que las hostilidades entre palestinos e israelíes se dan justamente ante la inmigración de judíos europeos a Palestina, bajo la pretensión de la idea de "La tierra prometida", planteada en un momento en que eran perseguidos, asesinados y torturados en Europa Oriental, para después serlo en Europa Central y Occidental.

Aunque en realidad se vieron obligados a tener que salir prácticamente huyendo de Europa por causas políticas y económicas y llegar así a otros países del mundo, principalmente a Palestina, siempre se argumentó que era por motivos religiosos. La constante llegada de judíos a Palestina, condujo a un grupo de judíos ortodoxos a decir: la inmigración de judíos responde estrictamente a causas religiosas, movimiento que

más tarde se tratará de acercar con el sionismo. La inmigración ilimitada de judíos provocó la reacción de la población que habitaba Palestina: los palestinos.

1.- La religión en los orígenes del conflicto

Este capítulo tiene por objeto hacer una revisión minuciosa de cómo el judaísmo y el islamismo inciden de manera directa en el origen y la evolución del conflicto entre palestinos e israelíes y cómo ambos pueblos, de manera tácita, lo dan por aceptado, aunque al llegar a la mesa de negociaciones en los sucesivos procesos de paz que se han iniciado, la religión no juega ningún papel preponderante ni se le da la importancia que debiera como factor real de acercamiento y distensión. Tanto el judaísmo como el islamismo han jugado en este asunto el rol de ideología justificadora que sustenta las distintas posiciones y luchas por la posesión de la tierra, en especial por lo que al judaísmo se refiere, que llega a tomar connotaciones teológicas en la concepción divina por la posesión de la tierra y, en el caso del islamismo, algunos grupos radicales, convierten a la causa palestina, por demás justa, en sagrada y sataniza a quien la combata y obstaculice.

En función de lo anterior se consultan los textos sagrados como la Biblia y la Torá, que aluden al problema en sus orígenes y justifican determinadas posiciones, llegando incluso, en el caso del judaísmo, a presentarse la interpretación de que es el pueblo elegido por Yahvé y no son ellos quienes se dan su propio Dios, sino el mismo creador quien los escoge como el pueblo prometido. En el caso de los palestinos, predominantemente islámicos —aunque también los hay cristianos en sus dos vertientes: ortodoxos y católicos—, el Corán, la revelación hecha libro, se antepone a todo y llega a considerarse a sí misma como la religión monoteísta por excelencia, síntesis del judaísmo y el cristianismo. Aquí se cuestiona hasta qué punto a partir del siglo VII los palestinos (antiguo pueblo filisteo) sufrieron una aculturación total al islamismo en lo que muchos llaman proceso de islamización. Lo significativo de este capítulo es constatar que en el origen del conflicto —un problema de despojo— las dos religiones acuden y son utilizadas como doctrinas justificadoras que, curiosamente, cada una avala una posición diferente. El uso de mapas es importante para dar luz al problema y corroborar el hecho de que ambos pueblos llegaron a Canáan, ahora Palestina, desde el año 1 200 a.c. y que ciudades como Gaza y Jerusalén siempre han estado ahí.

1.1.- Los reclamos de posesión de la tierra avalados por los textos sagrados

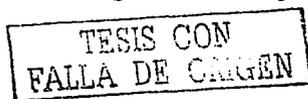
Ahondar un poco en los orígenes de la religión en Palestina e Israel es tanto como hurgar en los anales mismos de la historia del hombre en el principio. No es necesario para el desarrollo de nuestra investigación tratar de hacer toda una apología de la religión, nos basta con que esté ahí y sea una realidad insoslayable; lo que sí es más que evidente es que estamos hablando de religiones que tienen una diferencia de edades, en cuanto a su antigüedad se refiere, de más de dos mil años y una diferencia esencial en cuanto a la divulgación de su credo: la religión judía, desde su creación, ha sido la doctrina de un solo pueblo, revelada por inspiración divina y teniendo como interlocutores a una serie de patriarcas, jueces, reyes y profetas; en cambio, en el Islam, el verbo hecho libro, "El Corán", revelado por el Arcángel Gabriel a Mahoma, dio a conocer la palabra de Alá en árabe e hizo público su credo a todos los gentiles, al grado que sus guerras y la extensión de su predominio siempre fueron en su nombre.

Si a antigüedad nos referimos, la judía es una de las religiones actuales o viva más antigua del mundo o, para ser más precisos, de las nacidas a partir de pueblos que surgieron en la Mesopotamia. Es la primera, o tal vez la única, que tiene la característica de ser también la que proporciona sentido e identidad como nación a sus seguidores: "Su Dios no es objeto de especulación metafísica, sino de una fe viva, más activa que mística... El Dios de Israel es el garante de la prosperidad y de la seguridad de un pueblo constantemente amenazado por la naturaleza y por las otras naciones... es el centro del honor nacional" ¹ (Vid. Infra. Apéndice, mapa Núm.1).

Si algo diferenció desde su nacimiento al pueblo de Israel fue su religión, porque no podemos, además, quitarle el mérito de ser el creador del monoteísmo ya que reconocen en su origen como textos sagrados a la Torá o Biblia hebrea, porque todo lo concerniente al Antiguo Testamento, lo sabemos bien, es la historia del pueblo judío.

En el caso de Israel no podemos desprender el concepto religión del concepto pueblo o etnia, porque el primero da origen al segundo y no se pueden entender el uno sin el otro porque son una unidad compacta que cobra su más caro significado en los peculiares reinados de David y Salomón, quienes, siendo reyes, nunca fueron el prototipo del monarca autócrata de origen divino, porque dentro de la todavía organización tribal del pueblo de Israel, en su época antigua, nunca fue concebido como

¹ Varios autores. Las Religiones Antiguas. Vol. III. México. Editorial Siglo XXI. 2001. Págs. 74-75.



una teocracia. Eran un pueblo que vivían en comunión con Yahvé, de acuerdo con sus leyes y preceptos, pero jamás fueron una teocracia como Egipto, donde el faraón no sólo era el monarca, sino que representaba en sí mismo a la divinidad. Era hijo de Amón, de Isis y Osiris, y él mismo pasaba a ser parte del panteón egipcio.

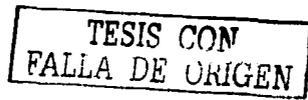
La religión judía constituye en sí misma un acontecimiento histórico sin precedente en el mundo, dada su trascendencia como la estructura religiosa o bien cultural más estable de cuantos se conocen, más que cualquier modo de producción, cualquier forma de gobierno y hasta de las formas de organización de las relaciones familiares. Nada ha durado más de 3.000 años. A su paso han desaparecido decenas o cientos de religiones antiguas, grandes ciudades, enormes y poderosos imperios, dioses y diosas amados por generaciones y pueblos enteros.

Otra característica sustantiva y controvertida de la religión judía es que desde su creación no ha pretendido crecer ni ganar adeptos fuera del pueblo judío como otras religiones. A todo lo que aspira es a conquistar la tierra prometida, el vergel en medio del desierto para el pueblo elegido, sin importar los medios que se deban emplear para conseguirlo; he aquí el verdadero problema y el complicado trasfondo de la situación que ahora, precisamente como hace tres mil años, sigue ahogando en sangre a la región de Palestina, que desde siempre se ha visto envuelta en este laberinto de creencias, intereses y fanatismo y a la que el destino le ha deparado una jugada nada halagüeña: más le valiera nunca haber sido la tierra prometida.

¿Es Yahvé, el dios de Israel, un dios beligerante? Más que eso, podríamos afirmar si nos remitimos a la Biblia: era un dios justo, sí, pero también justiciero, y por encima de quien fuera, su pueblo estaba primero. Nacida dentro de la concepción maniquea de la lucha constante entre el bien y el mal, la religión de Israel nace para dar identidad a un pueblo y a un dios. Es un dios, de acuerdo con la tradición de los patriarcas, que escoge a sus seguidores de entre el conglomerado de varias tribus nómadas y los entroniza como el pueblo elegido, surgido del seno de los habitantes nómadas y seminómadas que en la región del Fértil Creciente² quizás desde la edad de bronce o antes, y lo hace uno, independiente, singular, sobre todo por ser el único pueblo en la Mesopotamia en esa época, en el preciso momento de su nacimiento, en profesar una religión monoteísta (Vid. *Infra*. Apéndice, mapa Núm. 2).

¿Qué religión profesaba Abraham en el momento en que, según la tradición, Yahvé lo elige para ser la cabeza de su pueblo? Tanto la Biblia hebrea como las

² Malet, Alberto. El Mundo Oriental Antiguo. México, Editora Nacional, 1969. Pág. 85.



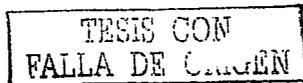
cristianas, como fuentes únicas en este caso, no nos lo aclaran, simple y sencillamente nos narran que era un habitante de la ciudad de Ur³, pastor y cabeza de un clan. Como sumerio nacido aproximadamente en el siglo XVII a.c., es muy probable que profesara el culto predominante a la diosa lunar Sin, que en ese tiempo se adoraba en una vasta región sumeria, por lo que sin lugar a dudas debió de rendir culto a varios ídolos, porque el monoteísmo nace conjuntamente con él y a partir de él —por lo menos así lo establece la Biblia—, y más tarde, a partir de Jacob, su nieto, nace Israel como pueblo, que se entrelaza en el tiempo con otros clanes y tribus que habitaron Palestina hacia el año 1800 a.c. —de acuerdo con la tradición, Abrahán fue el primer nómada, descendiente de Heber que viajó a Canaán y antes de partir, públicamente abandonó la adoración de los ídolos, convirtiéndose en partidario del monoteísmo. La leyenda cuenta también que Téráj, su padre, era fabricante de ídolos y que Abrahán, en un acceso de ira, los rompió todos—. Ahora bien, no debemos olvidar que si hay algún texto no sólo ligado a la tradición mesopotámica, sino que parte de ella —en especial el relato de la creación y luego posteriormente los del diluvio y la Torre de Babel, que están tomados de leyendas e historias mesopotámicas—, es el Génesis, primer libro del Pentateuco y primer libro de la Torá o de la Biblia, cualquiera que sea su filiación. Hay un dato que es importante acotar y es el hecho de que en la narración del Paraíso se mencione la existencia del río Éufrates, y en una narración mítica, dar una referencia geográfica real implica estar situado en un lugar específico⁴.

El arqueólogo y antropólogo alemán Werner Kéller⁵ nos demuestra cómo las investigaciones arqueológicas sitúan una gran inundación que abarcó a toda la Mesopotamia alrededor del año 4000 a.c. y que coincide con el Génesis. Todo este comentario es en función de que de una u otra manera, el Antiguo Testamento de la Biblia, además de ser la historia del pueblo de Israel, el pueblo escogido por Dios, traza una especie de línea recta o trata de integrar algo así como un árbol genealógico de Adán a Abrahán y mantiene siempre la promesa mesiánica del salvador que redimirá al hombre del pecado original, y más que al hombre común y corriente, al pueblo elegido, al pueblo santo, por ponerle una etiqueta de alguna manera, pues no hay que olvidar que es el pueblo que halló gracia a los ojos del altísimo y que de manera solícita se somete a su voluntad. Es conveniente apuntar también que la Biblia, aunque libro

³ Asimov, Isaac. Guía de la Biblia Antiguo Testamento. Barcelona. Plaza & Janés. 1969. Págs. 51-52.

⁴ *Ibidem*. Pág. 25.

⁵ Kéller, Werner. Y la Biblia tenía razón. Madrid. Editorial Omega. 1965. Pág. 62.

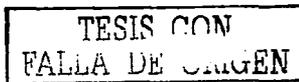


sagrado o conjunto de libros sagrados, tiene su origen en parte en los documentos o manuscritos del Mar Muerto y que, como ya lo dijimos, está íntimamente ligada a la historia de Mesopotamia y Canáan y, en virtud del tema que abordamos en el presente trabajo, es susceptible de ser utilizada, claro está, con las reservas y referencias del caso, sobre todo porque no debemos perder de vista la perspectiva de que para el pueblo de Israel es el punto de partida de su cultura y religión y sustento de su identidad.

De acuerdo con la tradición y en relación con el relato del hecho en que Abraham reniega y quema los ídolos y con él nace el monoteísmo, de este modo inventado o creado por el mismo Dios, no olvidemos que según el relato del yahvista es Yahvé quien elige a su pueblo, no el pueblo a Yahvé, aunque es sumamente interesante releer lo que Sigmund Freud nos dice al respecto en su libro "Moisés y la Religión Monoteísta":

"Hemos de situar el Éxodo de Egipto en el período de interregno que siguió al año de 1350. Las épocas siguientes a esa fecha, hasta que concluye la conquista de Canáan, son particularmente impenetrables. La investigación histórica de nuestros días pudo rescatar dos hechos de las tinieblas en que el texto bíblico ha dejado —o, mejor, ha sumido— ese período. El primer hecho, revelado por E. Sellin, es el de que los judíos, tercios e indómitos frente a su legislador y dirigente, como nos lo dice la misma Biblia, se rebelaron cierto día contra aquél, lo mataron y rechazaron la religión de Atón que les había impuesto, tal como antes lo habían hecho los egipcios. El segundo hecho, demostrado por E. Meyer, es el de que estos judíos retornados de Egipto se unieron más tarde a otras tribus estrechamente emparentadas con ellos, que vivían en la comarca situada entre Palestina, la península del Sinaí y Arabia: allí, en el oasis de Qadesh, adoptaron por influencia de los árabes madianitas, una nueva religión, la del dios volcánico Jahvé. Poco después se aprestaron a irrumpir en Canáan y a conquistarla".

* Freud, Sigmund. Moisés y la Religión Monoteísta. Buenos Aires. Editor Proyectos Editoriales. Col. Raíces 2. 1988. Pág. 82



Son por demás reveladoras estas aseveraciones que vinculan el monoteísmo judío al del dios egipcio Atón, de la XVIII dinastía, y que dan por iniciado el culto a Yahvé entre los años 1350 y 1250 a.c.; lo que se contrapone con la versión del yahvista que en ocasiones habla de Yahvé como el dios de Abraham, aún en el siglo XVII a.c.; y en otras ocasiones se refiere a él como el Sadday, que ya hemos visto que significaba el dios de la estepa o la montaña, pero esto que nos dice E. Meyer, por la pluma de Freud, tiene una estrecha relación con la actitud totalmente beligerante de Yahvé, el hecho de ser un dios volcánico a quien incluso en el Éxodo se hace alusión a él como el fuego que no se consume ardiendo en la zarza.

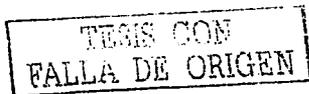
Respecto a la costumbre que Abrahán tenía de adorar ídolos, es interesante dar fe cómo el Corán habla también de este asunto: **"38.- ABRAHÁN dirigió a Dios esta plegaria: haz gozar a este país de la seguridad perfecta y presérvame a mí como a mis hijos del culto a los ídolos"**⁷.

Según la Biblia (Gen. cap. 11, ver.31-32), *Téráj tomó a su hijo Abrán, a su nieto Lot, el hijo de Harán, y a su nuera Saray, la mujer de su hijo Abrán, y salieron juntos de Ur de los caldeos, para dirigirse a Canaán. Llegados a Jarán, se establecieron allí. Téráj vivió doscientos cinco años y murió en Jarán. —ésta es una migración de casi 1,600 kilómetros desde el sur de Mesopotamia hasta unos 260 kilómetros al noreste del Mediterráneo, en lo que ahora es el sureste de Turquía, justo al norte de la frontera Siria, donde Jarán era un próspero centro comercial*⁸—. Aquí se establece el inicio de la emigración de lo que podíamos catalogar como el pueblo hebreo, perdiéndose en los linderos de la leyenda el punto de partida en que dejan de ser sumerios, pasan a ser hebreos —el nombre de "hebreos" según el relato bíblico lo toman de Heber, bisnieto de Sem, hecho que también les da la denominación de semitas y los relaciona además en el origen con todos los pueblos árabes— y, finalmente, adquieren como pueblo el nombre de israelitas, porque aun hasta nuestros días al pueblo de Israel se le menciona y se le conoce también de manera genérica como hebreos, como judíos y como israelíes, aunque estos nombres tengan connotaciones distintas y obedezcan a épocas diferentes, porque en realidad los hebreos en un principio estaban constituidos por una serie de tribus nómadas, aún en un estadio cultural más bajo que los amorreos, que merodeaban

⁷ Mahoma. El Corán. Sura XIV. "Abrahán, la Paz sea con Él", versículo número 38. México. Editora Nacional. Joaquín García Bravo trad. 1966. Pág. 174

⁸ Asimov, Isaac. Op.cit. Pág. 53.

⁹ Ibidem. Pág. 48.



más allá del Jordán, las ricas tierras de Cananea y se identificaban entre sí por la lengua que hablaban, que posteriormente adoptó el alfabeto cananeo. Por otro lado, independientemente de que la primera mención del vocablo hebreo esté consignada en el Génesis y se haga alusión al árbol genealógico de Abrahán, hebreo viene de "ibri", que a su vez proviene de la palabra "meheber", que significa *que viene del otro lado del río*, teniendo para los estudiosos judíos también la acepción de que se aplica a Abrahán porque fue el primer monoteísta, el que cruza el umbral del politeísmo al monoteísmo. Siguiendo los posibles significados de la palabra hebreo tenemos que el Diccionario de la Real Academia Española asienta que proviene del latín "hebraeus", del hebreo "ibri" y éste tal vez del acadio —lengua mesopotámica hablada en el reino de Acad— "hapiru"(m), que significa paria; de esta manera tenemos que los hebreos son los parias que llegaron del otro lado del río, significado que tiene lógica si lo referimos al grupo de pastores nómadas que vagaban en busca de pastos y pozos. Parece ser que el continuo peregrinar ha sido una constante en la historia del pueblo hebreo, antes de su establecimiento en Palestina y después de la segunda diáspora, a partir del año 71 d.c.. También es importante hacer notar, y esto forma parte de la misma historia, la elegante costumbre que las sociedades ya asentadas y con cierto grado de cultura y civilización tienen de "crearse" o mandarse a hacer un linaje digno, tejido siempre dentro de los linderos de lo mítico y que tiene casi siempre más un valor literario que histórico, como es el caso de Roma con la Eneida de Virgilio y la Biblia no es la excepción, aunque mucho de lo que ahí se asienta lo han ido descubriendo y certificado los arqueólogos en sus más recientes investigaciones: por lo cual, como fuente, no es despreciable. Ahora bien, por lo que se refiere al relato mítico, ya en el siguiente capítulo (Gen. cap. 12, ver. 1-9) la Biblia continúa su narración. *"Yahvé dijo a Abrán: vete de tu tierra, de tu patria y de la casa de tu padre a la tierra que yo te mostraré. De ti haré una nación grande y te bendeciré. Engrandeceré tu nombre y sé tú una bendición. Bendeciré a quienes te bendigan y maldeciré a quienes te maldigan. Por ti se bendecirán todos los linajes de la tierra... Llegaron a Canaán y Abrán atravesó el país hasta el lugar sagrado de Siquén, hasta la encina de moré. Por entonces estaban los cananeos en el país. Yahvé se apareció a Abrán y le dijo: A tu descendencia he de dar esta tierra"* (Vid. Infra. Apéndice, mapa Núm. 3).

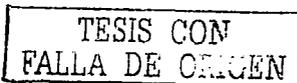
Al respecto es sumamente interesante analizar cómo plantea este mismo pasaje la Biblia hebrea o Torá: *"(1) Y LE DIJO el Eterno a Abram: Vete de tu tierra y de tu familia y de la casa paterna a la tierra que te señalaré. Y haré de ti un pueblo grande y*

te bendeciré y engrandeceré tu nombre y serás una bendición. Y bendeciré a quienes te bendigan y maldeciré a quienes te maldigan, y en ti serán bendecidas todas las familias de la tierra. Y fuese Abram como le había ordenado el Eterno, y con él fue Lot. Tenía Abram setenta y cinco años al salir de Jarán. Y tomó Abram a Saray, su mujer, y a Lot, hijo de su hermano y a todos sus bienes y las almas (probablemente esclavos) que habían adquirido en Jarán, y partieron en dirección a la tierra de Canaán. Y pasó Abram por el país hasta llegar a Siquén (Shejem) y hasta el encinar de Moré, y en la tierra estaba entonces el cananeo. Y se le apareció el Eterno a Abram diciéndole: 'A tu simiente daré esta tierra'. Y erigió allí un altar al Eterno, que se le había aparecido"¹⁰.

Poco a poco se va tejiendo esta intrincada alianza entre la divinidad y un grupo de nómadas constituidos en una tribu que va tomando identidad religiosa y se conforma como tal a partir de una alianza con el ser divino, al que en un principio se le menciona de manera curiosa como el Sadday y de quien los arqueólogos y estudiosos de ese período histórico coinciden en que significaba o "el dios de la montaña" o "el dios de la estepa", pues no hay que olvidar que estamos hablando de pueblos pastores que migraban de manera constante y estacional. En el capítulo 17 del mismo Génesis se establece de manera definitiva la alianza entre Dios y Abram, el cual significativamente va a cambiar de nombre como correspondía al cambio de destino que tomaría su vida y que se le viene anunciando desde la salida de Ur. "Yo soy el Sadday, anda en mi presencia y sé perfecto. Yo establezco mi alianza entre nosotros dos, y te multiplicaré sobremedida. Cayó Abrán rostro en tierra, y Dios le habló así: Por mi parte ésta es mi alianza contigo: serás padre de una muchedumbre de pueblos. No te llamarás más Abrán, sino que tu nombre será Abrahán, pues te he constituido padre de muchedumbre de pueblos". Al dejar de ser Abrán para convertirse en Abrahán, éste acude a su destino de padre y forjador de pueblos y a su nombre, respondiendo a este significado, agrega el vocablo "ab hamón", que significa padre de multitud. Al igual que él, Saray, su mujer, deja de llamarse así para convertirse en Sara. Según la tradición, Saray significaba princesa y Sara tiene el significado de madre de reyes (Vid. Infra. Apéndice, mapas Núm. 4 y 5).

Una vez más, aquí aparece la idea del pueblo de Israel de ser el pueblo elegido y de tener la particularidad de hablar, a través de sus patriarcas, directamente con Dios, pero es en el libro de Números, capítulo 34, versículo 1-29, donde de manera clara y contundente se establecen incluso los límites y coordenadas geográficas de lo que sería

¹⁰ La Biblia Hebrea. Torá. VE PARA TI "LEJ LEJÁ" Cap. XII Ver. 1-8. Editorial Sinai. 1960. Pág. 17

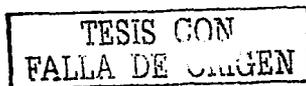


la única escritura divina de una porción de tierra, entregada además en exclusiva a un pueblo en detrimento de otros pueblos. Aquí queda bien claro que Yahvé, o el Sadday, es un dios beligerante y vengativo y antepone ante todo y ante todos el beneficio de su pueblo. Es particularmente excluyente y sólo aboga por los intereses de los judíos: situación que como lo explica Freud, lo contraponen con la teología monoteísta egipcia de la dinastía XVIII, ya que Atón, es un dios de paz y de amor y se opone a la beligerancia. Yahvé, según lo anunciado a lo largo del Génesis y Éxodo, instruye a Moisés en los términos siguientes (Números, cap. 34, ver. 1-29):

“Yahvé dijo a Moisés: Da esta orden a los israelitas: Cuando entréis en el país de Canaán, éste será el territorio que os tocará en herencia: el país de Canaán con todas sus fronteras. Por el sur, os pertenecerá desde el desierto de Sin, siguiendo el límite de Edom. Vuestra frontera meridional empezará por el oriente en la extremidad del mar de la sal. Torcerá vuestra frontera por el sur hacia la Subida de los Escorpiones, pasará por Sin y terminará al sur de Cades Barnea. Luego irá hacia Jasar Adar y pasará por Asmón. Torcerá la frontera de Asmón hacia el torrente de Egipto y acabará en el mar. Vuestra frontera occidental será el mar Grande. Esta frontera será vuestro límite al oeste.

Vuestra frontera por el norte será la siguiente: desde el mar Grande trazaréis el límite hasta el monte Hor. Del monte Hor, trazaréis el límite hasta la Entrada de Jamat, y vendrá a salir la frontera a Sedad. Seguirá luego la frontera hacia Zifrón y terminará en Jasar Enán. Ésa será vuestra frontera septentrional.

Luego trazaréis vuestra frontera oriental desde Jasar Enán hasta Sefán. La frontera bajará de Sefán hacia Arbel, al oriente de Ayin. Seguirá bajando la frontera, y, tocando la orilla del mar de Quinéret por el oriente, bajará al Jordán y vendrá a dar en el mar de la Sal. Ésa será vuestra tierra con las fronteras que la circunscriben.”



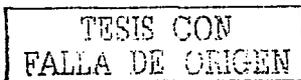
En la Biblia hebrea o Torá así se cuenta el mismo relato comprendido en el libro de Números, capítulo XXXIV, versículos del 1 al 15: *"Ordena a los hijos de Israel: Cuando hayáis entrado en la tierra de Canaán, ésta será la tierra que os tocará por heredad, la tierra de Canaán hasta sus confines. El límite sur será para vosotros desde el desierto de Sin y seguirá por la costa de Edom hasta el extremo del mar Salado (Muerto) al oriente y hará un rodeo hasta la subida de Acrabim, continuará hasta Sin, pasará por el sur de Cades Barnea, subirá luego a Jasar Adar (Jutzar Adar), de allí a Azmón (Atzmón) y desde Azmón irá hasta el torrente de Egipto y morirá en el mar Grande (Mediterráneo). . . ."*¹¹.

He aquí en parte el origen de todos los problemas entre la divinidad y su pueblo, tanto en el antiguo reino de Israel como después en el de Judá; pero antes de seguir adelante sería necesario hacer una consideración en descargo de este planteamiento: ¿Era posible una religión no bélica en el mundo antiguo? Tal vez no.

Todas las religiones, en mayor o menor medida, se encomendaban a sus dioses antes y después de las batallas y siempre pedían fuerza y fortuna para exterminar al enemigo. Por otro lado, al mismo tiempo que Yahvé establecía su pacto con Abrahán, Isaac y Jacob, y Moisés, convertido en guía espiritual y líder de Israel daba las escrituras divinas y la posesión de la tierra de Canaán, nos encontramos que las religiones de los pueblos que habitaban esa zona —entre cananeos, moabitas, hititas y otros—, sin saber que estaban asentados en la tierra que "mana leche y miel", practicaban la idolatría, como posteriormente lo hicieron los filisteos al asentarse en el siglo XII a.c., en honor del dios Baal y de la diosa Astarté. En estos pueblos idólatras se practicaba un politeísmo nutrido por toda clase de dioses y de ritos, como sucedía con Egipto, que siendo politeísta, su panteón y concepción del más allá tenía toda una infraestructura filosófica y contaba con un texto clásico entre las religiones de esa época: "El Libro de los Muertos": no obstante este abigarrado panteón que se consigna en Egipto, también son ellos quienes acuñan, con el culto a Atón (representado por el disco solar), un monoteísmo pacifista donde la beligerancia no tenía cabida.

Este estadio de civilización contrastaba con la organización religiosa israelí, aunque en lo militar, en varias ocasiones los cananeos, y especialmente los filisteos, eran superiores. El choque entre ellos era inminente, y tanto la historia como la Biblia dan cuenta de ello. Pero los enemigos principales de los israelitas no fueron,

¹¹ Ibidem. Pág. 282.

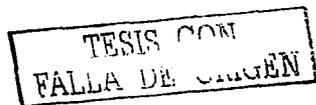


curiosamente, los nativos de las tierras de Canaán, sino los extranjeros venidos del mar: un grupo a quienes los egipcios nombraban "peleset" y que los judíos llamaron "pelishti", que en español corresponde a filisteo, de donde proviene la palabra palestino, que paulatinamente se canaanizaron, es decir adoptaron maneras de ser y de pensar de los cananeos.¹² (Vid. Infra. Apéndice, mapa Núm. 6).

La Biblia en repetidas ocasiones menciona de manera contradictoria, sobre todo en cuanto a las fechas reales, que Abrahán y sus descendientes habitaban en el país de los filisteos. En el Génesis, cap. 21, ver. 32-33, se menciona específicamente que Abrahán estuvo residiendo varios años entre los filisteos; en el Génesis, cap. 26, ver. 1-33, se habla de una alianza entre Jacob y los filisteos, concretamente con Abimélec, rey de los filisteos. Posteriormente, en Ezequiel 25, ver. 15-16, en el pasaje conocido como "II Oráculo Contra las Naciones", se hace una seria advertencia a los filisteos de que no se entrometan con el pueblo de Israel, situación que se refrenda en (Isaías 14, ver. 28-32), donde nuevamente se hacen serias advertencias a los filisteos. Este tipo de disgregaciones en el tiempo, y propiamente imprecisiones en que incurre la Biblia, se deben a las diferentes versiones del yahvista y a que su intención es más narrativa que historicista, nutriéndose generalmente de leyendas mesopotámicas, como ya lo hemos asentado; lo que sí consigna de una u otra manera es que tanto los filisteos como los hebreos habitaron en la tierra de Canaán, posteriormente conocida como Palestina, precisamente palabra acuñada con base en el nombre de filisteos.

Tan extranjeros como los israelitas, los filisteos les disputaron la tierra de Canaán y, curiosamente, cerca de 1190 a.c., según dan cuenta las crónicas de la XX dinastía egipcia, a la subida al trono de Ramsés III israelitas y filisteos penetran simultáneamente a la tierra de Canaán y se reparten: los primeros el interior y los segundos la franja costera del sur. Adversarios y vecinos, israelitas y filisteos siempre mantuvieron una distancia respetuosa y prudente y, de acuerdo con la Biblia (Josué, cap. 13, ver. 2-3), *Mira lo que queda: todos los distritos de los filisteos... el de Gaza, el de Azoto, el de Ascalón, el de Gat y el de Acarón...*, los israelitas nunca conquistaron de manera permanente sus territorios. Las ciudades filisteas permanecieron independientes como Ciudades-Estado, salvo en los reinos de David y Salomón, hasta que fueron

¹² El centro del poder filisteo, según Asimov, era una franja de noventa y seis kilómetros en la costa sur de Canaán, región a la que puede denominarse "Filistea". El nombre persistió hasta mucho después de haber desaparecido el poder filisteo. El historiador griego Herodoto, que escribió en el siglo V a.c., denominó "Palaestina" a la región y los romanos aplicaron finalmente ese nombre a todo Canaán. Asimov, Isaac. *Op.cit.* Pág. 202.



tomadas y sojuzgadas en la época de Alejandro Magno y posteriormente pasaron a ser tributarias de los ptolomeos, para después integrarse al imperio romano bajo el gobierno del reino de Israel en tiempos de Herodes el Grande, guardando en algunos casos una cierta autonomía, algo así como ciudades asociadas.

Filisteas, como también se le conocía a la región, estaba integrada por cinco ciudades: Acarón, Azoto, Ascalón, Gat y Gaza. El mismo Herodoto narra que eran Ciudades-Estado al estilo griego, con bastante independencia unas de otras, aunque eran capaces de unirse algunas veces para hacer frente a algún enemigo común. Entre los años 1050 y 1000 a.c. los filisteos derrotaron estrepitosamente a los israelitas pero, como ocurrió frecuentemente, los israelíes, en especial, se recuperaron y, conducidos por David, hicieron el intento de formar el primer Estado judío-israelita de la historia, que en su tiempo, al igual que el reino de Salomón, incluyó dentro de sus territorios, como tributarias suyas, a las ciudades filisteas¹³. Un sitio que para los efectos de este trabajo es necesario delimitar y, sobre todo, fijar muy bien en el tiempo y en el espacio, debido al papel que va a jugar en esta constante pugna entre judíos y palestinos por su significación religiosa y política, es Jerusalén: ciudad fundada y habitada por los Jebuseos.

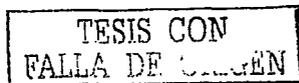
Primero es preciso ubicar la región. Jerusalén se halla situada sobre las montañas de lo que hoy conocemos como Judea, entre los montes de Bet El al norte y Hebrón al sur. Al oeste de la ciudad se hallan las laderas de las montañas de Judea, y al este yace el desierto de Judea, que baja hacia el mar Muerto. La posición geográfica de Jerusalén está relacionada con una masa sólida ininterrumpida de valles. Esa continua extensión montañosa convierte a la ciudad en una fortaleza que domina una gran región.

Su ubicación en la encrucijada de los caminos que corren de norte a sur y de este a oeste realza su importancia: sólo es posible cruzar las montañas ascendiendo a su meseta. Al parecer, la ciudad de Jerusalén se menciona por primera vez en los Textos de Execración egipcios de los siglos XIX y XVIII a.c. El nombre está deletreado *wš mm*, y presumiblemente se pronunciaba *rushalimum*¹⁴.

Jerusalén emerge a la luz plena de la historia, junto con otras importantes ciudades antiguas de Canaán, a principios de la Edad de Bronce (3100-3400 a.c.) y es

¹³ Asimov, Isaac. *Op. cit.* Pág. 204.

¹⁴ Libro de bolsillo de Israel. *Jerusalem*. Jerusalén. Edición española de Arié Comey. Keter Publishing House Ltd. 1980. Pág. 3.



una en la cadena de ciudades establecidas en el camino de la vertiente que corre de norte a sur. Según una cronología elaborada por la Delegación Especial de Palestina en México, en esa zona se desarrollaron las primeras comunidades agrícolas entre los años 10 mil y 5000 a.c., y para el año 3000 a.c. se fabricaron instrumentos de cobre y piedra. El documento precisa que los cananeos llegaron y se establecieron entre los años 3000 y 2000 a.c. (Vid. Infra. Apéndice, mapa Núm. 7).

Los judíos se establecieron en Jerusalén en la época de su rey David (990 a.c.), quien tenía necesidad de ubicar la capital del recién formado Estado en una ciudad que no fuera Siló, santuario israelita, ni Hebrón, capital de Judá. Dice Azimov: "...su elección cayó en la ciudad de Jerusalén, que estaba capacitada para convertirse en capital por una serie de razones. Entre ellas, estaba ubicada en la frontera entre Israel y Judá y no pertenecía a ninguna de ellas. Desde la entrada de los israelitas en Canaán, dos siglos antes, Jerusalén había estado firmemente en manos de los jebuseos, una tribu cananea. Aún estaban allí y, en su roca casi inexpugnable, habían resistido los intentos de captura por israelitas, judíos y filisteos con la misma imparcial facilidad. Y precisamente porque ocupaba una posición tan fuerte sería una buena capital"¹⁵. Jerusalén fue tomada por David y se convirtió en el centro político religioso más importante del pueblo judío para siempre.

Ahora bien, tratando de definir nuestra posición con respecto a la importancia de las religiones en el origen del conflicto palestino-israelí, cabe aclarar que aunque se decidió hacer alusión a la religión de los filisteos, es más que obvio que no hay un hilo conductor, desde el punto de vista religioso, no de etnia, que nos lleve intacto, sin rompimientos o añadiduras, el credo palestino desde el siglo XII a.c. hasta el siglo VII d. c.; lo que no es de dudar apostar es que los palestinos actuales, de una u otra manera, son los descendientes directos de los filisteos. Tenemos que partir de la realidad de que la religión que nos atañe al referirnos al pueblo palestino es predominantemente nada menos que el islamismo, religión a la que se convirtió una considerable mayoría de los habitantes de Palestina al ser conquistada ésta por los árabes, que enarbolaban la fe de Mahoma, en el siglo VII de nuestra era.

A la narración israelita de cómo fueron ocupando la tierra de Canaán en el mundo antiguo, se opone la visión palestina de que antes que las tribus nómadas emigraran por primera vez de la región de Mesopotamia hacia el país de Canaán éste estaba ocupado principalmente por los cananeos. Entre 3000 y 1100 a.c. la civilización

¹⁵ Azimov, Isaac La Tierra de Canaán. México. Alianza Editorial. 1983. Pág. 86.



cananea ya cubría lo que hoy es Israel, Líbano y una parte de Siria. Los habitantes que permanecieron en los cerros aledaños a Jerusalén después de que los romanos expulsaron a los judíos (en el siglo I d.c.) —nos dicen Marcia Kunsel y Joseph Albright en “Su Tierra prometida”— eran un popurrí: campesinos y viñadores, paganos y conversos al cristianismo, descendientes de los árabes, persas, samaritanos, griegos y antiguas tribus cananeas.

No obstante esto, afirma Illene Beatty en su libro “Árabes y Judíos en el País de Canaán”, todos esos diferentes pueblos que fueron a Canaán llegaron más tarde y fueron ramitos injertados en el árbol patrón. Y ese árbol patrón era cananeo. Los invasores árabes del siglo VII convirtieron a los nativos al Islam, se establecieron permanentemente y se casaron con ellos, con el resultado que ahora toda la población está tan completamente arabizada que no podemos determinar dónde terminan los cananeos y dónde comienzan los árabes. Entretanto, los filisteos, a los que de hecho, como ya lo apuntamos, también se les consideraba como extranjeros, pues llegaron a Canaán allende el mar. Lo que sí es un hecho irremediable es que el vocablo “palestino” se ha tomado o tiene su origen en la palabra filisteo. La misma Biblia, con las reservas del caso, al citarlos, hace la aclaración de que era un pueblo que habitaba al sur de la llanura costera de Canaán, situación más que real si nos estamos refiriendo a la zona de Gaza. Si de los judíos se dice que históricamente la Biblia es su madre errante, de los palestinos, hay que aceptarlo, geográficamente siempre han estado ahí, o por lo menos desde que llegaron y como lo cita Azimov, llegaron juntos a la misma tierra: unos a las llanuras costeras y los otros al interior. Si bien es cierto que en una región pequeña, y sobre todo conquistada con la fuerza y permeabilidad que lo hizo el Islam, es difícil hoy en día, y no sólo difícil sino controvertido desde el punto de vista étnico, definir a los actuales palestinos como filisteos; no podemos, so pena de faltar a la verdad y a la investigación, decir que no hay un hilo conductor entre los filisteos y los palestinos, puesto que son todas estas características étnicas heredadas lo que los hace palestinos, ya sea que hayan abrazado la fe cristiana o pertenezcan al Islam; ellos son palestinos porque son nativos de ahí. Ahora bien, no es precisamente en este caso su etnia o religión, sea la que fuere, lo que los enfrenta a los judíos, sino el despojo de que han sido objeto al fundarse el Estado de Israel en 1948.

Como es bien sabido, el islamismo es la última de las grandes religiones en aparecer y se extiende desde Marruecos hasta Indonesia, incluyendo Turquía e importantes partes del África Negra y de la antigua Unión Soviética. Actualmente,

según los estudiosos del fenómeno religioso, debido a su adaptabilidad es la que más crece en el mundo y, de seguir el ritmo actual, dentro de unos años será la religión más numerosa de la humanidad¹⁶. Al haber nacido después del cristianismo y el judaísmo, se considera como su necesario correctivo y perfeccionamiento. Se trata de una religión en extremo simple, lo cual explica en parte su vertiginosa divulgación y su expansión a partir del siglo VII.

Existe en el Corán un versículo dentro de la Sura II, "La Vaca", que arroja mucha luz en torno a la eterna disputa entre judíos y musulmanes, en función de que estos últimos se sienten los poseedores y los herederos fidedignos de la verdad: "38.- ¡Oh, hijos de Israel!, acordaos de los beneficios con que os he colmado; sed fieles a mi alianza, y yo seré fiel a la vuestra; reverenciadme y creed en el libro que os he enviado para corroborar vuestras escrituras; no seáis los primeros en negarle vuestra creencia; no vayáis a comprar con mis signos un objeto de ningún valor. Temedme"¹⁷. Esta Sura deja más que claro para los especialistas en aspectos teológicos que el Islam pretende echar por tierra la validez de las Escrituras hebreas y a través del Corán los invita a abrazar la nueva fe que pregona.

Sustentada sobre cinco pilares: a) la oración ritual hecha cinco veces al día en dirección de La Meca, su ciudad sagrada; b) la peregrinación a La Meca al menos una vez en la vida; c) la observancia del ayuno desde la salida hasta la puesta del sol durante el Ramadán, el noveno mes lunar; d) la limosna como forma de compartir y de mostrar agradecimiento a Dios, dador de todos los bienes, y e) la profesión de que Alá es el único Dios y Mahoma su profeta, se diseminó entre casi todos los pueblos de Asia, Asia Menor y norte de África, porque además de su carácter simplista, se presentó como la religión de la esperanza que Dios, a través de Mahoma, revelaba a los árabes, a los habitantes del desierto, a los nómadas, a todo aquel que deseara optar por la nueva fe, en su propia lengua: el árabe.

El Corán es considerado como la revelación verbal definitiva hecha por Dios en árabe a su pueblo. El libro, más importante de los musulmanes, consta de 114 capítulos (suras) divididos en dos grandes partes, que corresponden a las dos fases de actuación del profeta: la fase de La Meca (años 610-622) y la fase de Medina (622-632). La fase de La Meca, en la que observa un enorme respeto por las figuras de Jesús y María, contiene textos más breves y trata fundamentalmente de la doctrina, del Dios único, de

¹⁶ Boff, Leonardo. Op.cit. Pág. 27

¹⁷ Mahoma. El Corán. Sura XII. México. Editora Nacional. 1966. Pág. 6.

la moral, del juicio, del infierno y del paraíso. En la fase de Medina, el Corán versa sobre orientaciones concretas referidas a una vida recta, a la organización política y al sistema jurídico. Como no todo puede ser tratado por Mahoma en el Corán, se incorporan a la doctrina islámica los dichos de otros profetas y santos (hadit), el consenso de los sabios (igma) y los argumentos por analogía (qiyas).

Estas incorporaciones están en la base de las diversas tendencias dentro del islamismo histórico. Hay quienes, sencillamente, toman el Corán al pie de la letra; otros lo releen a partir de las interpretaciones de los sabios; y otros, finalmente, lo actualizan frente a los desafíos provenientes de la evolución histórica, en especial de la modernidad contemporánea. Y en esto, al igual que algunos judíos y cristianos, se encuentran en un permanente proceso de relectura y actualización del mensaje, traducido en función de los distintos desafíos de las culturas en nuestros días.

El islamismo original (Islam significa "sumisión a la voluntad de Dios") es tolerante con todos los pueblos, en especial con "las gentes del libro" (judíos y cristianos), y vive de dos grandes convicciones: por una parte, de la afirmación de la absoluta unicidad y trascendencia de Dios, a partir de lo cual todo en la tierra es relativizado; por otra, la comunidad profética de los hermanos, pues todos son criaturas de Dios y deben ayudarse unos a otros. En su conocido libro *Promesas del Islam*, Roger Garaudy comenta: "Trascendencia y comunidad: ¿no es ésta, acaso, la contribución que el Islam puede hacer hoy en orden a descubrir un futuro humano en un mundo en que la eliminación de lo trascendente, la destrucción de la comunidad por el individualismo y un modelo demente de crecimiento han hecho invisible el status quo e inviables las revoluciones de tipo occidental?"¹⁸.

No obstante, existen quienes toman el Corán como la revelación hecha libro y tratan de aplicarla en todos los aspectos de la vida —en lo sagrado y en lo profano, en la sociedad y en la organización del Estado— La aplicación estricta de los principios del Islam posibilitan la creación de algunos casos de estados teocráticos y acaban imponiendo en algunos casos, incluso a los no musulmanes, las verdades islámicas y los preceptos morales, especialmente en lo que se refiere a la mujer. La famosa Jihad (originariamente fervor y compromiso por la causa de Dios) se transforma en guerra santa, situación a la que se acogen algunos grupos islámicos.

Tradicionalmente, la pugna entre israelíes y árabes-palestinos nunca se había dado hasta el surgimiento del Estado de Israel en tierras palestinas; más bien la pugna

¹⁸ Boff, Leonardo. Op cit. Pág. 29

siempre había sido entre musulmanes y cristianos desde la época de las cruzadas, cuestión que es conveniente repasar dado que cuando el Estado de Israel aparece en Palestina lo hace cobijado, en mayor o menor manera, por el cristianismo, religión mayoritaria entre las potencias colonialistas, ya sea en su versión anglicana, protestante o católica, que si no alzaron la voz a favor, nunca se manifestaron de una manera abierta contra el sionismo. También es conveniente recordar que desde la arabización de Palestina, los judíos que permanecieron ahí vivían en paz con los musulmanes y que a partir de la expulsión también de los judíos de España —como ya lo hemos apuntado—, éstos se refugiaron en el África musulmana y en otros territorios de fe islámica. Curiosamente, el sionismo, al amparo de las potencias occidentales y cobijado, como ya lo asentamos, por el cristianismo, se presenta en Palestina a fines del siglo XIX y comienza su ardua maniobra de despojo en connivencia principalmente con Inglaterra.

En los siglos XIX y XX, las potencias occidentales se toman la revancha dominando y colonizando los principales territorios musulmanes de África, Oriente Medio y Extremo Oriente, empleando para ello la violencia militar, la explotación económica y la influencia cultural y religiosa, a tal grado, que si consultamos un mapa del mundo antes de 1947, al término de la Segunda Guerra Mundial podremos observar cómo Gran Bretaña, Francia, Bélgica y Holanda, además de Portugal, se repartían la geografía de África, Asia Menor, Asia y el Sudeste Asiático, donde, salvo Tailandia y China, por supuesto, todo era territorio colonial.

A partir de la Turquía de Atatürk se impone, en los comienzos del siglo XX, la modernización occidental, acompañada por el liberalismo y el secularismo. El proceso se profundizó con el control, por parte de Occidente, de las ricas cuencas petrolíferas situadas en los territorios musulmanes de Oriente Medio, y se agravó con la globalización económica-financiera, altamente competitiva y en absoluto cooperativa.

¿Cuál ha sido el resultado de este proceso? La demonización mutua del enemigo. Los occidentales tienden a ver en el musulmán a un fanático religioso y en ocasiones como a un terrorista, justamente cuando no se alinean a sus intereses e ideología. Por su parte, algunos musulmanes tienden a considerar a los occidentales como unos ateos, materialistas empedernidos y como unos secularistas impíos. Este proceso de masificación y despersonalización de los antiguos pueblos y culturas es el que ha hecho posible que posturas como el fundamentalismo hayan germinado dentro de algunos

sectores del Islam y, por parte de los occidentales, retomar estas *sui géneris* formas de cruzadas.

Ya para terminar este apartado, integrante del capítulo de la importancia de la religión en los orígenes del conflicto entre palestinos e israelitas, es necesario que lo finalicemos haciendo una reflexión sobre el tan actual fenómeno del fundamentalismo, que no sólo compete a los países en conflicto, sino que tiene la peculiaridad de ser exportable, presumiblemente globalizado, como dirían los especialistas en estos temas. El fundamentalismo, como actitud y como tendencia, se da en todas las religiones y lo encontramos tanto en el Islam como en el judaísmo. Hoy en día —dice Leonardo Boff¹⁹—, el fundamentalismo judío se centra en la construcción del Estado de Israel, según las dimensiones que le atribuye la Biblia hebrea, y el fundamentalismo islámico pretende hacer del Corán la única forma de vida, de moral, de política y de organización del Estado entre los islámicos y en todos aquellos lugares donde éstos ocupan el poder. Según esta particular visión, todos cuantos se oponen son un obstáculo para la instauración de la ciudad de Dios y, consiguientemente, son infieles que merecen ser perseguidos y, en última instancia, exterminados. Si para los israelitas fundamentalistas la creación del Estado de Israel, de acuerdo con la Biblia, requiere de la eliminación de todos los palestinos, no tendrán ningún empacho en hacerlo: como los palestinos tampoco lo tienen en insistir con sus atentados suicidas. Curiosamente, aquí queda en medio de esta maraña un Estado laico, parlamentario, moderno y democrático, que en un principio acogió a cristianos y musulmanes como minorías posibles dentro de su espacio vital y que ahora, a cincuenta y cinco años de su fundación, se encuentra ante el dilema de la exclusión de los grupos minoritarios o de retomar el camino de la tolerancia y la coexistencia pacífica. Si el Estado de Israel, considerado como una democracia parlamentaria, donde se supone que las distintas voces y corrientes políticas se hacen escuchar, desea cambiar la actual situación de guerra permanente en que se encuentra sumido, deberá apelar precisamente a esos principios democráticos de inclusión y de respeto a las minorías, tanto étnicas como religiosas, y dejar de lado los prejuicios fundamentalistas que lo encajonan como un Estado policía y exterminador, bajo el supuesto de que la única disyuntiva es que no hay más alternativa que o ellos o los palestinos. Se tienen que volver un poco los ojos al principio. Tan sólo transcribamos y examinemos algunos párrafos del Acta de Proclamación de Independencia del Estado de Israel, la que si bien es cierto expresa de manera firme y

¹⁹ Boff, Leonardo. *Op.cit.*, Pág. 44.

decisiva la liga entre religión, pueblo y nación, también reconoce los derechos de las minorías étnicas y, por consiguientes, religiosas:

El Estado de Israel estará abierto a la inmigración judía y a la recogida de los exiliados, fomentará el desarrollo del país para el beneficio de todos sus habitantes, estará basado en la libertad, justicia y paz como lo preveían los profetas de Israel, asegurará la total igualdad de derechos sociales y políticos a todos sus habitantes, sin consideración de religión, raza o sexo; garantizará la libertad de religión, conciencia, lengua, educación y cultura, protegerá los lugares sagrados de todas las religiones y será fiel a los principios de la Carta de las Naciones Unidas.

Apelamos, en medio del ataque emprendido contra nosotros desde hace meses, a los habitantes árabes del pueblo de Israel para que conserven la paz y participen en la construcción del Estado, en las bases de ciudadanía plena e igual y representación correspondiente en todas sus instituciones provisionales y permanentes.

Extendemos nuestra mano a todos los Estados vecinos y a sus gentes y ofrecemos paz y buenas relaciones, y apelamos a ellos para el establecimiento de puntos de cooperación y ayuda mutua con el pueblo judío establecido en su propia tierra. El Estado de Israel está dispuesto a hacer todo lo posible en un esfuerzo común para el progreso de Oriente Próximo.²⁰

(Vid. Supra. Texto Completo en Apéndice)

²⁰ Historiasiglo20.org, **Declaración de Independencia de Israel (14 de mayo de 1948)**. El sitio Web de la historia del siglo 20. (<http://www.historiasiglo20.org/TEXT/israelindependencia.htm>)

Al hacer un somero análisis de tres párrafos de este importante documento para la vida institucional de Israel, es necesario dejar asentado como a manera de eclecticismo, si dentro de la Ciencia Política podemos hablar de eclecticismo, esta declaración de independencia mezcla tanto elementos religiosos atávicos, como aquellos que se desprenden tanto de la Revolución Francesa como de la evolución del pensamiento político contemporáneo e invoca principios de libertad, igualdad y paz, aunque curiosamente dice *"... estará fundado sobre la libertad, la justicia y la paz de acuerdo al ideal de los profetas de Israel"* habría que aclarar aquí tal vez que para la mayoría de esos profetas, jueces, reyes y patriarcas, los filisteos (ahora Palestinos) no estaban contemplados en sus planes de paz. Por otro lado la declaración agrega que asegurará la más completa igualdad social y política a todos sus habitantes sin distinción de religión, de raza o de sexo: garantizará la libertad de culto, de conciencia, de lengua, de educación y de cultura; y asegurará la protección de los Santos Lugares de todas las religiones y será fiel a los principios de la Carta de las Naciones Unidas.

Al paso de los años, tal parece que muchas de estas buenas intenciones han quedado relegadas al olvido, sobre todo porque desde un principio por ejemplo, adoptó el hebreo, lengua religiosa, como lengua oficial y siendo un Estado laico, asume posiciones muy impregnadas de religión, inseparables de su ser como Estado. Lo del respeto a los Santos Lugares, era de esperarse y políticamente plausible si no querían convocar a una guerra santa y polémica en torno a Jerusalén. Por lo que se refiere al llamado que se hace a *los habitantes árabes del pueblo de Israel para que conserven la paz y participen en la construcción del Estado, en las bases de ciudadanía plena e igual y representación correspondiente en todas sus instituciones provisionales y permanentes*, sólo fue un texto demagógico que las circunstancias de esos días incluyeron en la declaración de independencia, dado que en la realidad, en el preciso momento de su publicación, las Fuerzas de Defensa de Israel, herederas de El Irgún Zevai Leummi, la Haganah y el Stern, masacraban a palestinos, desaparecían aldeas enteras y mediante la implantación del terror, lograron que cientos de miles de pacíficos e indefensos palestinos huyeran al exilio a Jordania, Líbano y Siria. Hablar hoy en día de igualdad social y política para todos los pueblos o nacionalidades que conforman Israel es falso, sobre todo si observamos los niveles socioeconómicos que privan entre la gran mayoría de la población palestina y en cuanto a la igualdad política, qué igualdad puede tener un palestino frente a un parlamento israelí y adonde

en los años recientes dominan los judíos conservadores, proclives a la tradición y al fundamentalismo. Está claro que en esa declaración de independencia no están contemplados todos los que están, ni todos los que son y que si aduce a libertad de cultos, a igualdad social y política, la práctica contradice a la teoría.

Lo que sí es ya irrefutable es dudar o poner en tela de juicio el papel que la religión ha tenido que ver en el actual conflicto entre palestinos e israelitas, en especial por la postura que a estos últimos se refiere. Ambas religiones, en sus orígenes, una en 1200 a.c. (la judía, y nos estamos refiriendo a su modalidad beligerante durante la ocupación de Canaán) y la otra en el siglo VII d.c., interfirieron —sobre todo en el caso del judaísmo— de manera terminante en la exacerbación del problema; porque en realidad el islamismo como tal nunca propició ni tuvo como objetivo, durante todo el siglo XX y lo que va del XXI en Palestina, luchar por las reivindicaciones territoriales, y en lo que se conoce como su faceta fundamentalista, únicamente aparece hasta que las intenciones sionistas en los años treinta y cuarenta se perfilan de manera clara sobre la tierra de Palestina, como contraparte a las organizaciones terroristas judías surgidas en esa época, como el Irgún, la Haganah y Stern.

Aquí, en el fondo, subyacen dos posturas, que se antojan irreconciliables por sentirse ambas poseedoras de la verdad universal, no obstante que tanto el judaísmo como el Islam, desde el punto de vista étnico y, por qué no decirlo también, desde el punto de vista religioso, descienden de Abraham.

Si existe una característica que lo mismo priva en el judaísmo que en el Islam, es que las dos religiones tienden a conjuntar en una sola identidad el credo y la procedencia como sentido de pertenencia: primero son judíos o musulmanes, que israelíes o palestinos; más acendrada esta postura sin lugar a dudas en el caso de los judíos, puesto que los palestinos, habiéndose convertido al Islam, prefieren hablar de su proceso de arabización a que se les etiquete como fieles del Islam. Al ser árabes, musulmanes y cristianos lo asocian a una tierra: Palestina, por lo tanto reciben el concepto de árabes-palestinos.

¿Afecta o ayuda esta posición en la solución del problema a que nos enfrentamos? ¿Hasta dónde llegan los posibles sentimientos de pertenencia a un grupo y hasta qué punto éstos están influenciados por sus respectivos credos? Según Shimon Peres, en su momento, como lo analizaremos más adelante, el problema obedece a dos causas: primero a un odio incubado y alentado por Egipto y concretamente por Nasser, quien, al frente de un movimiento de carácter mesiánico, se convierte en pieza clave en

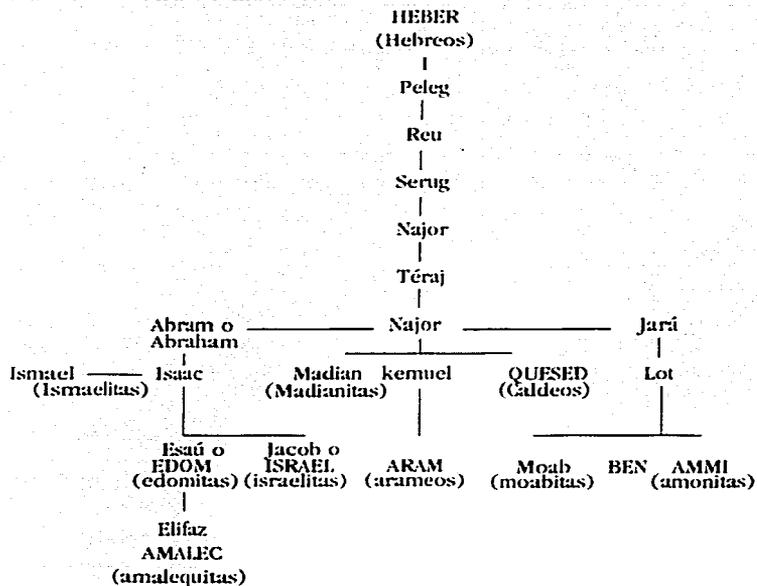
el ajedrez político auspiciado por los soviéticos, que con el nacionalismo árabe quiere revivir las glorias de los califatos del siglo VII ante las divisiones sectarias dentro del mismo Islam: y segundo, desprendiéndose de todo esto, la aparición del concepto de la Jihad para darle fuerza a una causa que hasta hacía poco, al terminar el colonialismo europeo, no tenía un enemigo común que aglutinara a todo el disperso y complejo mundo musulmán. El judaísmo y el Islam siguen en la base del problema. El primero como fuerza motriz desde el principio y fundamental soporte ideológico, como lo apuntó Heine: "La Biblia es la madre patria errante del pueblo judío"²¹. A lo que Shimon Peres agrega: "...sin embargo, esta peregrinación habría desaparecido pura y simplemente si la madre patria no hubiera encontrado su base territorial. La idea de que los judíos han tenido más historia que geografía debe desaparecer. Hay que tomar conciencia de la necesidad que existe de llegar a un equilibrio entre historia y geografía". Y en el caso de los palestinos, sobre todo ahora ya en la Intifada, ante el despojo territorial a todas luces evidente, se mantiene como la llama que alumbró a quienes no les han dejado más camino que el de la violencia, al no reconocer sus derechos territoriales. Debe quedar claro que el conflicto entre Palestinos y Judíos no es en esencia un problema religioso, lo sabemos. Está más que definido que el problema consiste en el despojo que el Estado de Israel hizo a Palestina de su territorio; lo que también es cierto es que ambas religiones como el bien cultural de larga duración de ambos pueblos, que tal vez más influye en sus respectivos pueblos, están inmersas en el problema y de una y otra manera, representan para sus creyentes todo un soporte ideológico que avala su lucha o que moldea la manera de afrontar el problema.

Tanto el judaísmo como el islamismo, en el caso que nos ocupa, en Israel y Palestina se han convertido en religiones de resistencia y liberación, cada una aferrada a su verdad, una donde Dios escoge a su pueblo y lo privilegia sobre todos los pueblos de la tierra, y la otra, donde el Verbo hecho libro, a través del Corán, se convierte en el mensaje de salvación que libera y depura las enseñanzas divinas, transgredidas por judíos y cristianos. Ambas convertidas en verdaderas ideologías liberadoras pueden, si no se llega a un acercamiento y conciliación en sus orígenes, transformarse en peligrosas fuerzas extremistas, como ya ha sucedido con algunos sectores judíos ortodoxos o grupos islámicos. La solución está en el diálogo interreligioso, en la convivencia y tolerancia y, sobre todo, en la búsqueda conjunta de todos aquellos

²¹ Peres, Shimon y Wahhab Kayyali, Abdul. Reportaje de la Historia. "El Conflicto Árabe-Israelita". Tomo VIII. Madrid Editorial Planeta. 1983. Pág. 142.

principios o puntos en común que los lleven a lograr un consenso dentro de un desarrollo económico equitativo y justo.

PARENTESCO DE LAS DIVERSAS TRIBUS "HEBREAS" TAL COMO APARECEN EN EL GÉNESIS



²² Cuadro No. 1. Asimov, Isaac. Op. cit. Pág. 93.

1.2.- El judaísmo, factor decisivo de la Segunda Diáspora en la Palestina romana

Hablar o abordar el tema de la religión, de la judía por supuesto, en el origen de la Segunda Diáspora y de la Palestina romana es obligado si queremos comprender qué pasó en ese preciso momento y por qué los romanos, que generalmente nunca siguieron una política de exterminio hacia las naciones conquistadas o avasalladas, salvo en el caso de sus mayores enemigos, los cartagineses, ni combatían a los dioses extranjeros o ajenos a su panteón, en el caso de los judíos la lucha fue casi hasta el exterminio y se buscó el desarraigo definitivo. El imperio romano gobernó sus provincias mediante la colaboración generalmente voluntaria de los nativos de los pueblos conquistados, quienes con frecuencia recibían el dominio romano como un seguro de salvación y de protección respecto a posibles amenazas externas. Roma ocupó Judá desde los tiempos de Pompeyo el Grande, casi sin enfrentar resistencia; la consideró como estado vasallo y la gobernó durante 199 años (de 64 a.c. a 71 d.e.) por medio de los propios judíos, aunque toda la dinastía de Herodes, de origen indumeo, y sus descendientes, que gobernaron sucesivamente, en cierta forma eran de origen judío.

También enviaba cuando hacía falta a sus propios representantes, quienes ejercían el poder de común acuerdo con los judíos, como era el caso de Poncio Pilatos, procónsul romano en Judea, que aunque supuestamente era autónomo, supervisaba la gestión o reinado de Herodes Antipas, tetrarca de Galilea, al norte. ¿Por qué entonces decidieron los romanos, después de una larga convivencia de casi dos siglos, enfrentarlos y expulsarlos? La respuesta la encontramos en la religión judía, que siempre mantuvo una distancia ante el poder del Imperio y en que, por encima de cualquier disposición romana, estaba la supremacía moral, espiritual y real de Yahvé, y en el interés de poder algún día lograr la independencia total del pueblo judío y de un determinado territorio, puesto que siempre habían vivido, excepto durante el per

Algo que a menudo es olvidado por los estudiosos del conflicto palestino-israelí es el hecho histórico fundamental de la confrontación entre la religión judía y la religión romana. Qué fue lo que originó las condiciones para el enfrentamiento entre las dos naciones. En efecto, no obstante que los romanos practicaban su propia religión y se caracterizaron siempre por su tolerancia respecto a las costumbres religiosas de los pueblos que formaban parte de su imperio, más aún, por la incorporación de múltiples dioses y diosas de otros pueblos a su propia liturgia, como ocurrió con la Isis egipcia y con múltiples dioses griegos y asirios, en el caso de Israel, una concepción romana muy

especial, surgida y avalada por los emperadores desde la época de César Augusto, que transformaba a éstos en sujetos de culto divino, chocó de manera irremisible con las sólidas costumbres monoteístas judías. El culto divino a los emperadores romanos, dada la enorme extensión del imperio, era una necesidad de cohesión y una medida política para aglutinar en torno a la corona a la casi totalidad de los pueblos del mundo antiguo, vecinos de la cuenca del Mediterráneo, a los que en la mayoría de las veces se invitaba a formar parte del imperio como socios, evitando así las guerras civiles.

Augusto, el fundador del imperio, "da un impulso decisivo a este tipo de tendencias que se orientan a conferir a la persona del jefe un valor y un aura sagrados. Aquí se encuentra precisamente la fuente de la divinización imperial. Las guerras intestinas y las desdichas de la época habían desarrollado la necesidad de un soberano protector y salvador cuyo carácter sobrehumano debía garantizar el éxito de la empresa de gobierno. Era una medida política y administrativa a la vez, que en medio de la creciente multiplicidad de cultos y dioses sirvió de sólido vínculo entre Roma y sus vastas provincias, cimentando la unidad del imperio y simbolizando el patriotismo profundo de los ciudadanos"²³ (Vid. *Infra*. Apéndice, mapa Núm. 9).

Augusto y Tiberio no fueron del todo objeto de este ritual, pero Calígula y Nerón, dos de los más desquiciados emperadores romanos, ordenaron que en todos los templos del imperio, incluyendo el de Jerusalén, se le ofreciera tributo a su imagen como si fuera un dios vivo. "Para los judíos todo culto rendido al emperador, por superficial que fuese, constituía una abominación, una severa trasgresión a sus leyes y tradiciones, y colocar su imagen en el templo era absolutamente impensable. Para los judíos esto significaba una traición a los postulados fundamentales del yahvismo, entre otros, de aquel que prohíbe la idolatría"²⁴.

Así pues, los judíos se negaron a participar en los servicios religiosos oficiales del imperio y a servir en el ejército, donde se les exigían prácticas religiosas también inaceptables. Pero Roma insistió, y a pesar de que Calígula y Nerón murieron, estos enfrentamientos y provocaciones los llevaron a fraguar de manera abierta y armada la idea de una independencia definitiva de Roma, encabezados por la fracción ortodoxa de los celotes. No se nos olvide que el advenimiento del cristianismo, como escisión de las filas del judaísmo, estaba reciente.

²³ Varios Autores. *Op. cit.* Págs. 278-279.

²⁴ Asimov, Isaac *Op. cit.* Pág. 275.

Antes de esto, ya en el año 67 los judíos enfrentaron a las fuerzas romanas y su éxito inicial los entusiasmó, pero Nerón envió a Vespasiano, quien empezó a combatirlos para que más tarde su hijo, Tito, acabara con la insurrección en muy corto tiempo. Tito se conformó con destruir el símbolo del orgullo judío: su templo. El templo que había sido levantado la primera vez por Salomón y la segunda por los macabeos y que fue el inicial objeto del conflicto, a la vez que representaba el bien religioso máspreciado del judaísmo.

Tal vez Roma se hubiera retraído militarmente y hubiera continuado el dominio a la manera tradicional sobre los judíos, pero éstos creyeron encontrar un verdadero Mesías, acreditado por Aquiba ben Josef, un judío sabio miembro de la casta sacerdotal. El elegido fue Simón bar Koziba, que se hacía llamar hijo de las estrellas. La nueva y última rebelión judía, liderada por Koziba, estalló en 131 d.c. y el propio emperador Adriano acudió a sofocarla. En 134 d.c. se consumó la derrota definitiva de Judá y, como consecuencia, la ciudad de Jerusalén dejó de ser administrada por más de 18 siglos por los judíos. De este modo perdieron el templo, la ciudad de Jerusalén y el reino de Judá, todo por emprender la defensa de sus intereses y objetivos independentistas..

Este acontecimiento marca un hito en la historia de los judíos ortodoxos y de sus gobernantes en su relación con el conjunto de pueblos que habitaban el reino de Judá. La derrota militar y religiosa no impactó a toda la población, sino únicamente a los judíos. En la historia antigua muchas naciones habían desaparecido como consecuencia de fracasos militares similares; incluso éste había sido el caso de los propios israelitas victimados por Sargón de Asiria en 722 a.c., después de una existencia de 200 años como reino, y también de los sumerios, fenicios y cartagineses, por mencionar sólo algunos pueblos conocidos. Todos los gobernantes y sus castas sacerdotales conocían de los riesgos y beneficios de una guerra.

Los judíos se habían beneficiado, en diferentes momentos de su historia, con múltiples batallas ganadas y también habían sufrido las consecuencias de sus derrotas. La más memorable había sido su derrota en 589 a.c. ante Nabucodonosor, quien destruyó el templo y Jerusalén y dio ocasión para la Primera Diáspora. En esa ocasión, los propios judíos decidieron escapar y abandonar las tierras de Judá yéndose a refugiarse a Egipto y a Mesopotamia, manteniendo el culto yavhista a salvo de la destrucción y reconstituyéndolo con el aporte de algunos nuevos profetas como Ezequiel. Regresaron en 538 con el apoyo del rey persa Ciro.

Cuatro siglos y medio después de la primera dispersión, los judíos, a consecuencia de otra guerra perdida de manera muy similar a la primera, repetían la historia emprendiendo una Segunda Diáspora. Después de la victoria, como una medida preventiva para evitar nuevas insurrecciones, los romanos prohibieron a los judíos, bajo pena de muerte, vivir en Jerusalén y el templo lo convirtieron en centro de culto dedicado a Júpiter y a Venus, consumándose así la disolución del Estado hebreo. Los judíos tomaron entonces la decisión de iniciar una nueva diáspora siguiendo el camino de sus ancestros, para huir de la amenaza de los conquistadores.

Es conveniente, para efectos de nuestro estudio, no perder de vista el hecho de que si el pueblo judío, en especial, ya escindido de las demás tribus de Israel, era el que se suponía debía conservar la tradición y el linaje puro, sin mezcla alguna, era en relación con la promesa mesiánica de que de una virgen nacería el redentor de su pueblo que los emanciparía del estado de opresión en que habían vivido. Al ser expulsados abandonaron el territorio, llevándose consigo la fe en su dios y su religión.

De este modo, en la región que los romanos empezaron a llamar, recuperando el nombre empleado por Herodoto, "Siria de los filisteos" (*Syria e palistais*, de donde viene el nombre de Palestina), permaneció un grupo muy reducido de judíos, conviviendo bajo el dominio romano con los habitantes de la región, los cuales, en su mayoría, eran palestinos.

1.3.- El judaísmo en el exilio y las otras Palestinas

La historia de judíos y palestinos como naciones separadas empezó a escribirse desde entonces. Los judíos emigraron a las diferentes regiones del mundo antiguo. No tenían ningún otro propósito que el de mantenerse con vida y el de continuar practicando su antigua religión agrupándose alrededor de la sinagoga. Durante siglos no fueron más que pequeñas sectas semiclandestinas toleradas o perseguidas según el lugar y la época. ¿Es verdad, como señalan los propios judíos modernos, que ya desde la Primera Diáspora existía una de las formas del sionismo? "En el sentido más amplio llamamos sionismo a la aspiración del pueblo judío para retornar a Sión (Sión es una colina de Jerusalén, que indistintamente suele tomarse como sinónimo de toda la ciudad o de todo el país). Indudablemente puede considerarse en ese sentido como sionistas a todos los judíos que durante los 1.878 años que transcurrieron desde la destrucción del segundo templo por los romanos, hasta la restauración del Estado de Israel en 1948, aspiraron a retornar a la patria perdida; la recordaban tres veces por día cuando rezaban en dirección a Jerusalén, se hacían enterrar con un saquito de tierra proveniente de Eretz Israel, recordaban sus aspiraciones nacionales en toda festividad festiva y luctuosa; intentaron, en decenas de oportunidades, bajo el liderazgo de los así llamados 'falsos Mesías', convertir su sueño en realidad"²⁵. Es importante lo que se dice aquí porque enfatiza la idea de un eterno anhelo de retorno al hogar perdido y se expresa el sentimiento de nostalgia del pueblo judío en él. No menciona la Tribuna Israelita el fundamento real de este discurso: la convicción profundamente religiosa de los judíos por habitar la tierra prometida ofrecida en los libros de la ley al pueblo elegido. No hay ninguna duda sobre el deseo religioso judío de volver a aquellos territorios; tampoco es increíble que dicho anhelo se mantuviera vivo durante más de dieciocho siglos; lo que resulta sorprendente es que esos judíos errantes no pensarán en las personas que se quedaran a habitar esas tierras. Es como si alguien dejara su casa abandonada o por despojo y que en su ausencia fuera ocupada por otro, y mil ochocientos años después aún pensara llegar a habitarla como si nada hubiera ocurrido. Es sorprendente, pero no inexplicable: se debe al sentimiento religioso del pueblo judío, a su fidelidad a Yahvé y a sus dictados.

Por la pregunta que se debe hacer no es si deseaban llegar, sino por qué no llegaron, por qué en dieciocho siglos no regresaron a la llamada tierra prometida que

²⁵ Actualidad. Tribuna Israelita No. 1, México Nov. 1975 Pág. 11

tanto anhelaban. También vale la pena preguntarse: ¿tuvieron oportunidad de hacerlo? Para contestar estas preguntas es necesario precisar algunos elementos históricos previos:

1.- Palestina se mantuvo en poder de los romanos hasta 638 d.c., año en que el territorio fue conquistado por Omar Kayahm (el señor de los creyentes). Esto significa que el dominio romano se extendió sobre Palestina cerca de 400 años después de la derrota judía. Podría pensarse que durante ese tiempo los judíos no podían regresar por miedo a los romanos, pero no es así. En efecto, la dispersión llevó a los judíos, en el siglo II, principalmente hacia Mesopotamia, al norte de África, a la propia península italiana y a Hispania. Los romanos no mostraron su rechazo a los judíos e incluso en 212 d.c. les concedieron derecho de ciudadanía como a otras minorías del imperio. Si el interés de los judíos hubiera sido regresar a la tierra que mana leche y miel, la coyuntura que se presentó con el emperador Caracalla pudo aprovecharse para el retorno. Había transcurrido muy poco tiempo de su derrota (apenas habían pasado 78 años) y la situación había cambiado en términos del interés religioso de los romanos. En esa época se permitió el culto de todas las religiones con excepción del cristianismo, que se extendía rápidamente por todo el imperio y al que se veía como una verdadera amenaza a las prácticas religiosas oficiales y semioficiales en todo el imperio, pero aún no se declaraba a la cristiana como religión oficial; esto no ocurrió sino hasta 391 d.c. Después de este acontecimiento se resaltó la responsabilidad de los sacerdotes judíos en la aprehensión de Jesús y en su muerte, desatándose la primera persecución en su contra. Nada impedía el retorno entre 212 y 391 a Palestina y no se sabe de algún intento por regresar en ese período.

2.- Los árabes musulmanes mantuvieron el poder sobre Palestina hasta la llegada de los mamelucos musulmanes egipcios, hacia 1200 (Vid. Infra. Apéndice, mapa Núm. 10). Los árabes tampoco fueron especialmente intransigentes con los judíos porque la religión musulmana asume su origen en Abraham y considera a la religión cristiana y a la judía como religiones emparentadas. ¿No era una ocasión para acercarse a los árabes musulmanes con el fin de pedir la oportunidad de regresar a casa y poder convivir con las tres religiones, como lo hicieron en Córdoba bajo el dominio de los omeyas? Se puede argumentar en contra la invasión selyúcida en 1055, tan intolerantes con los cristianos que ocasionaron las famosas cruzadas, guerra santa cristiana que convirtió la zona de Palestina en un infierno. En 1099 los cruzados tomaron Jerusalén, formando un reino hasta 1187 (Vid. Infra. Apéndice, mapas Núm.

11 y 12). ¿Sería esta una ocasión oportuna para incorporarse a la lucha por la tierra prometida? En esta época los judíos europeos sufrieron una de las peores persecuciones de su historia, acusados de profanar formas sagradas y de practicar sacrificios humanos. Entre los siglos XIII y XV fueron expulsados de Francia y de Inglaterra; se exterminaron unas 350 comunidades mediante progromos en Alemania. También fueron expulsados de Colonia, Estrasburgo, Nuremberg y España. Los judíos iniciaron un nuevo éxodo hacia otras regiones de Europa. ¿No era éste un buen momento para intentar volver la mayoría a su casi olvidado terruño? No se sabe de un propósito de esta clase por parte del pueblo judío.

3.- Finalmente, el territorio de Palestina y sus habitantes cayeron en poder de otro imperio, el otomano. En 1516 los turcos otomanos, también de religión musulmana, se apoderaron de la sufrida Palestina y la mantuvieron en su poder hasta junio de 1920 (tratado de Sévres), esto es, por más de 400 años. Pero los otomanos, que gobernaron una extensa región del mundo compuesta por diferentes nacionalidades y credos religiosos, instituyeron el *millet*: "Las fundamentales divisiones verticales dentro de la clase de los súbditos estaban determinadas por la religión, y a cada grupo religioso importante le estaba permitido organizarse en una comunidad relativamente autónoma, llamada millet, bajo sus propias leyes y organización administrativa, dirigida por su propio jefe religioso. El jefe del millet musulmán era Seyh ul-Islam, quien era también el jefe de la institución cultural de la clase dominante. El jefe del millet judío era el gran rabino (Haham Basi). El patriarca ortodoxo dirigía el millet cristiano ortodoxo, y así en todos los demás casos. Cada jefe de millet gobernaba a su pueblo de acuerdo con las leyes de su religión y comunidad. De este modo el millet se encargaba de muchas funciones sociales y administrativas que no se consideraban de la jurisdicción del Estado, tales como matrimonio, divorcio, nacimiento y muerte, sanidad, educación, seguridad interna y justicia. Cada millet mantenía sus propias escuelas, sus hospitales, el sistema de hacienda y los tribunales, tradición que sobrevivió en el Oriente Próximo mucho después de que la organización de los millets que la engendró se disolviese"²⁶ ¿Cuánta más tolerancia se puede pedir a un imperio musulmán para practicar no sólo la religión sino el gobierno? Había millet judío y por tanto un poder y una religión judía en el imperio. ¿Intentaron los judíos europeos refugiarse en la tierra prometida aprovechándose de estas condiciones? Todo parece indicar que no lo hicieron. Pero la pregunta sigue en pie: ¿Por qué, a pesar de que se presentaron algunas condiciones por

²⁶ El Islam, Col. Historia Universal. México, Siglo XXI Editores, 1984, Pág. 75

parte de los imperios que ocuparon Palestina por mil ochocientos años, los judíos no regresaron? ¿A qué se debió la prolongada estancia de los judíos en el exilio? Intentemos una respuesta desde otro punto de vista.

Los judíos no habían conocido períodos de paz tan prolongados como los que disfrutaron en el exilio. Se fueron extendiendo por Europa y norte de África, poblando ciudades antiguas como El Cairo, Argel, Granada, Sevilla, Nápoles, Constantinopla y, más tarde, París, Orleáns y otras ciudades francesas. Luego se extendieron a Alemania, a Lituania y a Polonia, donde formaron un gran asentamiento. Hasta el siglo X, en general disfrutaron de la protección de diversos gobiernos y papas. En Babilonia, bajo el dominio de los partos, pronto alcanzaron un notable bienestar económico; el Papa Gregorio Magno les reconoció su derecho a practicar libremente su culto; el emperador Ludovico Pío les concedió protección. También reciben protección de los monarcas germanos. Con la Paz de Magancia reciben protección real de Enrique IV. También los protege Federico II, quien los declara siervos del príncipe: los toledanos sólo les prohíben ocupar cargos públicos y durante el reinado de los omeyas en Córdoba disfrutaban de tolerancia religiosa y de consideraciones sociales y culturales iguales a las de los cristianos. Durante los primeros 900 años de su exilio disfrutaron de una paz y seguridad posiblemente mejor que las vividas en la Palestina conquistada. Además, pronto sobresalieron como prósperos comerciantes, prestamistas e industriales. No sufrían más que las poblaciones nativas y tenían la ventaja de que en general no participaban en las múltiples guerras que afectaban a todas las naciones. ¿Valía la pena dejar todo esto a cambio de Palestina?

Los judíos, debido en parte a su condición de migrantes y en parte por su religión, se mantuvieron a la expectativa viviendo donde les parecía mejor, adquiriendo propiedades y acumulando un enorme poder económico. Generalmente procuraron acercarse a los gobernantes para recibir su protección y prestaban dinero a los príncipes.

Fueron las diferencias con los europeos lo que ocasionó los primeros pogromos. Durante un largo período —desde mediados del siglo XI y hasta el siglo XVI— fueron perseguidos y discriminados, pero, como decimos nosotros, capotearon el temporal y transitaron a una situación mucho mejor en Europa occidental, no así en Rusia, que instrumentó masacres colectivas entre 1881 y 1882; después obtuvieron derechos en varios países hasta principios del siglo XX, pero no siempre asumieron las obligaciones.

Fue más feroz y consistente la lucha judía en el exilio por sus derechos humanos y civiles que sus esfuerzos por regresar a Oriente Medio. No hubo la voluntad colectiva judía para regresar realmente a Palestina y se puede afirmar, a la luz de todo lo anterior, que en dieciocho siglos no tuvieron el propósito de hacerlo aunque rezaran diariamente hacia Jerusalén. No es sino hasta el año de 1878 cuando se establece la primera colonia sionista en Palestina, al fundarse Pétah Tievá, ya por judíos que emigran con el firme propósito de colonizar, situación que pone en alerta al gobierno otomano, por lo que en noviembre de 1881 autoriza a los judíos extranjeros (no otomanos) a instalarse en el imperio otomano, salvo en Palestina.

No obstante, queda perfectamente claro que los judíos y sus descendientes, que tuvieron que salir prácticamente por la fuerza hacia el 70 d.c., poco a poco se fueron incorporando a cada una de las localidades, regiones, pueblos, ciudades y países, en los que se asentaron a tal grado que fueron asimilados hasta adquirir la nacionalidad de acuerdo con el lugar donde se establecieron, principalmente de Europa, olvidándose así de Palestina por más de dieciocho siglos y quedando sólo en un sueño para un grupo de judíos.

1.4.- El sionismo y el retorno a la tierra prometida

Durante casi dos mil años, un grupo de judíos ortodoxos incluyó en todos los oficios en las sinagogas una oración por la felicidad de Palestina, la Tierra Santa, y por el retorno de la presencia de Dios a Jerusalén. Durante siglos de persecución, cuando una tras otra de las tierras que habían parecido ofrecer refugio se habían convertido en lugares de tormento, expulsión y muerte, el sueño del retorno a la patria judía se mantuvo

siempre como un rayo de esperanza. Durante toda la historia judía, un grupo de ortodoxos, desde todos los países del exilio, se había trasladado a Palestina. No es sino hasta el año de 1878 cuando se establece la primera colonia sionista en Palestina, al fundarse Pétah Tievá, ya por judíos que emigran con el firme propósito de colonizar, situación que pone en alerta al gobierno otomano, por lo que en noviembre de 1881 judíos extranjeros se instalaron en el imperio otomano, salvo en Palestina.

Durante las dos últimas décadas del siglo XIX y en los años que precedieron a la Primera Guerra Mundial, cuando un gran número de judíos escapaba de una Europa oriental sacudida por los progromos, el limitado traslado a Palestina aumentó y las organizaciones sionistas de Europa y Estados Unidos prestaron apoyo a quienes iban a instalarse allí. La Declaración Balfour emitida el 2 de noviembre de 1917 manifestó que el gobierno británico miraba con simpatía el establecimiento de un hogar nacional judío, situación que favoreció la inmigración judía hacia Palestina, sobre todo después de que Estados Unidos cierra sus puertas a la inmigración judía en 1921. Analicemos en que consistió y cual fue el sentido de la Declaración Balfour que por haber sido propiciada y generada por los británicos, desde el punto de vista del derecho internacional ha sido considerada como un hecho totalmente unilateral que antecede al establecimiento del Mandato Británico en Palestina, establecido en la Conferencia de San Remo en 1922, que de manera específica va a iniciar toda una política de promoción a favor de la colonización y compra de tierras por parte de los judíos europeos:

“Estimado Lord Rothschild:

Me complace en transmitir a usted, en nombre del Gobierno de Su Majestad Británica, la siguiente declaración de simpatía por las aspiraciones judías sionistas, cuyo texto ha sido sometido al Gabinete y aprobado por éste:

‘El Gobierno de Su Majestad ve con beneplácito el establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío y hará cuanto esté en su poder para facilitar el logro de este

objetivo, quedando claramente entendido que no tomará ninguna medida que pueda perjudicar los derechos civiles y religiosos de las comunidades no judías de Palestina, o los derechos y la condición política de que gocen los judíos en cualquier otro país'.

Agradeceré a usted se sirva poner esta declaración en conocimiento de la Federación Sionista.

Atentamente,

Arthur James Balfour²⁷ (Vid. Supra. Comentarios en Apéndice)

Es por demás interesante echar un vistazo al comentario que sobre esta famosa declaración hace el sitio web que al final se indica., sobre todo porque consideramos que es un punto de vista equilibrado, objetivo y no se inclina por alguna postura en especial, además de que es muy significativo hacer un análisis de la Declaración Balfour insertada dentro de la problemática de la política mundial contemporánea de finales de la Primera Guerra Mundial y aborda con mucha claridad cuáles eran los verdaderos intereses británicos en la zona :

"Declaración Balfour es la declaración emitida por Gran Bretaña el 2 de noviembre de 1917 en favor de la creación de una nación judía en Palestina. La idea fue consolidándose a través de una carta enviada en marzo de 1916 por el político británico Arthur James Balfour, que en esta época era ministro de Asuntos Exteriores del gabinete presidido por David Lloyd George, a Edmond James Rothschild, un destacado defensor del sionismo. El gobierno británico expresaba en este escrito su apoyo al 'establecimiento de una nación para el pueblo judío en Palestina'. Asimismo, Gran Bretaña se comprometía a poner 'todo su empeño para facilitar la consecución de este objetivo, teniendo presente que no debía llevarse a cabo ninguna acción que pudiera perjudicar los derechos civiles y religiosos de las comunidades palestinas que no fueran judías, o los derechos o situación política de la que disfrutaran los miembros de la comunidad judía residentes en otros países'.

²⁷ [http://www.comunidadpalestina.org/balfour/balfour declaracion. htm](http://www.comunidadpalestina.org/balfour/balfour%20declaracion.htm) pag 1.

Por lo general, se ha considerado que la declaración Balfour fue un compromiso unilateral adquirido por el gobierno británico. Su fin inmediato era conseguir el apoyo del pueblo judío, de otras naciones en lucha y de países neutrales, como Estados Unidos, a la causa aliada durante la Primera Guerra Mundial. En cuanto a los objetivos a largo plazo, el motivo que subyacía a la política británica era la importancia de Palestina como punto estratégico para las rutas marítimas y terrestres a la India y, sobre todo, como último eslabón en el Mediterráneo de los oleoductos procedentes de las regiones petrolíferas de Oriente Próximo. La creación de un estado sionista bajo protección británica habría proporcionado a Gran Bretaña la posesión de este codiciado trofeo, al tiempo que representaría una prueba fehaciente de la aplicación del lema de los aliados: 'la autodeterminación de las pequeñas naciones'. El 24 de julio de 1922, la declaración fue incorporada al mandato de la Sociedad de Naciones para Palestina, en el cual se establecían las condiciones conforme a las cuales se le confiaba a Gran Bretaña la administración temporal de este país en nombre de sus ciudadanos árabes y judíos. Una consecuencia indirecta de la declaración Balfour fue la proclamación de Israel como estado independiente en 1948 en la zona sometida a la supervisión británica²⁸.

A comienzos del siglo XX, dos tercios de la población judía mundial vivían en las regiones oriental y sudoriental de Europa, especialmente en la zona que había sido Polonia; el resto vivía en Europa occidental y en Europa central, donde habían sido gradualmente readmitidos, principalmente después de la paz de Westfalia de 1648, y en las tierras del norte de África y del Asia occidental, donde se habían instalado cuando fueron expulsados de España y Portugal a partir de 1492; en Estados Unidos, su número había aumentado rápidamente con las grandes olas de inmigración que habían llegado allí desde la Europa oriental a partir de 1880.

Los judíos de Europa occidental, exceptuada la península Ibérica, habían llegado a disfrutar de plenos derechos civiles y políticos cuando los países, uno tras

²⁸ <http://www.lp.edu.pe/noticias/balfour.html> Pág. 1 de 1.

otro, durante el siglo XIX eliminaron las condiciones religiosas que impedían la participación política, abrieron las puertas de escuelas y universidades y suprimieron las restricciones para el ingreso en las profesiones. Sin embargo, la seguridad tan recientemente lograda fue sacudida a partir de 1880 por un ominoso desarrollo del antisemitismo, especialmente en Alemania y Austria, dirigido contra los judíos como "raza", no contra su religión como en anteriores períodos.

Las condiciones en la Europa oriental eran mucho menos favorables. Las restricciones económicas sobre la posesión de tierras, las limitaciones en materia de zonas de asentamiento, la extrema pobreza, la presión de la población y los frecuentes progromos habían originado un movimiento hacia el oeste que llevó a inmigrantes pobres a comunidades judías sólidamente establecidas de la Europa occidental y alimentó una corriente de inmigración a Estados Unidos. El promedio de la migración judía pasó de 5.400 personas por año entre 1840 y 1880, a 38,200 anuales de 1880 a 1900, y a 114.500 anuales de 1901 a 1914²⁹. Estados Unidos y Canadá admitían inmigrantes libremente y les concedían plenos derechos civiles y políticos.

Desde mediados del siglo XIX, los judíos de la Europa occidental y de Estados Unidos se habían organizado para ayudar a sus hermanos judíos del este y para intervenir siempre que la libertad y la condición de los judíos parecieran amenazadas. Se constituyeron organizaciones como la Alliance Israélite Universelle, creada en Francia en 1860, y entidades análogas en Inglaterra, Estados Unidos y Alemania, con la finalidad de proporcionar ayuda educativa y filantrópica en el exterior. El apoyo a la colonización judía en Palestina fue una de las formas de tal ayuda y destacadas personalidades de Europa y Estados Unidos atendieron los llamamientos de grupos de judíos de los guetos europeos orientales que conseguían organizarse para la colonización.

Sin embargo, sólo al advenimiento del nuevo siglo se convirtió el sionismo en un movimiento activo. Aunque las congregaciones judías conservadoras de Estados Unidos apoyaban en principio el retorno a Israel y los inmigrantes llevaron consigo sus movimientos "Amantes de Sión" y "Buscadores de Sión"³⁰, hizo falta la publicación en 1896 de *Der Judenstaat*, de Theodor Herzl, para que el sionismo se convirtiera en un movimiento judío activo de amplitud mundial.

²⁹ Cohen, Israel. The Zionist Movement. New York, Ed. Rev. 1946. Pág. 160.

³⁰ Cohen, Israel. Op. cit. Pág. 102.

Durante las primeras décadas del siglo XX fueron muchos los acontecimientos que continuaron fomentando el nacionalismo judío y contribuyeron al desarrollo del sionismo. El asunto Dreyfus en Francia, que supuso el juicio por espionaje contra el primer oficial judío del ejército incluido en el Estado Mayor general francés, su condena y su encarcelamiento, la revisión del juicio, la absolución y la reparación final revelaron violentos sentimientos antisemitas que dividieron a Francia y concentraron la atención del mundo durante un decenio. En Alemania y Austria, grupos políticos de intenso antisemitismo continuaron asegurándose escaños en los cuerpos legislativos centrales y locales y, al mismo tiempo, circulaban periódicos que manifestaban un violento antisemitismo en la población.

El nacionalismo creciente de poblaciones entre las que vivían numerosos judíos era una amenaza para la condición de los grupos minoritarios. Minorías judías que habían vivido cómodamente dentro del imperio otomano vieron que su posición se hacía precaria al convertirse Turquía en un estado nacionalista: el intenso nacionalismo de los nuevos estados de la Europa oriental después de la Primera Guerra Mundial era un mal presagio para las minorías judías que habitaban en ellos. En un esfuerzo por proteger a las comunidades judías dentro de los nuevos estados, los representantes de las organizaciones judías europeas y norteamericanas comparecieron ante la Conferencia de la Paz en Versalles para lograr la adopción de tratados de minorías que garantizaran los derechos de tales grupos. Al mismo tiempo, la Declaración Balfour de 1917 convirtió el objetivo del Estado judío en una realidad.

Cuando Estados Unidos cerró sus puertas a la libre inmigración por medio de sus leyes restrictivas de 1921 y 1924, la corriente de emigración judía quedó bruscamente frenada. Hacia fines de la década de 1920 llegaban a Estados Unidos sólo una quinta parte de los que entraban en el país cuando la emigración se reanudó después de la Primera Guerra Mundial. Aunque el número de judíos que se dirigían a los países sudamericanos aumentó, la emigración judía total en esos años se redujo en un 60 por ciento: de 426,930 personas en 1921-1925 a 172,908 en 1926-1930. Cuando el terror nazi se desencadenó y exterminó aproximadamente a seis millones de los ocho millones de judíos de Europa, Palestina fue el territorio que recibió al mayor número de los que pudieron escapar.

A pesar de la fuerza creciente del movimiento sionista en Europa y Estados Unidos, el apoyo de las comunidades judías distó de ser unánime y quienes prestaban apoyo al movimiento diferían fundamentalmente en cuanto a la clase de "Estado" que

propugnaban. Los judíos de la Europa occidental y Estados Unidos estaban divididos por la existencia de complejas líneas ideológicas y sociales. Algunos de los ortodoxos e intensamente religiosos apoyaban el sionismo con fervor, y el ala ortodoxa mantenía una rama especial del movimiento sionista dedicada a Palestina como centro religioso donde aplicar los preceptos del judaísmo ortodoxo en su plenitud. El sector del judaísmo en Estados Unidos, que se llamaba a sí mismo Reforma, adoptó en 1869 una firme posición radical de la que no se retiró hasta 1935. Sin embargo, había entre los no religiosos destacados políticos sionistas que veían en Palestina como algo no preferentemente religioso, sino nacional³¹.

Las diferencias entre los judíos en torno a la cuestión de la asimilación también influían en su actitud respecto del sionismo. Los asimilacionistas buscaban la integración del pueblo judío en la cultura general del país de residencia, reteniendo su fe religiosa y dedicándose a actividades de grupo dentro de la estructura de una sociedad democrática multirreligiosa, pero ocupando sus puestos como ciudadanos individuales y asociándose con otros sobre bases de profesión o intereses, de residencia o responsabilidad en la comunidad total. Frente a esta opinión estaba la de quienes sostenían que la herencia judía era demasiado preciosa para ser descartada, que sólo una intensa vida judía podía proporcionar el medio para que esta herencia prosperara y que los judíos debían mantener una identidad separada como comunidad. Los asimilacionistas eran, en su conjunto, contrarios al sionismo. Pero la ascensión de Hitler, la imposición de las leyes de Nuremberg y de leyes análogas en la Italia fascista, excluyendo de los privilegios de la ciudadanía a las poblaciones judías que parecían las más completamente asimiladas, y, finalmente, la campaña de exterminio privaron de argumentos a los asimilacionistas y propiciaron muchas conversiones al sionismo, por lo cual no fue un movimiento religioso, sino político.

Una tercera línea de separación dentro de las comunidades judías era la existencia de grupos obreros claramente socialistas y de elementos económicamente conservadores. El socialismo marxista consiguió muchos partidarios entre los judíos de Alemania y Rusia, y ambos grupos llevaron sus intereses y actitudes opuestas a Estados Unidos. El sionismo religioso ofrecía escaso atractivo a estos elementos indiferentes o antirreligiosos, pero entre los grupos obreros había muchos que veían en la patria judía un lugar en el que edificar una sociedad socialista, sin apego al judaísmo.

³¹ Finkelstein, Louis, Ed. The Jews: their history, culture and religion, Vol I. New York, 1955. Pág 162.

Estos diferentes conceptos de la Tierra de Israel dentro de las comunidades judías se reflejaron en las escuelas para colonos de Palestina que sostuvieron las distintas ramas de las organizaciones sionistas mundiales. Las escuelas mantenidas por la organización sionista general eran esencialmente laicas; reservaban un lugar para la Biblia y la literatura rabínica en sus programas de estudios, pero no impartían enseñanza religiosa formal. Las escuelas apoyadas por el ala Mizrahi ortodoxa tenían una orientación religiosa y dedicaban mucho tiempo a la literatura rabínica y la Biblia. Los sionistas sindicales e izquierdistas sostenían escuelas no religiosas con especial preferencia por los oficios y profesiones, y no incluían virtualmente ninguna literatura rabínica en sus estudios.

Cuanto apoyaban a Israel coincidían en un punto: en su función como centro de saber, tan vital para la vida de la sociedad judía. La Universidad Hebrea de Jerusalén, cuyos cimientos se establecieron en 1918 y que admitió a los primeros estudiantes regulares en 1924, se convirtió en un centro no únicamente de estudios judíos, sino también del campo general del conocimiento. El Instituto Hebreo de Tecnología, fundado en Haifa en 1912, se transformó en la principal escuela de ingeniería del Oriente Medio.

Si bien los factores que formaron la base de la creación del estado de Israel y determinaron su carácter y su política tenían raíces en la historia y la experiencia judías, en Europa su forma fue forjada por quienes dedicaron su vida y sus esfuerzos directos a la iniciativa de tratar de conformar un pueblo en una región determinada. Desde los últimos años del siglo XIX, los grupos de colonos que se habían trasladado a Palestina emprendieron la tarea de reedificar una economía agrícola. En 1885 había en Palestina unos 23 mil judíos, que vivían en su mayoría en cuatro ciudades; en 1947 existían allí 643 mil judíos, que vivían en 330 comunidades y colonias judías, de las que 302 eran agrícolas. Aunque sólo representaban el 27 por ciento de la población de Palestina, producían cítricos de la región, el 89 por ciento de los piensos, grandes cantidades de hortalizas y una pequeña proporción de cereales, y a su cargo estaba aproximadamente el 85 por ciento de la industria y el comercio del país.³² La construcción de las comunidades agrícolas (kibutts) representó el punto de apoyo para poder expandirse por todo el país de Palestina, debido a que fueron verdaderos enclaves agrícolas, es cierto, pero también militares.

³² Historia de la Humanidad. Tomo 12. UNESCO. Barcelona. Planeta/Sudamericana. 1963. Pág. 52.

Los colonos provenían de muchos lugares diferentes: Hungría, Rusia, Polonia, Lituania, Rumania, Bulgaria —ayudados con dinero de sus propias comunidades y de otros países—, Alemania, Francia, Gran Bretaña, Estados Unidos, Turquía. Distinguidas personalidades de muchos países —abogados, profesores, legisladores, embajadores— hicieron gestiones ante el gobierno turco a favor de los colonos judíos. Había un apoyo financiero proporcionado por toda clase de grupos judíos: organizaciones caritativas y de ayuda mutua, entidades juveniles, hermandades, organismos clandestinos y revolucionarios.

La colonización judía de Palestina fue, pues, producto de la colaboración y la expresión de un vastísimo campo del judaísmo mundial y tomó su carácter de todo el pueblo judío más que de tal o de cual de las muchas facetas de la vida y el pensamiento judíos³³. Cada nueva ola de inmigrantes, compuesta por gentes que tenían la sensación de que llegaban al "hogar", a la tierra que ya conocían íntimamente, era un refuerzo para quienes habían llegado antes. A pesar de la enorme diversidad en formaciones y puntos de vista, de las tensiones propias de las relaciones entre grupos y de la distancia, la gente que forjó una nación se mantuvo integrada por medio de la violencia, puesto que implicó el sojuzgamiento de los habitantes de Palestina.

Los diversos asentamientos fueron unificados paulatinamente por un idioma común, el hebreo, que pasó de ser un lenguaje de escritura y oración a ser una lengua viva de uso cotidiano, el idioma de la escuela, la cultura, la ciencia, el saber y la vida pública de la población. Las primeras colonias estuvieron separadas entre sí por el lenguaje y las diferencias culturales y conservaron sus respectivos lazos con los lugares de procedencia. El hebreo se hablaba únicamente en Palestina, pero constituía la herencia común de todos. Conquistó su aceptación final en 1912, cuando los alumnos y los profesores del recién creado Instituto Hebreo de Tecnología, apoyados por la comunidad de Palestina, lograron hacer del hebreo el idioma de enseñanza, superando la oposición de muchos de los fundadores del Instituto, quienes deseaban que la enseñanza se impartiera en alemán³⁴.

Cuando Israel se convirtió en un Estado independiente abrió sus puertas a los judíos de todos los países, por muy difícil que resultara su rápida asimilación. En virtud de la Ley del Retorno, todos los judíos obtuvieron el derecho de establecerse en Israel. El número de inmigrantes durante los primeros cuatro años, 688 mil, excedió de la

³³ Buber, Martin. *Israel and Palestine. The History of an Idea*. London: S. Godman Ed. 1956. Pág. 63.

³⁴ Janowsky, Oscar I. *Foundations of Israel. Emergence of a Welfare State*. Princeton. 1959. Pág. 56.

población total del país en el momento de la independencia. En los cinco años siguientes llegaron 150 mil inmigrantes más. Aunque algunos continuaron llegando de la Europa oriental en la medida en que podían escapar de aquellos países en los que su posición se mantenía insegura, más de la mitad del total, incluido el grueso de los inmigrantes recientes, procedía de las tierras árabes de África y del Asia occidental, donde los judíos habían vivido durante siglos en enclaves dentro de las comunidades musulmanas, en gran parte aislados de la cultura circundante y de los judíos de Europa y América. La asimilación de estas poblaciones en una cultura común supuso un nuevo problema de integración para el joven Estado judío.³⁵

En su forma inicial Israel adoptó el carácter de una nación-Estado democrática moderna y laica, de la que cualquier judío podía convertirse en ciudadano por inmigración y en la que —se suponía de acuerdo a la declaración de independencia ya mencionada— todos los palestinos nativos, ya profesaran el Islam o fueran cristianos disfrutaban de derechos idénticos a los de los judíos, individualmente y como comunidades. Salvo en asuntos de derecho personal, como el matrimonio y el divorcio, las instituciones eran laicas; para el derecho personal Israel conservó los tribunales eclesiásticos separados para judíos, musulmanes y cristianos que había heredado del imperio otomano y del mandato británico. Se facilitó la práctica de la religión judía haciendo, por ejemplo, del Sábado judío el día de descanso semanal y observando las leyes alimentarias judías en las fuerzas armadas, pero tanto los establecimientos religiosos judíos como los no judíos recibieron apoyo de los fondos públicos. El establecimiento de Israel y el asentamiento de los judíos en una parte considerable de Palestina trajo consigo problemas, a saber: la usurpación de tierras; la adquisición de tierras mediante compras más o menos legales; la violación de los derechos civiles y religiosos de los palestinos; el enfrentamiento con los pobladores nativos del territorio; la agrupación de los territorios más fértiles y productivos; el desplazamiento de la población palestina a otras regiones, e incluso a otros países limítrofes a Palestina, el problema de los refugiados, etc.

La colonización judía en Palestina y el establecimiento del Estado judío se efectuaron superando una fuerte oposición. Hasta la Primera Guerra Mundial, el gobierno turco trató de prohibir la entrada a Palestina, alegando que estaba dispuesto a admitir judíos en cualquier otra parte de los dominios turcos, pero resistiéndose a lo que reconocía como impresión de los colonos judíos que regresaban a su "patria". A pesar

³⁵ Historia de la Humanidad. Op.cit. Pág. 52.

de la Declaración Balfour, el mandato británico sobre Palestina siguió una política ambigua de admisión y restricción, al verse ante las presiones en conflicto de las poblaciones palestina y judía. Los países árabes del contorno no aceptaban el establecimiento de Israel y el Estado sólo nació después de una guerra (1947-1949) con sus vecinos surgió mediante la guerra y la fuerza de su capacidad militar, lo cual lo situó por encima de cualquier país o nación árabe, con el beneplácito de países como Estados Unidos o la Unión Soviética, pero, sobre todo, de la ONU, organismo que sabía muy bien que el gobierno israelí había violado la resolución 181 de la Asamblea General y había transgredido el derecho internacional, y aun así aceptó el triunfo de los israelíes en 1948-1949.

Según apreciaciones de Ben Gurion, para los países árabes vecinos, Israel, con su economía moderna y sus criterios occidentales, era una cabeza de playa de Occidente, un violador del suelo árabe, un fenómeno transitorio que debía ser destruido. Se trataba del violento lenguaje con el que el presidente egipcio Gamel Abdul Nasser alentaba las correrías en los lindes; del tono erudito con que un profesor de la Universidad Norteamericana de Beirut llegaba a la conclusión de que el único futuro posible para Israel era la suerte que había corrido el reino latino de Jerusalén, o del canto de las niñas de una aldea egipcia, "Fuera de aquí, malvado Israel; no será tuya nuestra amada Palestina", la intención era la misma: el Estado de Israel no debe vivir⁴⁰.

Para los judíos del mundo, con independencia de su actitud anterior frente al sionismo, Israel era una realidad alentadora. Aún más, era la realización de un antiquísimo sueño del que inclusive los no religiosos no estaban muy alejados y que los religiosos repetían constantemente en sus oraciones.

Para el pueblo de Israel su misión era sobrevivir, no únicamente para salvarse o por patriotismo hacia el país que habían creado, sino también porque se creían instrumentos de un destino histórico, los guardadores del Pacto, los instrumentos de que se realizara la oración repetida a lo largo de los años en todas las sinagogas, de que la presencia de Dios pudiera regresar a la Tierra de Israel.

Un claro ejemplo de esta fe y forma de pensar lo expresa claramente Shimon Peres de la siguiente manera: "Este problema es distinto porque el carácter de Israel, como representante político del destino del judaísmo, es único. Israel es uno de los pocos estados, quizás el único, que tiene una sola religión y su destino como nación no

⁴⁰ Ben Gurion, David. Rebirth and Destiny of Israel. Mordekhai Nurock Trad. New York. 1956. Pág. 126.

puede ser comparado a otra. Es el único que tiene por lengua viva, una lengua sagrada: el hebreo. Es el único estado que, al establecerse, resucita una independencia política y nacional que existió en la misma región geográfica hace dos mil años. No había pasado nunca que una nación entera, dispersa por todos los rincones del mundo, volviera a reunirse después de un periodo tan largo con la idea de recobrar su independencia³⁷.

³⁷ Peres, Shimon. Op.cit. Págs. 141-142.

1.5.- ¿El Islam, una concepción totalizadora en la arabización de los palestinos o una identidad asumida ante el despojo de su territorio?

El 12 de agosto de 636, al salir victoriosos los musulmanes en la batalla de Al Yarmouk, que libraron en contra de los bizantinos, se inicia la era musulmana en Palestina. Se firma el tratado de capitulación de Jerusalén y el arzobispo Sofriano (de raza árabe), primado de Jerusalén, hace la entrega simbólica de las llaves de la ciudad al segundo califa del Islam, Omar Ibn Alkhtab, y a partir de siglo VII asume su identidad musulmana y, por ende, su adhesión al mundo árabe; así transcurren mil trescientos años de evolución, entre guerras de facciones islámicas, intervenciones europeas en la época de las cruzadas y, finalmente, después de la ocupación turca, los resabios del colonialismo británico, que a través de la figura jurídica del "Mandato Administrativo", que establece la Sociedad de Naciones, llega al siglo XX con una noción de pertenencia al mundo árabe, por encima de cualquier otra filiación, a la par que se va fortaleciendo su identidad como pueblo palestino, forjado a lo largo de cientos de años.

Dentro de las múltiples incursiones extranjeras en Palestina es de llamar la atención la que hiciera Napoleón en el año de 1799, aún no emperador en ese momento, sobre todo por el hecho de que el 20 de abril de ese mismo año hizo un llamado a todos los judíos de Asia y África a enrolarse en el ejército francés para que lo apoyaran en su campaña por el dominio de Palestina y la toma de Jerusalén. Dicha campaña, infructuosa y descabellada, nunca contó con el apoyo judío ni acudió nadie a su llamado y terminó ante el fracaso de la ocupación de la ciudad de Acre. Esta incursión de tres meses, rechazada por las fuerzas otomanas, demostró en ese entonces la falta de interés de los judíos por volver a Palestina.⁵⁸

Se discute, y sobre el tema se ha dicho mucho, que hasta antes de la creación del Estado de Israel en Palestina los habitantes nativos —agricultores en su gran mayoría y comerciantes en pequeño, debido al bajo grado de desarrollo alcanzado en la zona— no contaban con una identidad propia, cosa por demás falsa y tendenciosa, puesto que desde el año de 1876-77, en que se establece en Constantinopla el primer Parlamento otomano, acuden a él los primeros diputados de Jerusalén, de origen palestino, que alertan sobre la fundación de la primera colonia sionista en Palestina en 1878 en Péctah Tievá y posteriormente, ya en 1909, un diputado palestino de Jaffa plantea ante el

⁵⁸ Grimber, Carl. Revoluciones y Luchas Nacionales. Barcelona: Editorial Daimon, 1973. Colección de Historia Universal. No. 10 Pag. 150-155

Parlamento otomano el peligro real que representa para Palestina el sionismo, ante los enfrentamientos entre colonos sionistas y campesinos palestinos cerca de Nazaret, entre los meses de febrero y abril de ese mismo año. En enero de 1911, el periódico palestino "Filastín" advierte en sus publicaciones las consecuencias de la colonización sionista, ante los ya cada vez más frecuentes enfrentamientos entre palestinos y judíos debido a la compra masiva de tierras de cultivo por parte de los judíos³⁹.

Ahora bien, es claro que los habitantes nativos de Palestina, aún sintiéndose parte del mundo árabe, desde siempre se sentían e identificaban como palestinos aunque profesaran indistintamente la religión cristiana y mayoritariamente la musulmana, adoptada a partir del siglo VII. El hecho histórico de que aún antes del proceso de islamización de Palestina el arzobispo de Jerusalén, Sofriano, que capitula ante el califa Omar Ibn Alkhtab, haya sido de origen árabe, nos indica la cercanía e identificación entre árabes y palestinos. La línea divisoria entre las distintas etnias de la región siempre ha sido bastante frágil y tienden a tener más elementos en común que rasgos que las diferencien. "Hay que hacer notar —dice Isaías Barreñada— que a pesar de que el sionismo recurra a la identidad confesional como elemento legitimador y que por su parte el Islam haya sido un componente importante del nacionalismo árabe, el conflicto israelí-palestino no es un conflicto ni religioso ni étnico; encontramos gran diversidad étnica entre los judíos y diversidad confesional entre los palestinos"⁴⁰. El demostrar que los orígenes del conflicto palestino-israelí no son religiosos ni étnicos, por lo menos por lo que a los palestinos se refiere, sino que única y exclusivamente se trata de un despojo territorial, contradice aquella frase o eslogan acuñado por el sionismo: "El mítico país sin un pueblo para un pueblo sin país", porque en 1919 Palestina ya era el hogar de 700.000 palestinos. Ahora bien, independientemente de que los palestinos sean o se sientan árabes, profesen la religión cristiana o islámica, hasta antes del inicio de la penetración del sionismo y sus políticas segregacionistas en la zona, a partir de fines del siglo XIX, en ese mismo territorio convivían musulmanes, cristianos católicos y cristianos ortodoxos y judíos sin mayor problema; lo que sí es un hecho es que después de cincuenta y cinco años no se ha llegado a una solución real entre israelíes y palestinos y, lo que es peor, el conflicto se agudiza cada día que pasa.

³⁹ <http://www.comunidadpalestina.org/cronologia/cronologia.html> Págs. 1 y 2.

⁴⁰ Barreñada, Isaías. Palestina: Introducción y raíces del conflicto. En www.nodo50.org/palestina/intropal.htm. Pág. 5.

¿Existe el palestino genéticamente puro? Tal vez no, como tampoco existe el judío y mucho menos el israelí puro como habitantes de un Estado-nación que a base de una fuerte identidad religiosa hace sentir, valga la redundancia, su sentido de pertenencia.

En este conflicto se conjugan elementos diversos. Nació como la disputa por un territorio entre dos movimientos nacionales —vuelve a apuntar Isafas Barreñada— con diferentes proyectos nacionales; provocó la intromisión de las potencias durante la Guerra Fría; con el tiempo implicó a otros actores regionales ocasionando conflictos bélicos y se complicó aún más al entremezclarse ideologías, religión y control de los recursos naturales; lo que sí es innegable es que históricamente el conflicto comienza a incubarse en el momento en que el nacionalismo árabe, obviamente cobijado bajo el Islam, cobra fuerza como un importante movimiento de liberación nacional contra el colonialismo europeo, pero en especial al hacerse masivas las inmigraciones de judíos a Palestina, auspiciadas directamente por el sionismo. Aquí encontramos dos vertientes: una que se refiere y liga de manera mutua y dialéctica al Islam con el mundo árabe, y la que hace del Islam la punta de lanza de un movimiento nacionalista

El mismo Shimon Peres afirma, haciendo alusión a que el diálogo entre árabes y judíos hubiera sido posible y de hecho era una realidad entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial: "Una particularidad suplementaria ha influido en nuestro destino: la inoportuna coincidencia de la resurrección judía con la resurrección árabe... Sin embargo, todas las tentativas fueron vanas ante la violenta reacción árabe y su tendencia a aplastar las más diversas minorías nacionales (drusos, kurdos y judíos). Quizás estas violentas reacciones eran la consecuencia inevitable del renacimiento de los países árabes"⁴¹. Aunque este paralelismo que marca Peres es relativo, porque lo podemos aplicar a los árabes de manera general y sí muy particularmente al caso israelí.

"¿Desde cuándo ha sido Palestina un país específicamente árabe?", inicia una de sus secciones el reportaje o boletín denominado "El Origen del Conflicto Palestino-Israelí". *Judíos por la justicia en el Oriente Próximo*: "Palestina se convirtió en un país predominantemente árabe e islámico hacia fines del siglo VII. Casi inmediatamente después de estos años, sus fronteras y sus características —incluyendo su nombre en árabe, Filastín— fueron conocidas por todo el mundo islámico, tanto por su fertilidad y belleza como por su importancia religiosa... Palestina se convirtió en 1516 en una provincia del imperio otomano, pero esto no la hizo menos fértil, ni menos árabe o

⁴¹ Peres, Shimon. *Op.cit.* Pág. 1.

islámica... El sesenta por ciento de la población estaba ocupada en la agricultura, el resto estaba dividido entre habitantes de las ciudades y un grupo nómada relativamente pequeño. Todos se consideraban pertenecientes a un país llamado Palestina, más allá de sus sentimientos de que también eran miembros de una gran nación árabe... A pesar de la llegada continua a Palestina de colonos judíos después de 1882, es importante comprender que hasta unas pocas semanas antes del establecimiento de Israel, en la primavera de 1948, nunca hubo otra cosa que una inmensa mayoría árabe. Por ejemplo, la población judía en 1931 era de 174.606 de un total de 1'033.314 habitantes⁴². Se deduce de los anteriores párrafos citados la innegable liga existente entre los palestinos y los árabes y podemos afirmar que la identidad palestina, enraizada dentro del mundo árabe, a través de los siglos cobró fuerza con elementos decisivos como la lengua, la religión, los usos y costumbres, la raza misma y el habitar un mismo territorio por más de mil años. Si bien es cierto que desde el punto de vista puramente étnico no podemos establecer una línea directa, como ya hemos repetido, desde los filisteos hasta nuestros días, sí podemos afirmar que así como la raíz filistea se asentó sobre el tronco cananeo, así sobre ese origen común filisteo se fueron asentando otras ramas que con el tiempo construyeron una identidad definida, mediante la cual, sin negar sus raíces, se reconocen a sí mismos como palestinos. Por otro lado, nos damos cuenta de que irremisiblemente el Islam trajo aparejado el concepto de árabe en la región al implantar la lengua árabe en la liturgia musulmana y ser imprescindible para leer el Corán, además de la innegable mezcla y consanguinidad que se dio en ese momento y que por otro lado une desde tiempos inmemoriales a los pueblos de la región: todos, en mayor o menor medida, son semitas y tienen un tronco común, y a partir de las conquistas del siglo VII, la islamización de los pueblos de Asia Menor fue real y palpable, no sólo por la mezcla que se ha venido dando a través de los 1.300 años, sino porque en esa zona, concretamente, las mezclas y fusiones entre pueblos semitas se remontan a los tiempos bíblicos y no están exentos de ello ni los mismos israelitas, ya que paradójicamente tanto los israelitas como los árabes, en su más amplia concepción, son herederos de Abraham, el mismo que engendró a Ismael y a Isaac y que, a la muerte de Sara, según la Biblia, engendró en Queturá⁴³ a todas las tribus de Arabia del Norte. Aquí existen serios problemas, no sólo de corte semántico e interpretativo, porque dentro de la

⁴² Judíos por la Justicia en el Oriente Próximo. Op. cit. pág. 4.

⁴³ Biblia Nueva de Jerusalén. Op. cit. Génesis, cap. 25, ver. 1-6.

historia de todos estos pueblos o tribus nómadas se intercambian bienes culturales donde van incluidas sus deidades. En el caso del pueblo judío tenemos que una cosa son los nómadas que integraban los clanes de Abraham y otra cosa son los descendientes de Jacob, convertido en Israel con sus doce tribus, dentro de las cuales sólo una era la de Judá, de donde descienden los judíos, diferencias que se hicieron notorias al partirse los reinos en el de Israel y el de Judá y diluirse los lazos y la consanguinidad. En el caso de los filisteos, asimilados al tronco cananeo, pasó algo similar a partir del siglo VII, cuando, enriquecidos con la fusión de las distintas tribus árabes, poco a poco fueron definiendo su identidad. Lo cierto es que lo que sí es innegable es el hecho de que palestino viene de filisteo y, al llamarse genéricamente así a todo ese territorio, sus habitantes son palestinos.

El resurgimiento de los nacionalismos árabes y las adecuaciones del islamismo al socialismo, encabezados fundamentalmente por Egipto como potencia líder en la región, en especial en la época de Nasser, decayeron a la muerte de éste y de su sucesor, Anwar Sadat, quienes, vencidos y humillados por las derrotas sufridas a manos de Israel e inmersos en serios problemas internos de subdesarrollo y luchas tribales dentro de su propio entorno, dejaron de ayudar de manera efectiva a los palestinos, no por falta de solidaridad, sino por un problema real de impotencia, de falta de armamento y recursos económicos.

Tal vez el nacionalismo palestino pueda parecer ambivalente al considerarse éstos como palestinos y árabes y no hayan estado tan identificados como los drusos o los kurdos, porque aún se debaten entre la indefinición de ser palestinos o árabes. Frente a los judíos, además de palestinos son árabes; pero frente a los mismos árabes —jordanos, egipcios, iraquíes, libaneses o sirios— son palestinos, "refugiados palestinos". ¿Por qué antes de la creación del Estado de Israel y del de Jordania no se pensó en hacer de Palestina dos estados: uno judío y otro palestino? Buena pregunta, pero extemporánea hoy en día. Al respecto, y al referirse a los problemas con sus vecinos, como Líbano y Jordania, Shimon Peres declaró después de la Guerra de los Seis Días, acerca de la delicada situación que encara Jordania como país árabe frente a las demandas territoriales de los palestinos: "El rey de Jordania necesita mucho tiempo y paz interior si desea que su reinado perdure en las actuales fronteras. El mismo rey sospecha que las fuerzas que alimentan el fuego en el Próximo Oriente (Organización para la Liberación de Palestina, presidida por Choukeiri) desean liberar a Palestina, no sólo dentro de las fronteras israelitas, sino también de las jordanas: quieren tomar al rey

de Jordania los territorios que obtuvo después de la guerra de independencia israelita en 1949, discutirle la existencia de su mismo Estado. Por otra parte, la integración de los refugiados árabes en Jordania es fundamentalmente un problema económico". Situación que a treinta y seis años y ya muerto Hussein aún es real y subsiste porque podríamos preguntarnos si existe alguna marcada diferencia étnica o religiosa entre un jordano, un árabe y un palestino.

Hay una aseveración de Shimon Peres, hecha en 1967, que parece profética porque en mucho ha configurado la situación actual del conflicto palestino-israelí y nos arroja luz para entender lo que sucede en el Oriente Medio de hoy: "La unidad árabe bajo Nasser no es más que una unidad negativa, quiero decir, dirigida contra Israel. Si Nasser renunciara a atacar Israel, automáticamente debería renunciar a toda posibilidad de unificar el mundo árabe". Y la respuesta la tenemos hoy: además de que la época de la Guerra Fría se derrumbó con el Muro de Berlín, el liderazgo de Egipto y la supuesta unidad árabe ya no existen. En aquella ocasión y en el mismo artículo, Shimon Peres asentaba algo que está resultando cierto y que ha desmembrado la unidad árabe: "La paz no llegará con facilidad: será el día en que las dos partes se den cuenta de que la guerra no engendra ninguna esperanza, ni siquiera la de la victoria militar. Ese día llegará cuando se establezca un contacto directo entre Israel y los países árabes. El enemigo de Israel no es una raza, ni un pueblo, ni un gobierno, ni un régimen. Nuestro enemigo es la política de odio de Egipto. Cuando llegue el momento, los mismos egipcios se darán cuenta de ello"⁴⁴.

Actualmente, la identidad palestina no está a discusión, ni tampoco el hecho de que los palestinos sean mayoritariamente musulmanes, sino la posibilidad de que el Estado palestino como tal se dé dentro del territorio que aún les queda en el ya de por sí mermado espacio vital. ¿Será posible que entre Israel y Jordania surja aún el Estado palestino? Aquí, el islamismo como religión predominante no está en entredicho; lo que está en peligro, y de hecho ya no existe en la zona, es la posibilidad de una coexistencia pacífica entre judíos y palestinos, porque ambos sustentan sus reclamos sobre una misma tierra, basados los judíos en el respaldo de su religión y los palestinos en el legítimo reclamo por el despojo de que fueron objeto, aunque en cuanto a creyentes del Islam, por igual esgrimen derechos sagrados de propiedad en cuanto a Jerusalén. Para los palestinos es su tierra, de la que están siendo despojados y a la que difícilmente regresarán si no es por medio de la violencia. ¿Representa el fundamentalismo islámico

⁴⁴ Peres, Shimon. Op.cit. Pág. 150.

para los palestinos alguna posibilidad de victoria? ¿O hay alguna otra salida al problema? Abdul Wahhab Kayyali expresa, refiriéndose al problema y haciendo hincapié en las siempre aspiraciones expansionistas de Israel sobre la totalidad del territorio: "De hecho, el cuerpo y el cáncer no pueden coexistir. La lucha entre ambos es una lucha por la existencia"⁴⁵.

El Islam como doctrina religiosa y forma de vida sí es parte de la concepción o postura acerca de la existencia de un pueblo y es parte también de una cultura y tradición heredadas a través de los siglos; además es signo indeleble del proceso de islamización en el que, como hemos hecho alusión, se encuentran inmersos todos los pueblos musulmanes. Tal vez árabe no es sinónimo de musulmán y tiene más que ver con la identidad étnica que con la religiosa, pero en el caso de los palestinos, tanto por su cercanía como por su consanguinidad y credo, árabe e Islam están íntimamente relacionados, porque hay quien los denomina como árabes-palestinos. Parece ser que frente al conflicto y pese a que la unidad árabe-islámica no está en su mejor época, sí provee al pueblo palestino de una identidad que solamente como palestinos no es sustentable por muchas razones, aunque el nombre "palestino", estando etiquetado como árabe, los diferencia de sus congéneres egipcios, jordanos, saudíes, etc.

En el caso de Palestina —ya lo hemos mencionado, sobre todo a partir de la Primera y la Segunda Intifada—, parece ser que a los palestinos les agrada más que se les identifique como palestinos que como árabes, situación explicable ante los medios masivos de comunicación, que siempre le han dado prioridad a los reclamos judíos y que si bien no atacan de manera frontal a la postura palestina, sí la ignoran. Es muy fácil ante la opinión mundial tratar de desvirtuar una lucha y aspiración legítima a base de olvidarse de publicar los hechos reales y así ha sido siempre en esta pugna de la identidad palestina, a lo largo de más de cien años de enfrentarse al sionismo. Hay una serie de hechos históricos que es conveniente mencionar y que nos pueden ayudar a fijar un poco el criterio de qué ha sucedido en este conflicto y que de paso nos hablan de la existencia de una identidad bien definida:

En abril de 1911, un telegrama firmado por ciento cincuenta palestinos de Jaffa y dirigido al Parlamento en Constantinopla pide la adopción de medidas estrictas contra la inmigración sionista masiva y las adquisiciones de tierras; ese mismo año, el 16 de mayo, dos diputados de Jerusalén abren el primer debate sobre el sionismo en el Parlamento otomano. Acusan a los sionistas de querer crear un Estado judío en

⁴⁵ Peres, Shímón y Abdul Wahhab Kayyali. *Op.cit.* Pág. 170.

Palestina. En enero de 1913, un colaborador del diario Filastún escribe: "Los sionistas se van a apoderar de nuestro país aldea por aldea, ciudad por ciudad". Del 27 de enero al 10 de febrero de 1919, el Primer Congreso Nacional Palestino, reunido en Jerusalén, dirige a la Conferencia de Paz, reunida en París, dos memoranda rechazando la Declaración Balfour y reclamando la independencia de Palestina. En mayo de 1920, Gran Bretaña impide abiertamente la celebración del Segundo Congreso Nacional Palestino y finalmente, en diciembre de ese mismo año, se celebra en Haifa el Tercer Congreso Nacional Palestino, que elige un Comité Ejecutivo que dirigirá el movimiento político palestino de 1920 a 1935. Entre mayo y junio de 1921, el Cuarto Congreso Nacional Palestino, reunido en Jerusalén, decide enviar una delegación palestina a Londres a exponer la oposición de los palestinos a la Declaración Balfour. En febrero de 1922, una segunda delegación palestina anuncia en Londres, al secretario británico de Asuntos Coloniales, Winston Churchill, el rechazo palestino a la Declaración Balfour y le exigen la independencia nacional. En marzo de 1925 estalla una huelga general en Palestina ante la visita a Jerusalén de Lord Balfour. En noviembre de 1928, la conferencia Islámica reunida en Jerusalén pide protección para el derecho de los musulmanes al Muro de las Lamentaciones, lugar considerado también por ellos como sagrado. Entre el 23 y el 29 de agosto de 1929 tienen lugar una serie de manifestaciones en diversas ciudades palestinas como réplica a las manifestaciones de militantes sionistas frente al Muro de las Lamentaciones, conocida como "la rebelión de Al buraq". En estos enfrentamientos mueren 133 judíos y 339 sufren heridas; hay 116 muertos y 232 heridos palestinos, a manos sobre todo de las fuerzas británicas. En octubre de ese mismo año se reúne en Jerusalén una Conferencia General para formular la posición palestina sobre el tema del Muro de las Lamentaciones⁴⁶.

Toda esta serie de acontecimientos consignados demuestran de manera clara y fehaciente la existencia de una conciencia como pueblo y la firme voluntad de constituirse en una nación, pese a que tal parece que todo se ha confabulado siempre en su contra, en especial los medios de comunicación, manipulados por el capital, eminentemente judío. No es fortuito que la Declaración Balfour se diera en Inglaterra, ni que personajes como el barón Edmond de Rothschild, inglés, ni Maurice de Hirsch, francés, ambos de origen judío, financiaran la inmigración masiva de judíos a Palestina, ni que el 30 de julio de 1922 el Congreso de los Estados Unidos de Norteamérica respaldara la Declaración Balfour, ni que el 10 de agosto el gobierno británico redactara

⁴⁶ <http://www.comunidadpalestina.org/cronologia1.html>

la Constitución palestina, en cuyo texto de introducción figurara la Declaración Balfour. Todo apunta a que gracias al movimiento de los grandes intereses económicos mundiales, en manos —gran parte— de capital judío, empujaran la balanza hacia el desenlace dado en 1948.

En estos términos, la Intifada no es más que la respuesta desesperada de los palestinos en contra de las fuerzas del Estado de Israel, que de manera desigual agreden a los ciudadanos palestinos, quienes responden con piedras a la sofisticada maquinaria de guerra israelí ante la impotencia de no poder hacer nada, ni siquiera poder llamar la atención del mundo en general o de las Naciones Unidas, que permanecen indiferentes al exterminio perpetrado contra algunas aldeas palestinas, como fue el caso de Jenín.

Ante hechos como éste, la faceta fundamentalista del Islam cobra fuerza en organizaciones terroristas como Hamas y Hezbollah, inspiradas en los preceptos y la ideología de Sayyid Quth, que pretendía convertir el Islam en un movimiento político con el fin de crear una sociedad nueva basada en los principios ancestrales del Corán. En cierta manera, estos grupos fundamentalistas recogen la tradición islamista que sueña con rescatar al mundo árabe de los resabios del imperialismo, identifíquese como europeo o estadounidense, y, como tal, al sionismo y al Estado de Israel: sin embargo, siendo partidarios todos estos grupos, como dice Paul Berman⁴⁷, de resucitar en una versión moderna el antiguo califato islámico del siglo VII, cuando los árabes conquistaban el mundo, tal vez entren en conflicto con el concepto de nación o nacionalidad que pretende la ANP, la cual, desde luego, ha deslindado su responsabilidad con respecto a estos grupos.

⁴⁷ Berman, Paul. Op.cit. Pág. 29.

2.- Las causas geopolíticas del conflicto.

En este capítulo, como su nombre lo indica, el propósito es hacer un análisis de cómo evolucionó la posición geopolítica de Palestina desde el final de la Primera Guerra Mundial hasta el establecimiento mismo del Estado de Israel, con la llamada partición de Palestina por la ONU y el inicio propiamente del conflicto ante el despojo de que fue objeto el pueblo palestino. Aquí se analiza brevemente el tema de la figura jurídica del "Mandato Administrativo" que la Sociedad de Naciones impone a las antiguas posesiones del imperio otomano bajo la tutela de Francia y Gran Bretaña, denominación dentro de la que queda Palestina bajo el mandato británico, que desde un principio no sólo va a favorecer a las políticas sionistas, sino que de manera abierta fomenta la compra de tierras en Palestina, situación que se había iniciado desde mediados del siglo XIX, permitida en cierta forma por el imperio otomano. Aquí es importante destacar el papel que juega Gran Bretaña en el ajedrez político de la región del Oriente Medio, porque son los ingleses, conjuntamente con los franceses, los artífices de una serie de engaños y triquiñuelas que han sentado las bases y auspiciado conflictos como el que actualmente padecen judíos y palestinos. Al final de este capítulo se hace un esbozo de cuál ha sido el papel del nacionalismo árabe en la región y cómo influyó esto en Palestina, región que se convirtió en el principal bastión ideológico del combate a Occidente y a los infieles por el grupo de países liderados por Nasser y sus sucesores, y que protagonizó guerras como la de los Seis Días en 1967.

2.1.- Palestina en la encrucijada, al término de la Primera Guerra Mundial

La Primera Guerra Mundial y sus consecuencias provocaron la extensión del control europeo (con el breve paréntesis de algunos años) sobre casi todo Oriente Medio. La participación otomana en esta guerra del lado de las potencias centrales tuvo enormes consecuencias para esta zona, consecuencias cuyo eco aún hoy en día no se han extinguido del todo. La guerra supuso el definitivo y explícito abandono de la tradicional política británica de defender la independencia e integridad territorial del imperio otomano.

Es cierto que esta política había dejado de contar, desde aproximadamente unos veinte años antes del estallido de la guerra, con el amplio asentimiento de que disfrutara hasta el congreso de Berlín e incluso unos años después. También es verdad que en 1914 el imperio otomano significaba muy poco para Gran Bretaña. Esto queda perfectamente claro si tenemos en cuenta lo tibios que evidenciaron ser los esfuerzos hechos por Gran Bretaña para atraer a los turcos hacia la causa aliada o por lo menos para asegurar su neutralidad.

Pero si bien la independencia e integridad territorial del imperio otomano habían dejado de interesar a Gran Bretaña, no se daban aún las condiciones objetivas que propiciasen una alternativa política distinta. Sin embargo, el estallido de la guerra obligó a una reconsideración de la actitud y política de Gran Bretaña. La proclamación de Egipto y Kuwait como protectorados británicos fue una primera consecuencia de las hostilidades angloturcas (Vid. Infra. Apéndice, mapa Núm. 14).

Pero siguieron otras consecuencias de más largo alcance. La expedición de Gallípoli, embarcada a principios de 1915 para destruir el poder otomano ocupando Estambul, provocó la inmediata exigencia rusa de que se le concediese su posesión en caso de victoria. Los británicos y los franceses accedieron a la petición rusa en febrero-marzo de 1915. Hasta entonces, negar Estambul y los Estrechos a Rusia había sido uno de los puntos cardinales de la política británica y, por lo tanto, esta concesión suponía una revolución en la política exterior que iba a tener consecuencias de gran alcance. Suponía, nada menos, que incluir en el reparto del imperio otomano entre Francia y Gran Bretaña a todos aquellos aliados que encontrasen una buena justificación para hacerse con parte del botín. Británicos y franceses se pusieron de acuerdo para llevar a cabo un plan de reparto en unas conversaciones que empezaron en el mes de noviembre

de 1915. Los rusos se unieron al plan tras conseguir que se hicieran algunas modificaciones en su beneficio. Este plan de partición iba incluido en el acuerdo Sykes-Picot (llamado así debido al nombre de los negociadores británico y francés), que se firmó en el mes de mayo de 1916.

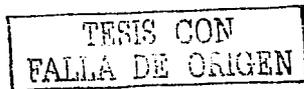
En abril del año anterior, en virtud del tratado secreto de Londres, se había prometido a Italia, si quería unirse a los aliados, "una parte equitativa" en el reparto de Asia Menor. Esta promesa se vio confirmada en abril de 1917, cuando, en virtud del acuerdo de St. Jean Maurienne, los británicos y los franceses prometían a los italianos Esmirna, el vilayato de Aidin y una gran zona de influencia en el norte. Así pues, a mediados de 1917 Gran Bretaña, Francia, Rusia e Italia se habían puesto secretamente de acuerdo para repartirse el imperio otomano entre ellos en caso de victoria.

Gran Bretaña se quedaría con Mesopotamia, hasta el norte de Bagdad y un enclave en el Mediterráneo, en Haifa y sus alrededores. Estos dos territorios británicos quedarían comunicados, por así decirlo, gracias a una amplia zona que englobaba el sur de Siria, el desierto sirio y Transjordania. Francia se quedaría con Líbano y Cilicia y ejercería un control prácticamente absoluto en el interior de Siria y en el vilayato de Mosul. Rusia, además de Constantinopla y de los Estrechos, recibiría una extensa zona del este de Anatolia. Y Palestina quedaría bajo administración internacional.

Estos acuerdos secretos eran bastante complicados, pero se complicaron aún más debido a otros planes y "entendimientos". Al principio de la guerra el alcalde de La Meca se vio alentado por los británicos a organizar una rebelión contra el imperio otomano.

Al alcalde se le prometían cosas grandiosas, pero bastante vagas: un reino independiente en el Hijaz, hacer que el califato pasase de la dinastía otomana a la suya propia y la formación de un Estado árabe. Las negociaciones entre él y el Alto Comisionado británico en Egipto, sir Henry MacMahon, tuvieron lugar irregularmente a todo lo largo de 1915 y terminaron sin llegar a nada positivo en marzo de 1916. El alcalde pedía muchas cosas y quería un extenso Estado árabe, y lo que MacMahon estaba dispuesto a dar era mucho menos. La carta de éste del 24 de octubre de 1915, que contenía la oferta británica, aunque llena de buenas palabras, prometía bien poco. El resumen hecho por D. G. Hogarth es el más elocuente:

"Quedarían fuera de toda negociación todos los territorios de habla turca que Husain (Custodio de los Santos Lugares de La Meca) reivindicaba como árabes y todos aquellos grupos

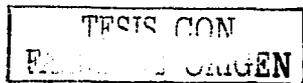


árabes con los que ya se hubiesen concertado tratados (dejando a discreción francesa cualquier garantía acerca de la independencia del litoral sirio o acerca de la libertad del tutelaje del interior, como por ejemplo los cuatro distritos de las ciudades de Damasco, Homs, Hama y Alepo), exceptuando asimismo otras regiones árabes en las que Francia pudiese tener intereses particulares; Mosul y acaso Palestina quedaban dudosas y, finalmente, se expresaba que no se daría ninguna garantía respecto de la entrega incondicional ni del alto ni del bajo Iraq; a pesar de todas estas salvedades, se reconocía el derecho de los árabes a casi todos los vastos territorios que Husain reivindicaba, incluyendo Mesopotamia, aunque este reconocimiento quedaba sujeto a muchas limitaciones."

Podemos añadir además que esta oferta, hecha en términos tan equívocos y condicionados, no era en modo alguno un tratado a suscribir con una autoridad reconocida, sino que simplemente formaba parte de unos contactos officiosos con alguien cuyo derecho a hablar en nombre de los "árabes" no era ni mucho menos evidente. Pero las cosas más concretas que se ofrecían, como por ejemplo la formación de un estado árabe en Siria y Mesopotamia, se hallaban incluidas en el acuerdo Sykes-Picot; porque en este acuerdo Gran Bretaña y Francia se obligaban a "reconocer y apoyar" un Estado árabe o confederación de estados que se formase en aquellas zonas de Siria y Mesopotamia que no se anexionasen, pero en la que pasarían a ejercer una influencia decisiva.

La forma en que MacMahon expresó su oferta al alcalde acarrearía muchos problemas y conflictos posteriormente, pero de lo que no cabe duda es de que al menos no estaban en contradicción con los acuerdos previos de las potencias. La Declaración Balfour hecha en noviembre de 1917, por el contrario, no se ajustaba en la misma forma a ese entendimiento. Fue una declaración unilateral británica dirigida a los sionistas, en la que se expresaba que "el gobierno de Su Majestad ve con buenos ojos el establecimiento en Palestina de un Estado judío y pondrá a contribución sus mejores esfuerzos para conseguir este objetivo". Pero también éste era un documento ambiguo cuya ulterior interpretación provocaría muchos problemas. Y el documento no sólo era ambiguo sino que estaba en contradicción, potencialmente, no ya con la oferta de MacMahon a Husayn, sino con el acuerdo Sykes-Picot.

El "establecimiento en Palestina de un hogar nacional judío", probablemente bajo patrocinio británico, mal podía conciliarse con la propuesta del proyecto de ponerla bajo control internacional. No hay duda de que el acuerdo Sykes-Picot se



estaba convirtiendo a ojos británicos en algo no satisfactorio. Todo el peso de la lucha contra el imperio otomano lo estaban soportando las tropas británicas.

Fueron tropas británicas las que lucharon en Gallípoli en la campaña de 1915; fueron tropas británicas las que combatieron a los otomanos en Mesopotamia, donde ocuparon Basora en noviembre de 1914 y Bagdad en marzo de 1917; fueron asimismo tropas británicas las que se enfrentaron a los turcos en el Sinaí, con lo que Allenby lanzaría una ofensiva para apoderarse de Jerusalén en diciembre de 1917 y de Damasco en octubre de 1918. Así pues, ¿por qué razón debían los franceses gozar de una posición preeminente en el Mediterráneo Oriental? Hay pocas dudas respecto de que esto fue el principal considerando político que llevó a la Declaración de Balfour. El plan Sykes-Picot se vio igualmente minado por el apoyo británico a las ambiciones de Husayn.

En julio de 1917 fuerzas tribales reunidas por Faisal (hijo tercero de Husayn) se apoderaron de Aqaba. Feisal sirvió perfectamente a los designios de Allenby, que le nombró comandante del llamado "Ejército de Arabia septentrional" que, cuando y como quisiera, serviría de apoyo a las fuerzas británicas y operaría al este del Jordán.

En octubre de 1918, una vez dispersados los turcos, Allenby permitió que las tropas de Feisal penetrasen en Damasco y que posteriormente él reivindicase su conquista. Feisal fue nombrado gobernador militar de Siria bajo la autoridad de Allenby, pudiendo así ignorar y desafiar a los franceses en un territorio donde, de acuerdo con el plan Sykes-Picot, su influencia debería ser poco menos que hegemónica. Sin Rusia en la guerra desde 1917 estos acontecimientos significaban que el acuerdo Sykes-Picot hacía aguas y que Gran Bretaña y Francia habían llegado a un nuevo *modus vivendi* en Oriente Medio.

Este proceso fue gestándose poco a poco y podría considerarse que duró desde el armisticio de Mudros entre el imperio otomano y las potencias aliadas, firmado el 30 de octubre de 1918, al tratado de Lausana, firmado el 24 de julio de 1923 tras largas negociaciones entre Turquía por un lado (como se puede llamar ya al corazón del imperio otomano) y Gran Bretaña, Francia, Italia, Japón, Grecia, Bulgaria y Rumania por otro.

En el momento del armisticio las tropas británicas ocupaban Palestina, Siria, Líbano y Cilicia, y en Mesopotamia, los vilayatos de Basora y Bagdad; inmediatamente después del armisticio las tropas británicas ocuparon también el vilayato de Mosul. Este estado de cosas hizo que Lloyd George intentase y consiguiese persuadir a los franceses

a la renuncia o la revisión de aquellos que eran sus derechos como les fueron reconocidos en el acuerdo Sykes-Picot. Inmediatamente después del armisticio los franceses renunciaron a Palestina y Mosul pero no hicieron lo mismo con el resto. El "punto muerto" duró un año. Finalmente Lloyd George cedió y llegó a un acuerdo con Clemenceau, por el cual las tropas británicas se retirarían de Siria, Líbano y Cilicia, las tropas francesas las sustituirían en los dos últimos territorios y Siria quedaría bajo el control de Feisal. El "traspaso de poderes" tuvo lugar en el mes de noviembre de 1919.

Pero no fue sólo en Turquía donde se produjo un abismo entre lo que las potencias victoriosas propusieron y lo que la historia dispuso. En Siria, en Palestina y también en Mesopotamia los acontecimientos desbordaron los planes de los aliados. En el otoño de 1919 tropas francesas reemplazaron a las británicas en Líbano, y Feisal, al que se había confiado el control de Siria, tuvo que replantearse una nueva política hacia sus vecinos. Hasta entonces había gozado de la protección de los británicos, que le habían utilizado para hacer que los franceses desistiesen de sus reivindicaciones en el Mediterráneo oriental.

El intento fracasó y los británicos se retiraron dejando claro a Feisal que tendría que llegar a algún tipo de acomodación con sus adversarios. Pero Feisal era un hombre débil, incapaz de contener a sus levantiscos seguidores que le forzaron a una política provocativa y temeraria respecto a los franceses. La frontera entre Siria y Líbano se convirtió en una zona de tensión y hostilidad y en marzo de 1920 Feisal fue proclamado rey del Reino Unido de Siria, que reunía nada menos que Siria, Líbano y Palestina. Los franceses, que no estaban dispuestos en modo alguno a plegarse al desafío de Feisal, entregaron en el mes de julio un ultimátum que exigía a Feisal que aceptase el control y la protección franceses. Feisal, encajonado entre dos fuegos, entre las amenazas francesas y el clamor de sus seguidores, se dejó dominar por el pánico; el ultimátum estaba a punto de expirar y los impacientes franceses iniciaron la marcha sobre Damasco. Un breve encuentro en Khan Maisalum, cerca de Damasco, habido el 24 de julio, bastó para forzar la retirada de las tropas de Feisal. Los franceses ocuparon la ciudad, pusieron fin al régimen shariffiano y expulsaron a Feisal de Siria. Está más que claro que no sólo para Palestina, sino para toda la región conocida como del Fértil Crescente y de la cual ya hemos hablado en otro capítulo del presente trabajo, el desenlace de la Primera Guerra Mundial favoreció a las potencias vencedoras y facilitó la intervención de éstas en la vida de todos los pueblos árabes de la región, desde Mesopotamia hasta Egipto, y sus consecuencias las padecemos hoy en día después de

casi un siglo del inicio de esa injerencia, que con la creación de la Sociedad de Naciones, el advenimiento de la Segunda Guerra Mundial y la evolución de la Guerra Fría, la fundación de la ONU, el establecimiento del Estado de Israel y el surgimiento de varios estados árabes, confeccionados al antojo de las potencias coloniales y sin responder a ningún plan coherente ligado a las distintas nacionalidades y etnias, ha convertido a la región en un foco de tensión permanente, donde después de que perdiera fuerza el panarabismo y los nacionalismos exaltados árabes, la suerte de toda la región parece estar ligada a los intereses del capital hegemónico mundial trasladado ahora a Estados Unidos de Norteamérica.

2.2.- El Mandato Administrativo, nueva figura jurídica del Colonialismo

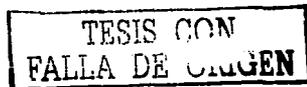
Si dentro de las resoluciones que se tomaron a principios del siglo XX en el seno de la Sociedad de Naciones hubo alguna que afectara y determinara en forma decisiva la evolución de los acontecimientos en Oriente Medio, fue sin duda la adopción de la figura del Mandato Administrativo, que le dio armas y el control absoluto sobre los territorios que hasta la Primera Guerra Mundial habían estado bajo el dominio del imperio otomano, porque puso a disposición de la política exterior británica a territorios tan controvertidos como toda la Palestina, conocida curiosamente como la Palestina británica.

Según el acuerdo Sykes-Picot, Francia se anexionaría Líbano y Siria sería una zona de influencia exclusivamente francesa. Después, tanto Siria como Líbano se convertirían en mandatos administrados por Francia. Los mandatos fueron un invento del general Smuts que "patentó" a finales de la guerra y que fueron incluidos en el *covenant* de la Sociedad de Naciones incorporado a los tratados de Versalles, firmados el 23 de junio de 1919. El artículo XXII del *covenant* explicaba el concepto de "mandato" y su régimen:

"A aquellas colonias y territorios que como consecuencia de la última guerra hayan dejado de estar bajo la soberanía de los estados que antes los gobernaron y que están habitados por pueblos que todavía no pueden valerse por sí mismos en las duras condiciones del mundo moderno, se les aplicará el principio de que el bienestar y desarrollo de tales pueblos son un sagrado mandato de la civilización y que se deberán dar garantías para el cumplimiento del mismo con base en lo expuesto en este *covenant*. El mejor medio de llevar a la práctica este principio es que la tutela de tales pueblos sea confiada a naciones adelantadas que en razón de sus recursos, su experiencia y su situación geográfica puedan aceptar en mejores condiciones estas responsabilidades y quieran aceptarlas, y que esta tutela sea ejercida por ellas en calidad de mandatarios en nombre de la Sociedad de Naciones."⁴⁸

Si analizamos el párrafo del acuerdo que dice: *están habitados por pueblos que todavía no pueden valerse por sí mismos en las duras condiciones del mundo moderno, se les aplicará el principio de que el bienestar y desarrollo de tales pueblos son un sagrado mandato de la civilización*, nos quedará claro cuál era la verdadera intención

⁴⁸ History of the Peace Conference of Paris, a cargo de H.W V. Temperly. Tomo VI. 1924. Pág. 126.

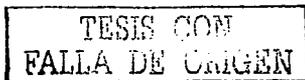


de estos mandatos y cómo se daba la calidad de menores de edad a todos estos pueblos, que si bien es cierto no constituían ni tenían la posibilidad de convertirse en estados en un corto tiempo, sí estaban integrados por etnias específicas que, aunque dispersas, mantenían cierto grado de cohesión, especialmente de carácter religioso, que la institución del millet les había conferido durante la administración otomana. Aquí es importante destacar, dentro de la complejidad del problema que aborda la presente tesis, que el factor religioso aparece una y otra vez como uno, si no el más importante, de los factores condicionantes y definitorios de las distintas entidades étnicas. Cabe hacer la comparación con lo que sucede en Chipre, donde las endebles diferencias étnicas ceden ante la identidad religiosa de cada bando: musulmanes y cristianos ortodoxos.

Debido a las públicas manifestaciones hechas por los aliados durante y después de la guerra, se les hizo a éstos muy difícil llevar a la práctica el plan previsto en el acuerdo Sykes-Picot. Así pues, en lugar de anexiones y protectorados, Francia y Gran Bretaña se hicieron con "mandatos" en el Oriente Medio. El supremo consejo aliado reunido en San Remo en abril de 1920 asignó a Francia un mandato para Siria y Líbano. Francia organizó consiguientemente la administración local de ambos territorios, de cuya gestión debería responder ante la Sociedad de Naciones. La reunión de San Remo asignó a Gran Bretaña los mandatos de Mesopotamia y Palestina.

El mandato de Palestina difería de los otros mandatos de Oriente Medio en que el mandatario no se comprometía a facilitar el progresivo desarrollo del país en un estado independiente; el régimen de este mandato obligaba al mandatario a "responsabilizarse del cumplimiento" de lo previsto en la Declaración Balfour tal como se hallaba incorporada en el preámbulo del documento que consagraba el mandato. De esta manera la colonización sionista de Palestina adquiría una base legal. Esto no significaba ni mucho menos que los judíos tuviesen carta blanca. La población aborigen de Palestina era, en su gran mayoría, musulmana de lengua árabe y siempre había puesto objeciones al establecimiento sionista en el país.

Los palestinos no se mostraron nada remisos en convertir sus primitivas objeciones en protestas y sublevaciones, que alcanzaron su máxima gravedad en las llamadas sublevaciones del Muro de las Lamentaciones de 1929, en la primera década del mandato. Puede servir de tema de polémica la consideración de si estas sublevaciones y disturbios se debían a un intento de los líderes palestinos para intimidar al mandatario y conseguir que abandonase sus compromisos con el sionismo,



apoyándose en que si por un lado los británicos no se mostraban dispuestos a dejarse intimidar, por otro la inmigración judía no podía seguir manteniendo el fuerte ritmo de los primeros años. Ambos supuestos eran bastante exactos aplicados a los años anteriores a 1933, pero la subida al poder en Alemania de los nacionalsocialistas hizo que cambiase la decoración casi inmediatamente.

Inmigrantes judíos de Alemania y de otros países europeos empezaron a llegar como un río. Gran Bretaña empezó a recibir amenazas y presiones por parte de las dictaduras europeas y mediterráneas, y se mostró menos firme en enfrentarse a las protestas palestinas, especialmente cuando eran apoyadas por otros pueblos árabes. En 1936 estalló una rebelión que condujo al nombramiento de una comisión real (encabezada por lord Peel) para proceder a una nueva investigación del problema. La comisión informó en 1937 que el mandato, tal como se encontraba entonces, era impracticable, y propuso la creación de un pequeño Estado judío en una parte de Palestina, en tanto que el resto del país se uniría al principado de Transjordania que en 1921 había sido separado de Palestina y que se hallaba en régimen de mandato. Al principio el gobierno británico aceptó estas recomendaciones, pero aproximadamente un año después declaraba que resultaba impracticable.

En lugar de esto procedió a propugnar una conferencia árabe-judía en un intento por llegar a un arreglo negociado. Estas conversaciones, conocidas con el nombre de "Conferencias de la mesa redonda", tuvieron lugar en Londres en los meses de febrero y marzo de 1939, pero resultaron infructuosas.

El gobierno británico publicó un libro blanco en el mes de mayo, en el que limitaba drásticamente la inmigración judía a Palestina e imponía una severa limitación respecto de las zonas del país donde los inmigrantes judíos tenían derecho a comprar tierras. Está claro que Gran Bretaña se embarcó en esta política porque consideraba que el precio que debería pagar por apoyar a los sionistas frente a los árabes habría sido desproporcionado con las ventajas que pudiera obtener.

En 1939 los árabes se sentían cada vez más apoyados y alentados por las potencias del Eje y, como ocupaban zonas de importancia estratégica, se consideró que convenía mostrarse conciliador; de ahí el abandono del "reparto", al que los árabes habían opuesto siempre objeciones, y de ahí también el libro blanco. Pero la "Conferencia de la mesa redonda" señaló un cambio significativo de la política británica en Oriente Medio. La conferencia no se redujo a unas conversaciones entre el mandatario, los árabes palestinos y los sionistas, que eran las partes directamente interesadas: el

gobierno británico invitó a Egipto, Irak, Arabia Saudí, Yemen y Transjordania. Esto era tanto como admitir y conceder que estos estados, probablemente debido a su calidad de "árabes", tenían derecho a participar en la negociación y en las decisiones que afectasen a Palestina. Por lo tanto, el gobierno británico se mostraba dispuesto a reconocer una "comunidad árabe" y a tratar con ella como tal. En otras palabras, era tanto como aceptar las reivindicaciones de los nacionalistas árabes respecto de que había una nación árabe que tarde o temprano se unificaría en un solo Estado.

Podemos suponer que el gobierno británico sopesó adecuadamente y aceptó estas implicaciones y que la "Conferencia de la mesa redonda" fue —entre otras cosas— un intento de alejar el movimiento nacionalista árabe de las potencias del Eje y de atraerlo a la influencia británica. Esta política se vería después más clara y acentuada cuando en un discurso pronunciado en mayo de 1941, Anthony Eden, secretario de Asuntos Exteriores, prometió "pleno apoyo a cualquier plan (de unidad árabe) que obtenga general aprobación".

El apoyo británico a la causa panárabe y al nacionalismo árabe se demostraría después en Líbano y Siria durante la guerra. Un año después de la capitulación francesa ante Alemania (en junio de 1941) Gran Bretaña organizó una expedición contra el régimen de Vichy en el Mediterráneo oriental y rápidamente se hizo con el control del territorio. Un contingente de la Francia Libre acompañado por tropas británicas y autoridades de la Francia Libre sustituyó a las de Vichy en los mandatos del territorio. Al principio de la invasión, los representantes de la Francia Libre publicaron, bajo presión británica, una declaración prometiendo la completa independencia a los sirios y libaneses, respaldada y, por decirlo de algún modo, "garantizada" por los británicos. Los representantes de la Francia Libre, deseosos de afirmarse como campeones de la grandeza francesa, evitaron que esta declaración fuese llevada hasta sus últimas consecuencias.

En 1943 chocaron abiertamente con el gobierno libanés que, dando por sentado el apoyo británico, había denunciado unilateralmente el régimen de mandato que administraba Francia. El gobierno británico, mediante presiones y amenazas, obligó a que la Francia Libre aceptase el hecho consumado.

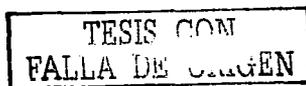
Casi un año después de la liberación de Francia los franceses chocaron con el gobierno sirio (mayo-junio de 1945) y nuevamente los británicos apoyaron inequívocamente a los sirios; sus tropas entraron en Damasco y desarmaron a los franceses. Así terminó la larga rivalidad que había enfrentado a británicos y franceses

en el Oriente Medio desde los tiempos de la Primera Guerra Mundial. Los británicos quedaron entonces como la potencia hegemónica en el Oriente Medio. En 1941 desbarataron la conquista italiana de Etiopía y en 1943, Cirenaica y Trípoli, conquistadas en 1912, dejaron de ser italianas. Los franceses quedaron eliminados de la escena. Los estados árabes iniciaron, con el apoyo británico, negociaciones para lograr un cierto grado de unidad que tuvieron lugar a partir de julio de 1943 y que desembocarían en marzo de 1945 en la formación de la Liga. Gran Bretaña podía atribuirse con toda justicia la paternidad de la liga. Pero esta apariencia de predominio británico era tan sólo eso, apariencia. Porque Gran Bretaña salía de la Segunda Guerra Mundial seriamente debilitada y ya no estaba en situación de mantener su arrogancia imperial. Situación que después de la fundación de la ONU posicionó a Estados Unidos de Norteamérica, enfrentado ya ante la Unión Soviética, como la nueva potencia imperialista que de ahí en adelante movilizaría los hilos de la política mundial.

2.3.- Palestina, dentro del nacionalismo árabe

Otro elemento crucial a considerar dentro de la problemática que analizamos es sin lugar a dudas el papel que en la década de los cincuenta, sesenta y parte de los setenta le tocó jugar al nacionalismo árabe, como un intento por hacer resurgir el esplendor de los siglos VII al XV, con el abierto apoyo de la Unión Soviética, dentro del marco de la Guerra Fría, tratando de elaborar y enarbolar toda una teoría de nacionalismo socializante fundado en el Islam y teniendo como principal objetivo para aglutinar a las diferentes etnias árabes el llamado a la lucha en contra del naciente Estado de Israel.

El nacionalismo árabe en el siglo XX era la expresión de un pueblo que compartía un idioma común y un sentido de identidad común con un gran pasado, fueran cuales fuesen las unidades políticas que cupiera encontrar dentro de él. El sentido de identidad árabe y las aspiraciones de quienes se consideraban árabes se fueron formando gradualmente durante el siglo, hasta alcanzar una culminación emocional en el decenio que siguió a la Segunda Guerra Mundial.

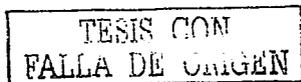


Este nacionalismo árabe absorbió o arrolló a otras fidelidades que ofrecían bases alternativas para la identificación y el esfuerzo entre los pueblos árabes. Se impuso a la entrega emocional a la nación-Estado y a la identificación con lo que no fuera la fase árabe de la larga historia de los antiguos países del Oriente Medio y del norte de África. Aunque Egipto situó la gigantesca estatua de Ramsés II en el centro de El Cairo y aprovechó cuanto pudo el interés turístico por las grandes pirámides y tumbas, fue la tradición árabe más que la faraónica la que sirvió de base para que el Egipto moderno adquiriera un sentido de misión e identidad.

El esfuerzo por centrar a Egipto como nación-Estado con sus raíces en el pasado de los faraones declinó a medida que ascendió el nacionalismo árabe. Finalmente, la identificación árabe triunfó con la creación de la República Árabe Unida (4 de febrero de 1958) mediante la unión de Egipto y Siria y el abandono de Egipto como nombre, con las asociaciones históricas que evocaba.

El nacionalismo árabe también trascendió la fidelidad al Islam, aunque la noción de grandeza árabe estaba ligada a la de que el Islam era árabe de modo auténtico. El centro del Islam, la ciudad santa de La Meca, era una ciudad árabe; el arábigo era el idioma en que había sido escrito el Corán y continuaba siendo leído o recitado por todos los creyentes: históricamente, los árabes eran quienes habían llevado el Islam al este y al oeste. Sin embargo, el nacionalismo árabe sirvió de contrapeso al movimiento panislámico de comienzos del siglo XX que procuró realzar la autoridad del califa, y el movimiento nacionalista incluyó entre sus dirigentes a árabes cristianos y drusos, quienes colocaban la identidad nacional por encima de la afiliación religiosa. Por otra parte, el nacionalismo árabe tendía a imponerse a fidelidades dinásticas y otras de tipo personal que fueron la principal forma de afiliación conocida en la región y continuaban caracterizando las relaciones dentro del mundo árabe a mediados del siglo XX.

El nacionalismo árabe obtenía mucha de su fuerza e intensidad emocional del hecho de que se convertía cada vez más en bandera de unión para el antagonismo con las potencias coloniales de Occidente. En ninguna parte el sentimiento anticolonial era más fuerte y tenía más carga de resentimientos y desconfianza. En ninguna parte existía más acerba sensación de alevosía. En el clima de mediados del siglo XX, los esfuerzos de las potencias occidentales por proteger sus intereses en la región parecían una afrenta especialmente intolerable a la dignidad de un pueblo orgulloso y el nacionalismo árabe ofrecía una salida para esta indignación.



El impulso inicial del nacionalismo árabe procedió del renacimiento islámico de fines del siglo XIX, inspirado por el espíritu nacionalista panislámico de Jamal ad-Din al-Afghani y el liberalismo de Mohamed Abduh, quienes creían que un Islam purificado podía asimilar las ideas técnicas y sociales modernas y renovar la fuerza de la sociedad mahometana. Las ideas de un nacionalismo laico, en el sentido occidental, fueron estimuladas por la educación misionera: algunos de los más vigorosos miembros del movimiento nacionalista árabe fueron graduados de la Universidad Norteamericana de Beirut.

El movimiento de los Jóvenes Turcos de 1908, con su llamamiento a favor de "Libertad, Fraternidad, Igualdad", pareció a los árabes que les ofrecía una salida para el despertar de su conciencia. En el multicultural imperio otomano, donde la administración corría a cargo de bajás turcos pero las nacionalidades conservaban su identidad dentro del imperio, los árabes entendieron que obtendrían una mayor autonomía bajo el gobierno constitucional que los Jóvenes Turcos proponían. Pero los Jóvenes Turcos preveían una nación-Estado que fuera turca en cultura y fidelidad nacional, no meramente en gobierno.

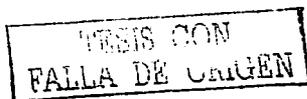
Los árabes llegaron a comprender que no había sitio para ellos en un movimiento que llevaba a la turquificación y se volvieron hacia organizaciones propias, formando una serie de sociedades secretas entre 1908 y 1912. La finalidad de estas sociedades todavía seguía siendo no la separación con respecto a Turquía, sino la plenitud de derechos políticos y una participación efectiva en la administración del imperio. El primer congreso panárabe, celebrado en París en 1913 por iniciativa de un grupo de estudiantes árabes en el exterior, formuló demandas parecidas.

El aliento más práctico para el nacionalismo árabe procedió de las potencias occidentales que trataron de utilizar las ambiciones árabes para alcanzar sus propios objetivos militares en la Primera Guerra Mundial. Al verse envuelta Turquía en la guerra y al advertirse que el imperio otomano parecía estar derrumbándose, las aspiraciones de los árabes se desplazaron gradualmente de la participación en el imperio a la independencia. Los jefes árabes buscaron y obtuvieron el apoyo aliado para sus fines, y en 1916, Husayn, el jerife de La Meca, levantó el estandarte de la "Gran Rebelión Árabe" contra los turcos. En nombre del nacionalismo árabe, los mahometanos se volvieron así contra otra potencia mahometana y apresuraron la caída del sultán que había sido también su califa.

Pero las potencias no sólo movilizaron a los árabes y les proporcionaron conciencia de sus posibilidades; también crearon entre ellos una sensación de que se les traicionaba y una indignación que dieron una nueva dirección y una nueva acerbidad a su nacionalismo. Durante las negociaciones por medio de las cuales los británicos alentaron el levantamiento de los árabes, los dirigentes árabes entendieron que se les estaba prometiendo apoyo para su independencia. Cuando se unieron a la causa de los aliados, juzgaron que eran sus propias batallas más que las de los aliados las que estaban librando. Pero en los arreglos de paz, que dividieron las tierras árabes del Fértil Creciente entre Gran Bretaña y Francia como potencias mandatarias bajo la Sociedad de Naciones, se vieron convertidos en meros peones del juego de la política europea de poder.

Desde ese tiempo el fervor emocional del nacionalismo árabe, que hasta entonces había sido vago, antiturco o compuesto por ambiciones dinásticas, se hizo apasionadamente antioccidental. La impresión de traición se acentuó y el sentir antioccidental se exacerbó con la Declaración Balfour de 1917, que manifestó que Gran Bretaña vería con buenos ojos el establecimiento de un hogar nacional judío en Palestina. Una patria judía pareció a los árabes una intrusión en lo que consideraban su tierra y, en el contexto del gobierno extranjero impuesto por el sistema del mandato, adoptó el carácter de una cabeza de playa para un Occidente de mentalidad colonial.

El descubrimiento de petróleo introdujo un nuevo factor que afectaba las aspiraciones de los árabes. Desde que comenzó la explotación de los inmensos yacimientos petrolíferos de Iraq, en la década de 1920, y de la península arábiga, en la de 1930, la política de las potencias occidentales en el Oriente Medio se convirtió en la política del petróleo. Los árabes quedaron sometidos a los efectos de los acuerdos entre las potencias y entre las potencias y Turquía, que dispusieron de territorios y distribuyeron intereses petrolíferos. Pero como dueños de la tierra de donde el petróleo era extraído y a través de la cual era conducido por grandes oleoductos, podían a su vez ejercer presión sobre las potencias. Especialmente después de la nacionalización por parte de Irán del petróleo angloirani en 1951, que elevó de un modo general la participación en los beneficios del petróleo de los estados locales en todo el Oriente Medio, de alrededor del 10-15 por ciento a aproximadamente un 50 por ciento, las no soñadas riquezas que los ingresos petrolíferos proporcionaron a las tesorerías de Iraq, Arabia Saudí y los territorios de Kuwait y Bahrein otorgaron a estos gobiernos los medios financieros para realizar sus ambiciones, fueran para sí mismos o para la causa

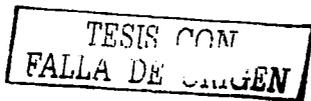


árabe. En los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, su dominio sobre estos codiciados recursos petrolíferos les permitió el juego de enfrentar entre sí a bloques de potencias rivales.

En los años entre las dos guerras, el ejercicio de la autoridad europea en los países árabes fue vigorosa y repetidamente resistido en toda la región. Hubo revueltas armadas a comienzos de la década de 1920 contra el establecimiento de la autoridad británica en Iraq y una resistencia todavía más violenta contra el dominio francés en Siria. En Palestina, la violencia fue casi continua. La extensión del dominio europeo en África del norte había sido resistida por jefes de tribus y sectas religiosas durante el siglo XIX y comienzos del XX, y esta resistencia continuó manifestándose, como cuando el Riff, en Marruecos, libró una campaña de cinco años, de 1921 a 1926. Parte de la resistencia tuvo una orientación árabe, otra parte expresó ambiciones tribales o dinásticas y una parte más se centró en la religión. Especialmente en el norte de África, el nacionalismo durante estos años fue intensamente religioso: el fuerte movimiento renacentista a favor de una rigurosa adhesión a un Islam ortodoxo fue con frecuencia difícil de distinguir del movimiento nacionalista contra la dominación europea. En una u otra forma, los movimientos nacionalistas se convirtieron en una fuerza impulsora de los países árabes.

A medida que estos movimientos se hacían más intensos, el adversario común —las potencias colonialistas occidentales— se hacía más manifiesto que el lazo común de unión. Fueron muchos los factores que tendieron a dividir a los pueblos árabes y a estorbar la concreción del sentido de identidad común con otros que se llamaban a sí mismos árabes.

El nivel del desarrollo social y económico variaba mucho, desde Egipto y Líbano, que contaban con promedios relativamente altos de educación y una importante clase media, hasta la península arábiga, donde, fuera de las instalaciones petrolíferas extranjeras, faltaban virtualmente todas las comodidades modernas para la población. La estructura tribal y el nomadismo estaban muy extendidos: de hecho, la más fuerte tradición árabe era la del nómada. Más de la mitad de la población de la península arábiga y del Fértil Creciente y buena parte de la del norte de África árabe estaban compuestas por beduinos u otros pueblos nómadas. Con el desarrollo del transporte y del armamento modernos, muchos de los nómadas perdieron sus medios de vida como conductores de caravanas o guerreros. Pero aunque su función económica y militar declinó, siguieron orientados hacia su tradicional modo de vida: continuaban siendo,



por lo menos psicológicamente, jinetes y camelleros, hombres de tienda, no de aldea o ciudad. Su independencia y sus pautas de fidelidad personal tendían a ser un obstáculo para la integración nacional, aunque las tendencias de los tiempos los empujaban hacia un sistema de vida sedentario.

Las aldeas de campesinos, por su lado, formaban casi universalmente parte de un sistema feudal dominado por grandes terratenientes que rara vez sentían algo más que un remoto y limitado interés por el bienestar de "sus" campesinos o los alentaban a esperar o buscar un cambio en la sociedad. El nacionalismo árabe, en contraste con el movimiento nacionalista de India, no fue fundamentalmente un movimiento a favor de la reforma social.

Las rivalidades dinásticas continuaron siendo un factor decisivo en la Península Arábiga. Las constantes luchas armadas locales entre jeques vecinos fueron norma en la península arábiga durante el primer cuarto de siglo, hasta que Ibn Saud, jefe de la secta wāhhābi, venció uno tras otro a sus rivales y extendió su autoridad sobre la mayor parte de la península. En el proceso de establecer su dominio, Ibn Saud desplazó al jerife hachemita de La Meca, Husayn, el mismo que había encabezado la "Gran Rebelión Árabe". Cuando Gran Bretaña colocó a dos hijos de Husayn en los tronos de Iraq y Jordania, la rivalidad entre las dos dinastías dejó de girar alrededor del dominio de la Ciudad Santa para hacerlo en torno de la jefatura de la causa árabe.

A partir de la persistencia de las rivalidades dinásticas, los pueblos árabes estaban divididos en estados nacionales separados, más o menos arbitrariamente definidos por potencias extranjeras. Iraq fue establecido bajo tutela británica en una región que contenía tribus nómadas y centros urbanos, mahometanos sunitas y chiítas, una mayoría de árabes y una gran minoría de kurdos. Francia dividió su mandato entre el semicristiano Líbano, donde la influencia francesa había sido grande desde hacía tiempo, y Siria, donde la intensa devoción por el Islam llegó a estar asociada con la resistencia nacional. Gran Bretaña, atrapada en Palestina por el dilema que se había creado al declarar su apoyo tanto a la causa de los árabes como a la de los israelíes, organizó el reino del desierto de Transjordania como un Estado árabe.

En cada uno de los territorios de mandato, del mismo modo que en Egipto, que había estado bajo la tutela británica desde 1882 y se convirtió en un protectorado en 1914, y en el norte de África, la lucha nacionalista fue librada por unidades políticas separadas que buscaron y obtuvieron sucesivas medidas de autonomía, derechos constitucionales y, finalmente, independencia. Cuando, durante la Segunda Guerra

Mundial y su posguerra, adquirió nuevo vigor un vasto movimiento nacionalista árabe, se vio ante intereses creados que se identificaron con los estados que se habían formado.

Se vio también ante aspiraciones a la jefatura árabe que rivalizaban entre sí. La ubicación de Siria hacía de ella la piedra angular del arco árabe y algunos de sus dirigentes alimentaban la idea de una "Gran Siria" que se extendiera por el sudeste y el sudoeste desde Damasco. Iraq tenía la ventaja de su mayor libertad durante el período entre las dos guerras y la riqueza que suponía el petróleo. Egipto contaba con la población más numerosa, publicaba diarios que eran leídos en toda la región y proporcionaba maestros y técnicos a otros países árabes.

La primera iniciativa concreta hacia alguna forma de unión política se produjo por estímulo de los británicos en los primeros tiempos de la Segunda Guerra Mundial, cuando se hizo manifiesto que los aliados no podrían contar con el apoyo árabe que había recibido en la primera y que, de hecho, cabía que los árabes se alinearan entre los partidarios del Eje, como un fracasado estallido antibritánico en Iraq. En mayo de 1941, el canciller británico, Anthony Eden, declaró que el gobierno británico prestaría todo su apoyo a cualquier plan de unión árabe que pudiera contar con el consenso general de los árabes, pues parecía "natural y justo que se fortalecieran los lazos culturales y económicos entre los países árabes, y también los políticos" (*The Times*, 30 de mayo de 1941).

Por iniciativa de Egipto se creó en 1944 la Liga de Estados Árabes. Pero los nacionalismos separados, las rivalidades por la jefatura, las disparidades culturales y otros factores de división hicieron que la Liga fuera únicamente una organización muy suelta de estados soberanos. En los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, los estados individuales del oeste de África fueron los beneficiarios de la marea de nacionalismo que se extendió por el mundo. En 1957 eran diez los estados árabes separados que figuraban como miembros de las Naciones Unidas; Sudán, con un pie en el mundo árabe y otro en el África tropical, podía ser contado como el undécimo.

Pero el nacionalismo árabe no fue sumergido por los nacionalismos separados de los estados árabes y pronto adquirió nuevo vigor a causa de la continua intervención de las potencias europeas, en una u otra forma, en el Oriente Medio. Al llegar el colonialismo a una terminación virtual en Asia, sus restos en las tierras árabes parecieron todavía más intolerables que cuando los árabes habían compartido con buena parte del resto del mundo su subordinación al dominio europeo. Gran Bretaña

retenía ciertos derechos especiales en Iraq, así como un protectorado sobre Adén y algunos emiratos de la península arábiga; el canal de Suez estaba bajo administración extranjera; Argelia estaba administrada como una parte de la Francia metropolitana. Sobre todo, Israel parecía una punta de lanza clavada por Occidente en el costado del cuerpo árabe.

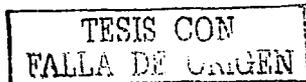
La humillación de la derrota a manos de Israel en la guerra de Palestina de 1948 estimuló el sentido de la unión árabe y mostró la necesidad de mantenerse juntos contra una amenaza común. Pero sólo cuando surgió un jefe que pudo concentrar a su alrededor el sentir árabe y utilizarlo para su propia ambición el nacionalismo árabe se convirtió en algo más que un descontento, en una actitud de unión entre los estados árabes dentro de las Naciones Unidas y en una constante amenaza para la futura existencia de Israel.

Inicialmente, Gamal Abdul Nasser fue el jefe de un movimiento revolucionario egipcio que derrocó al rey Faruk en 1952 y emprendió un programa de reforma económica y social. En poco tiempo se convirtió en la figura más destacada del mundo árabe, manifestando del modo más intransigente y persistente el odio árabe contra Israel. Cuando Gran Bretaña y Francia intervinieron con la fuerza en Suez en 1956, Nasser se convirtió en el blanco de la diplomacia de las cañoneras que había sido la marca de las tácticas coloniales en el pasado. Desde entonces, fue el símbolo de la resistencia árabe contra el colonialismo de Occidente.

La Constitución que Nasser promulgó para Egipto a comienzos de 1956 proclamó que Egipto era un Estado árabe y un Estado islámico.

Como un Estado árabe, Nasser veía en Egipto el centro de una unión o federación árabe: el primer paso fue intentar una unión de Siria y Egipto. Fue una clara indicación del triunfo del nacionalismo árabe sobre el nacionalismo de los estados separados el hecho de que el nombre de "Egipto", con su larga historia y muchas asociaciones, fuera descartado a favor de la "República Árabe Unida". Como adalid de los árabes todavía sometidos a las potencias occidentales, Nasser ofreció apoyo a los rebeldes de Argelia y una sede al gobierno nacionalista argelino creado en el exilio. En su lucha por la jefatura árabe, Egipto, sin embargo, afrontó la rivalidad de Iraq y no resultó inmediatamente claro si el espíritu del nacionalismo árabe sería capaz de unir las diversas partes del mundo árabe sobre una base política.

Al proclamar que Egipto era un Estado islámico Nasser trató de mantener el centro del Islam entre los árabes como siempre había ocurrido, a pesar de la aparición de Pakistán



como un Estado islámico y de la preponderancia numérica de los no árabes en la población mahometana total del mundo. Sin embargo, este interés era secundario en relación con la concentración en el arabismo, pues la Constitución provisional de la República Árabe Unida (1958) proclamó únicamente que "el Estado Árabe Unido es una república democrática, independiente y soberana y su pueblo forma parte de la nación árabe". No hizo mención del Islam.

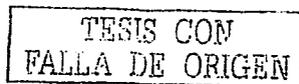
Nasser también declaró que Egipto era un Estado africano y trató de asumir en nombre de los árabes un papel rector en el África negra, al ir saliendo ésta del colonialismo y el tribalismo. El Islam tenía fuerza en partes del continente africano y se estaba extendiendo; Sudán, aunque rechazó la unión con Egipto a favor de la independencia, se anunció como uno de los estados árabes; la radio de El Cairo difundía constantemente programas especiales hacia el sur y el sudoeste; había siempre disponibles representantes de la República Árabe Unida para participar en toda la medida de lo posible en cualquier reunión de estados o grupos africanos.

Estas iniciativas formaban parte de la política de fuerza a mediados del siglo XX, cuando los políticos hablaban de un "vacío de poder" en el Oriente Medio, el petróleo era vital, los mundos comunista y no comunista andaban de la greña y quienes logaran organizar y modernizar a la región árabe podrían representar un papel estratégico. Pero bajo estas duras realidades políticas se hallaban el vago sueño de una "patria" árabe que se extendiera del golfo Pérsico al Atlántico y una fuerte conciencia emocional de identidad árabe. A pesar del atraso económico, de la mucha pobreza y la mucha ignorancia y de todos los problemas que agobiaban a los países rezagados en el mundo moderno, el pueblo árabe tenía la impresión de que estaba experimentando un renacimiento espiritual y de que se hallaba en el umbral de una nueva era de grandeza árabe.

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

3. - El conflicto ante la nueva composición de fuerzas en la política mundial contemporánea

Es un hecho por demás conocido la situación de que el conflicto palestino-israelí se inscribe dentro del contexto de la Guerra Fría y se ha movido, por lo que a injerencias extranjeras se refiere, a voluntad de la composición de fuerzas en la política mundial contemporánea. De 1948 a 1989, ante la caída del muro de Berlín, el conflicto se desarrolla y evoluciona de acuerdo con los actores políticos que se van sucediendo en el poder en el Estado de Israel y a las influencias que se dan desde el exterior. Aquí se destaca el papel que juega el petróleo en la guerra del Yom Kippur, cómo se da la nueva composición de fuerzas y cómo influyen éstas en los subsecuentes intentos de paz. Se analiza cómo las naciones árabes pierden peso y cohesión al desaparecer el liderazgo egipcio y, como es de esperarse, al dejar la Unión Soviética de ser un factor de equilibrio en la composición de fuerzas en el Oriente Medio, concretamente en el mundo árabe. Se hace un somero repaso de los distintos procesos de paz y del estallido de la Segunda Intifada, que se ha prolongado desde septiembre de 2000, para llegar a una serie de interrogantes agrupadas bajo el inciso de "¿Un conflicto sin solución?", donde se sugiere que tanto los teólogos y clérigos judíos como los islámicos se aboquen a cooperar para crear un clima de armonía y distensión desde los cimientos mismos de las familias palestinas e israelitas.



Curiosamente, en el conflicto — asumido por dos Estados laicos — las religiones, que entre bambalinas avalan ideológicamente sus respectivas posiciones, son las que deben desactivar el pivote del enfrentamiento constante y sensibilizar a la opinión mundial, pues aparte de restituir el despojo de que ha sido víctima el pueblo palestino, es urgente nivelar la crítica situación socioeconómica que viven los palestinos.

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

3.1.- Nacimiento del conflicto como parte de la Guerra Fría

Al término de la Segunda Guerra Mundial y después del estallido de las bombas atómicas en Hiroshima y Nagasaki quedó muy claro para todos los países del mundo, y en especial para los considerados como potencias mundiales, que una nueva conflagración mundial era casi imposible tomando en cuenta el tipo de armamento nuclear de destrucción masiva y que llevar a todos los países del mundo a una guerra de carácter mundial no era solamente desequilibrar la economía, sino acarrear la destrucción de la civilización, y en aras de esta verdad innegable, la diplomacia internacional se tomó más compleja e hizo su aparición el fenómeno de la Guerra Fría, que en los salones de las cancillerías o en las escaramuzas de pequeñas guerras regionales, ya civiles o de liberación nacional, como las que se libraban en contra de los últimos reductos del colonialismo, daban la oportunidad a los dos grandes bloques, el encabezado por Estados Unidos y el que presidía la Unión Soviética, de medir sus fuerzas y políticas de penetración y zonas de influencia a través de terceros. Pero esto, si bien es cierto que evitaba o disfracaba la posibilidad de una conflagración a escala mundial, no disminuía las tensiones y en muchas ocasiones se estuvo al borde de llegar a un estallido ante la dificultad de algunos asuntos que se tornaban difíciles, como lo fue la famosa crisis de los misiles en Cuba en el año de 1962, las complicaciones que se sucedieron en el sudeste asiático en Vietnam y Camboya, donde además de competir los dos grandes bloques por sus zonas de influencia se sumó China, que reputaba como un bloque independiente, también cobijando y buscando su zona de interés bajo la doctrina maoísta y, obviamente, el conocido conflicto de Oriente Medio, donde la pugna Israel-Palestina se prestaba estratégicamente para que los dos grupos midieran sus fuerzas y experimentaran hasta dónde podían llegar; en el caso de la Unión Soviética, en la exportación de las ideas revolucionarias comunistas, que ya habían sembrado su bastión precisamente frente a las costas mismas de Estados Unidos de Norteamérica.

En ese momento histórico y coyuntural, el Oriente Medio, con el despertar de los llamados nacionalismos árabes y las doctrinas panarabistas que pretendían unificar desde Marruecos hasta Indonesia, pasando por Pakistán e influyendo, con la ayuda de la URSS, en gran parte de los países africanos recién independizados o en vías de, en que bajo el liderazgo de la República Árabe Unida (Egipto y Siria), pero básicamente bajo el liderazgo mesiánico de Nasser se pretendía restaurar la grandeza de los grandes

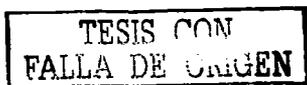
califatos del siglo VII, se convirtió en la mesa de ajedrez favorita de la Guerra Fría, porque a lo controvertido de su situación en sí se añadió otro elemento que hasta entonces no había aparecido: la importancia del petróleo como arma estratégica de presión.

Ya se ha demostrado con abundancia que en el conflicto entre israelíes y palestinos el factor religioso ha jugado un papel determinante, sobre todo por lo que a los israelíes se refiere y a la actitud de algunos grupos de palestinos, y entre 1948, que se fundó el Estado de Israel, y septiembre de 2000, cuando estalló la Segunda Intifada, se han añadido elementos que hacen más complejo el problema, por acontecimientos que alteraron de una u otro forma la relación de las fuerzas en la convivencia de los países, principalmente por la desaparición de la era bipolar, el desmoronamiento de la Unión Soviética y el surgimiento de nuevas fuentes de equilibrio a partir del agrupamiento de países con fines de alianzas económicas y uniones de estrategias geopolíticas.

No hay que perder de vista que el Estado de Israel se fundó recién terminada la Segunda Guerra Mundial y en el marco de un proceso de descolonización en Asia y en África como parte del gran reajuste que dio lugar a la llamada Guerra Fría, y Gran Bretaña, como administradora de la región palestina, respaldó la constitución de lo que los sionistas denominaron como el hogar nacional para los judíos. Momento también en que los árabes comenzaban a unificarse como grupo de naciones con propósitos comunes.

La repartición del mundo que se hicieron por un lado la Unión Soviética, con su cauda de influencia sobre las naciones europeas del Este, algunas asiáticas y árabes, y por otro lado Estados Unidos, que consolidaba su liderazgo sobre Europa occidental, gran parte de América Latina y una porción de Asia, propició la agudización de los conflictos regionales, especialmente en las zonas disputadas por las dos grandes potencias, como ocurrió precisamente en Israel o Palestina.

Aunque la Unión Soviética emitió un voto aprobatorio en la Asamblea General de la Organización de las Naciones Unidas para la fundación de Israel, pronto encontró razones para orientar su apoyo a la causa árabe, sobre todo después de que el rey Faruk I fue derrocado por el general Alí Muhammad Nagib el 23 de julio de 1952, quien, a su vez, fue depuesto por Gamal Abdel Nasser, fundador de la República Árabe Unida y promotor del panarabismo, afín a la corriente socializadora e impulsor de los países pobres. Nasser tomó el poder en 1954, el mismo año en que los gobiernos de Moscú y



Washington endurecieron sus posiciones y expresaron sus desconfianzas mutuas, sobre todo en materia nuclear, pues crecía el temor de ambos ante un posible ataque con bombas atómicas.

Ya el 12 de enero de ese año, el secretario de Estado John Foster Dulles había hecho pública la estrategia de "respuesta masiva" sobre una base nuclear. Por otro lado, Estados Unidos apoyaba incondicionalmente al gobierno de Israel por encima de las comunidades árabes, porque los judíos representaban a los aliados naturales en la región. Pero las potencias debieron replantear sus posturas a partir de dos acontecimientos que alteraron la visión del mundo sobre el conflicto. Se trata de la guerra del Yom Kippur en 1973 y el embargo petrolero que puso de rodillas a los países de Europa occidental. Ambos hechos coincidieron con la retirada con sentido de derrota de tropas de Estados Unidos de Vietnam, en un hecho que fue también parteaguas de la política exterior de la Casa Blanca.

Los países árabes utilizaron el precio del petróleo como arma de guerra. El embargo petrolífero y la subida de los impuestos sobre el crudo sorprendieron a Occidente. Los países árabes productores tomaron la posición de sus socios comerciales en la guerra entre Israel, Egipto y Siria como criterio para decidir si les suministraban petróleo o no. Estados Unidos, que proporcionaba armas a Israel, y los Países Bajos no recibieron ni un barril de petróleo árabe; no así Francia y Gran Bretaña, que habían pedido la retirada de Israel de los territorios árabes ocupados y reconocido el derecho del pueblo palestino a un Estado propio. El resto de los países europeos se mantuvo en una posición neutral y como sanción recibió menos petróleo del que necesitaba⁴⁹.

Son consecuencias del mismo conflicto árabe-israelí, con las mismas raíces religiosas, porque en 1973, el sagrado mes de octubre fue elegido por los países árabes para atacar a Israel con un objetivo: obligar al gobierno judío a desalojar los territorios ocupados durante la Guerra de los Seis Días. Sí, octubre sagrado, justo el día 6. Día de la Expiación, considerada la fecha más sagrada en el calendario judío, fue cuando Egipto y Siria lanzaron un sorpresivo ataque coordinado contra Israel. El ejército egipcio cruzó el Canal de Suez y penetró en Sinaí y las tropas sirias invadieron las Alturas del Golán⁵⁰.

Para 1973 hacía ya tres años de la muerte de Nasser, considerado el constructor de la unidad y el socialismo árabes, y desde entonces el poder estaba en manos de

⁴⁹ Crónica del Siglo XX Barcelona. Plaza & Janés, 1999. Pág. 459

⁵⁰ Hirsch, Ellen, Hechos de Israel. Jerusalén, Centro de Información de Israel, 1995, Pág. 42.

Anwar el Sadat, quien trataba de dar un nuevo impulso al panarabismo para enfrentar a Israel como el enemigo común.

Pero esa fecha no sólo era sagrada para los judíos, también para los árabes tenía un gran significado: era el ayuno del Ramadán, que de acuerdo con el calendario musulmán es el día en el que el profeta Mahoma inició los preparativos de la batalla de Badr, la lucha que abrió la puerta para la conquista de La Meca y para la difusión del Islam; por ello Egipto y Siria denominaron el plan de ataque como Operación Badr, en la que también, con muchas limitaciones, participó Jordania, cuyo gobierno se había distanciado de la Organización para la Liberación de Palestina.

La alianza bélica árabe consideraba que Israel jamás sospecharía de un ataque sorpresa en días de rezo y ayuno judío y musulmán. Además, Egipto desplegó maniobra todos los otoños posteriores a 1967 como prácticas de rutina, de tal modo que el despliegue de tropas no pareciera más que un ejercicio. Pero en realidad todo un cuerpo de guerra, listo para atacar, se había desplegado a lo largo de todo el Canal de Suez, apuntando hacia el Sinaí.

Esos hechos habían de modificar las posiciones de las dos superpotencias que pasaron del apoyo bélico abierto al desarrollo de la lucha diplomática supuestamente orientada hacia una solución pacífica que conviniera a todos: potencias, árabes, judíos y palestinos. Así se inició lo que se denomina el proceso de paz, que ha sido más bien la administración política de una guerra que, como se dijo al principio de este trabajo, parece no tener fin. Particularmente, fue entonces muy notorio el viraje de la política de Estados Unidos respecto a la región. Pasó de la promoción de la guerra a la búsqueda de la paz, al menos en el discurso y en las negociaciones diplomáticas.

Porque según Stephen Zunes, del Comité de Solidaridad con la Causa Árabe, el abasto de armas de Estados Unidos a Israel no ha cesado y afirma que en cada guerra o crisis aumenta el número de artefactos bélicos estadounidenses en el ejército israelí. Así, Zunes asegura que después de la Guerra de los Seis Días la Casa Blanca aumentó en 450 por ciento el envío de armas. Y así sucesivamente, la ayuda militar ha aumentado: en 1970 y 1971, durante la guerra civil en Jordania; en 1973, con la guerra del Yom Kippur; en 1979, a la caída del Sha de Irán; en la crisis libanesa de los años 80 y, más recientemente, durante la llamada Guerra del Golfo.

El cambio en la diplomacia bipolar fue transformado también por la guerra del Yom Kippur, porque Estados Unidos y la Unión Soviética casi coincidieron en ese conflicto. Hay evidencias de que los rusos conocían de antemano el ataque en el Yom

Kippur. El puntual desalojo de los expertos rusos y el lanzamiento efectuado el 6 de octubre de un satélite Cosmos de reconocimiento permiten llegar a esa conclusión. Dos días después de iniciado el conflicto, el secretario general del Partido Comunista soviético, Leónidas Breznev, urgía a otros estados árabes, como Iraq y Argelia, a que participaran en la lucha. A partir de ese día, los suministros rusos aumentaron. En sólo seis días se registraron 70 vuelos de naves soviéticas entre Damasco y El Cairo.

3.2.- El petróleo como factor de coerción

En ese contexto se produjo el cambio de la política exterior del gobierno estadounidense presidido por Richard M. Nixon, cuyo secretario de Estado, Henry Kissinger, ponía en marcha un doble lenguaje para reducir la amenaza de un embargo petrolero.

Así, en 1973, una de las primeras decisiones de Kissinger fue la de retrasar la atención a una solicitud desesperada de municiones por parte de Israel con el deseo de propiciar la sensación de un leve triunfo árabe, sin permitir que los soviéticos trataran de aprovechar el hecho para avanzar en la zona.

Fue en realidad el inicio del llamado proceso de paz, complejo nudo de intereses geopolíticos, económicos, nacionales, y desde luego, religiosos. Kissinger sentaba las bases para montar una mesa de negociaciones en la que árabes y judíos pudieran buscar soluciones adecuadas para ambos y para las superpotencias. Necesitaba que nadie se sintiera derrotado, pero tampoco victorioso. El secretario de Estado promovía un alto el fuego con los egipcios en plena posesión de la ribera oriental del Canal de Suez. Sin embargo, el presidente Anwar el Sadat rechazó la propuesta. El único alto el fuego que él aceptaría tenía que ir ligado a una solución de largo plazo: total evacuación de los territorios ocupados por Israel en 1967 y reconocimiento de los derechos del pueblo palestino.

Cabe destacar que de la tensión bipolar extrema durante la guerra del Yom Kippur se pasó a una etapa gradual de distensión, pues los soviéticos, de manera velada, apoyaron la iniciativa de Kissinger y presionaron a Sadat con el argumento de que al menos la oferta tenía un sentido político.

Cuando la iniciativa fracasó, Estados Unidos decidió hacer un envío masivo de suministros a Israel por aire. El abasto aéreo se enfrentó entonces con una dificultad de carácter logístico. Al tercer día de la guerra, el Consejo de Ministros de Kuwait anunció una reunión de productores árabes de petróleo para discutir el papel que desempeñaban los crudos en el conflicto. Al día siguiente, los expertos de Egipto y Arabia Saudita discutían la manera de cómo habría de usarse el arma del petróleo. Europa recibía más de 70 por ciento de su petróleo de los yacimiento árabes, por lo que la mayoría de los países europeos se negaron sistemáticamente a prestar bases a los estadounidenses para sus suministros aéreos, pues de otro modo ponían en peligro su abasto de crudo.

Finalmente, Estados Unidos canalizó los envíos de material bélico a través de una base alquilada a Portugal, en la isla Azores.

La Unión Soviética se había convencido de la necesidad de un alto el fuego y sus expertos se mostraban pesimistas sobre la habilidad de los egipcios para enfrentarse a un poderoso contraataque israelí que necesitaría de una rápida improvisación en lugar de una planificación bien hecha. El presidente del Consejo de Ministros de la Unión Soviética, Alexéi N. Kosíguin⁵¹, decidió observar personalmente el desarrollo de la guerra. Voló hasta El Cairo y llegó poco después de que la primera ministra israelí, Golda Meir, anunciara el establecimiento de una base militar en el Canal de Suez. Quedó claro para los soviéticos la magnitud del avance israelí y Breznev envió una urgente solicitud al presidente Nixon para que él, a su vez, enviara a Kissinger a Moscú con el propósito de entablar negociaciones para poner fin rápidamente a las hostilidades, pues si continuaban serían muy difíciles de detener.

Los soviéticos hicieron hincapié en que no podían permitir una derrota egipcia y en que estaban dispuestos a adoptar medidas para que ello no sucediera. En consecuencia, Kissinger asistió a las negociaciones en Moscú.

Cuando Israel y Egipto proclamaban cada uno para sí la victoria, las autoridades de Washington y de Moscú pronto se pusieron de acuerdo para un alto el fuego y promovieron una reunión del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, que sesionó unas horas después de que las acciones bélicas habían terminado.

La guerra del Yom Kippur es, sin duda, uno de los acontecimientos significativos en la inserción del conflicto entre judíos y palestinos dentro de la sociedad internacional, pues modificó la posición de las grandes potencias respecto al problema. Han pasado ya tres décadas de esa guerra y los efectos diplomáticos aún impactan el curso del problema.

Ya desapareció la Unión Soviética y aunque parece que el mundo cayó, al final del siglo XX y el principio del siglo XXI, en un régimen unipolar, la reagrupación de estados por regiones e intereses económicos apunta hacia una nueva etapa de contrapesos.

⁵¹ Durante la breve Guerra de los Seis Días entre árabes e israelíes, en junio de 1967, el presidente de Estados Unidos, Lyndon B. Johnson, realizó la primera prueba del teléfono rojo entre Moscú y Washington. Acordó con el presidente del Consejo de Ministros soviético, Alexéi N. Kosíguin, no intervenir en el conflicto.



Desde la última parte de la administración de Lyndon B. Johnson (fines de la década de los 60), la diplomacia estadounidense se ha basado en un reconocimiento del derecho de Israel a existir dentro de fronteras seguras y reconocidas que habrán de conseguirse por medio de negociaciones directas con sus vecinos árabes⁵², lo que según el gobierno israelí supondría la oposición al establecimiento de un Estado palestino, así como al apoyo de que Jerusalén debe continuar como una ciudad unida.

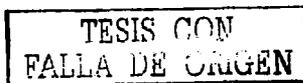
Sin embargo, los intereses de Estados Unidos lo han obligado a matizar y ha tenido que apoyar la creación de un Estado palestino y, al mismo tiempo, apoyar la seguridad del Estado de Israel.

Los gobiernos que sucedieron al de Nixon han continuado con una política más o menos igual respecto al conflicto. El presidente Gerald Ford (1973-1977) mantuvo el estilo de Kissinger de mantenerse de una forma que no estuvieran tan lejos, pero tampoco tan cerca de las partes en lucha. Luego James Carter (1977-1981), con su discurso de la defensa de los derechos humanos, encabezó quizá el mayor esfuerzo por acercar a las partes y logró, con la interlocución de Egipto, presidido por Anwar el Sadat, el más importante acercamiento entre judíos y palestinos. Se firmó entonces el acuerdo de Campo David entre el líder de la Organización para la Liberación de Palestina, Yasser Arafat, y el primer ministro de Israel, Menachem Beguin.

También Ronald Reagan (1981-1989) prosiguió con los esfuerzos diplomáticos por atenuar la tensión en Oriente Medio, con el propósito de evitar que la polarización condujera a un embargo petrolero y a la pérdida del control de la zona en momentos en que el riesgo de una confrontación nuclear con la Unión Soviética llegaba a su más alto nivel en la Guerra Fría. Reagan incluso desplegó lo que llamó el proyecto de la guerra de las galaxias, que era una especie de militarización del espacio para crear un "techo" de radares para interceptar una posible agresión atómica. Sin embargo, durante la gestión de Reagan se produjeron hechos que agravaron el problema: respaldó la invasión de Israel en Líbano para perseguir a palestinos, durante la que murieron más de mil personas en Sabra y Chatila, la mayoría mujeres y niños, y consolidó la alianza de Egipto en la búsqueda de una solución pacífica.

Como producto del cambio de la posición del gobierno de Egipto, el presidente Anwar el Sadat fue asesinado en 1981 por un grupo de fundamentalistas islámicos que consideraron las gestiones de Sadat como una traición a la causa de los musulmanes.

⁵² Hirsch, Ellen. *Op. cit.* Pág. 268.



Luego tomó el poder George Bush padre (1989-1993), un conservador con arraigados intereses petroleros. Su posición respecto no sólo a los palestinos sino a todos los árabes se radicalizó y enfrentó el desafío del presidente iraquí, Saddam Hussein, quien invadió Kuwait con la intención de reanexarse ese territorio rico en petróleo y mutilado por los británicos un siglo antes. La respuesta de Estados Unidos fue un ataque directo que se produjo justo cuando la Unión Soviética se desmoronaba y no podía responder como fuerza de equilibrio en la zona. La llamada Guerra del Golfo terminó con el repliegue iraquí, que dejó incendiados los pozos kuwaitíes. La Guerra del Golfo desencadenó que se encendiera nuevamente la pasión islámica y el gobierno de la Casa Blanca perdió el control de mercenarios, viejos aliados musulmanes en la disputa de Afganistán contra la Unión Soviética, entre ellos el líder fundamentalista islámico Osama Bin Laden, jefe del grupo terrorista religioso Al Qaeda, promotor de la Jihad, interpretada por él como guerra santa.



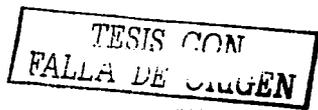
3. 3. - La Segunda Intifada y un proceso de paz sin fin

Al trasfondo religioso del conflicto, originado por el despojo de que han sido víctimas los palestinos, se han ido añadiendo factores que complican el escenario. En más de medio siglo, de 1948 a 2000, se han ido sumando factores que hacen cada vez más difícil la pacificación de la zona: la injerencia de las superpotencias, la integración y desintegración de los países árabes, el desarrollo del terrorismo y de los fundamentalismos y un enemigo adicional de la paz que ha crecido silenciosamente: la desigualdad social. Se trata de un nuevo detonador de la violencia que se confunde con todos los factores que hoy impiden una paz duradera y que desde que se inició el despojo de los palestinos por parte de los judíos, que desde fines del siglo XIX comenzaron a comprar tierras, dificultan la posibilidad de que ambas partes colmen sus aspiraciones como pueblos: de manera especial los palestinos, que aparte de vivir diariamente en un clima de zozobra y violencia, se han quedado sin nada..

El 29 de septiembre de 2000 se produjo un alzamiento popular en los campamentos palestinos. Un alzamiento singular, porque es una lucha con piedras que lanzan jóvenes, adultos y niños contra tanques y posiciones israelíes. A esa lucha se le conoce como la Intifada, la "revolución de las piedras", y es la expresión de la desesperación extrema que los coloca en un punto peor que al principio del conflicto. Para el gobierno y el pueblo de Israel la ruptura también significa un retroceso, pues se han recrudecido los ataques suicidas de fanáticos religiosos que hacen estallar artefactos en lugares públicos y matan a decenas de inocentes.

La chispa que inauguró esta nueva etapa de violencia tiene una connotación estrictamente religiosa: ese 29 de septiembre, víspera de Rosh Hashanah (el año nuevo judío), el entonces líder de la oposición israelí, Ariel Sharon, visitó lo que los judíos denominan el Monte del Templo, el sitio más sagrado para ellos, donde se encuentran las últimas reliquias del templo de Salomón y que los musulmanes llaman la Explanada de las Mezquitas, lugar de donde, según el Corán, Mahoma emprendió el viaje al cielo para reunirse con Alá.

Los palestinos musulmanes, al igual que como sucedió en 1929 en la llamada "rebelión de Al buraq", consideraron que se trataba de una provocación y lanzaron violentos



ataques; se desató una revuelta contra soldados y civiles dentro y alrededor de los asentamientos israelíes, colocando a niños y jóvenes al frente de sus filas, detrás de las cuales abrían fuego la policía palestina y las milicias armadas. La revuelta, al escribir este trabajo, cumple ya casi tres años y ha causado la muerte de más de 2 mil 500 personas, según la agencia de noticias France Press en despachos fechados en Jerusalén.

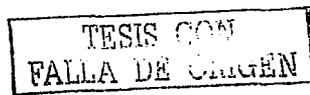
Es esta Intifada —lucha con piedras— la segunda en 17 años. La primera se produjo en 1987 y estalló a raíz del accidente de un automóvil militar israelí en el que cuatro palestinos murieron. Entre la población palestina el hecho se difundió como un atentado planificado por el servicio secreto israelí, lo que desencadenó marchas de protesta espontáneas que fueron reprimidas por soldados israelíes. Pronto los disturbios se extendieron por todos los territorios ocupados. Jóvenes palestinos levantaron barricadas e incitaron a la población árabe a una huelga general. Decenas de palestinos lanzaron bombas molotov en las calles y la violencia se prolongó durante semanas. La Organización para la Liberación de Palestina, que encabeza Yasser Arafat, convocó a sus partidarios a intensificar la resistencia y se desató una escalada de violencia, pues las tropas de Israel endurecieron la represión contra los manifestantes⁵³.

Este primer alzamiento dio un nuevo curso a las negociaciones de paz. No faltaron las explicaciones oficiales del porqué la población palestina se levantaba con tanta virulencia contra el ocupante, con piedras y palos:: mujeres, jóvenes y hasta adolescentes. Para el primer ministro israelí, Shamir, la causa era "la operación de un comando palestino en el norte de Israel". Rabin, ministro de Defensa, estaba convencido de que la Intifada tan sólo era cuestión de algunos días... Meses después, Rabin tenía que reconocer que la única solución sería la de llegar a un acuerdo político al problema planteado por los palestinos⁵⁴.

Era ya noviembre y corría 1988. La pasión religiosa se desbordó y en Argel, el día 15, el Congreso Nacional Palestino, "en el nombre de Dios clemente, el compasivo y el misterioso", proclamó la independencia de Palestina y el surgimiento del Estado palestino. El Congreso declaró que en este grandioso levantamiento se puso de manifiesto la firme unión nacional, cerrando filas alrededor de la OLP, único

⁵³ Crónica del Siglo XX Op. cit. Pág. 545.

⁵⁴ Ayape Amigot, Fernando Intifada Palestina. Buenos Aires. Editorial de Asuntos Árabes. 1988. Pág. 26.



representante legal de todo el pueblo en todos sus lugares de concentración, tanto dentro como fuera de la patria⁴⁵.

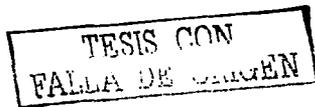
“Sobre la tierra de las tres religiones monoteístas de la humanidad, sobre la tierra de Palestina, nació el pueblo árabe palestino, creció y se desarrolló su presencia humana y patriótica a través de una relación orgánica ininterrumpida entre el pueblo, la tierra y su historia.”

El documento arengaba al patriotismo palestino apoyado por el resto de los países árabes y se refería a las piedras de la Intifada como algo sagrado para la reivindicación del pueblo que llamaba la Nación Árabe y arengaba a la defensa de los musulmanes radicados en Lfbano. Sí, era 1988, cuatro décadas después de la fundación del Estado de Israel, y el alzamiento daba un curso decisivo al conflicto.

La Intifada es la respuesta desesperada de un pueblo que clama justicia por la reivindicación de sus derechos como pueblo soberano e independiente a merced de los acontecimientos mundiales y de las altas y bajas en las negociaciones de paz, de una paz rota desde 1949 y que, salvo esporádicos espacios de tiempo, no ha sentado sus reales sobre la polémica y atribulada tierra de Palestina, que reclaman por igual pueblos que desde sus orígenes se la han disputado. El espíritu de esta segunda Intifada, más todavía que el de la primera, tiene una connotación eminentemente religiosa, no porque el Islam per se esté en contra del Estado de Israel y de lo que éste representa, sino porque se sienten agredidos en su fe, en sus creencias, además de que han sido desposeídos: tratan de llamar la atención de la opinión mundial y del conglomerado de países árabes para que se ejerza presión sobre el Estado de Israel y se logre la tan deseada autonomía. Ahora bien, no hay que dejar al margen el delicado aspecto de la notoria desigualdad económica existente entre cómo viven los palestinos y cómo viven los ciudadanos del Estado de Israel, porque esta lastimosa y obvia diferencia, marcada aún más por los estragos que causa esta guerra civil o confrontación entre estos dos pueblos, puede llegar a hacer crisis y a volver irresoluble la consecución de la paz.

Hace tiempo, y ya lo mencionamos aquí, Shimon Peres expresó lo siguiente al referirse a la falta de desarrollo económico o al desarrollo económico desigual en que viven sumidos la mayoría de los países árabes, en especial Egipto, como una de las causas, si no la principal, que instiga el constante espíritu bélico árabe: “Es posible que

⁴⁵ Idem. Pág. 75



sea una paradoja, pero como israelita deseo que Egipto se desarrolle lo máximo posible, porque con ese desarrollo vendrá un cambio de valores. Cuando Egipto tenga más riquezas y esperanzas es posible que no las quiera comprometer en una guerra. La vida humana tendrá tal importancia que no se la comprometerá fácilmente en cualquier proyecto militar. Hasta ahora, la falta de equilibrio entre el ejército, que domina al Estado, y la débil influencia de una educación racional hace que cualquier esfuerzo de los israelitas por convencer a sus vecinos de la necesidad de la paz, sea vano”⁵⁶.

Tal parece, y se deduce de la anterior afirmación, que además del problema real y patente de la desigualdad económica, por no decir de la miseria en que viven confinados gran parte de los habitantes de los países árabes, el Islam, no sólo como religión, sino como forma de vida y filosofía totalizadora, al ser una concepción unitaria y no distinguir entre credo y estado seglar y no aceptar que el Estado se rija por leyes y normas surgidas del derecho positivo y constitucional, sino únicamente por aquello que dicta el Corán, limita y determina cuál debe ser el comportamiento de los estados bajo su férula y, por ende, de los ciudadanos que, más que eso, podríamos considerar como fieles. Aquí, una vez más, está claro que el islamismo, si no es la causa principal que alienta la Jihad y predispone a los estados árabes a la confrontación constante, es la que tiene más peso y a la que la mayoría de los musulmanes atiende como fuente de su verdad.

¿Dónde quedan aquí los valores humanos y, por qué no decirlo, el valor divino de lo humano? Curiosamente, siendo el Islam una de las tres religiones monoteístas más importantes de la historia y debiendo tener, como todas ellas, una concepción muy clara y transparente del valor de la vida humana o de la importancia que para la divinidad tiene la vida humana, no sólo se pierde entre las suras del Corán, sino que parece ser que únicamente destaca los deberes del hombre para con Alá y todo lo que no esté de acuerdo con él, estará contra él; difícilmente se podrá llegar a un acuerdo con una concepción de esta naturaleza.

Ahora bien, una cosa es cierta, la Intifada está a la vista y la prensa mundial habla de ella todos los días desde septiembre de 2000 y nada se ha podido hacer; incluso ni la ONU ni los ya desunidos países árabes han conseguido que el mundo mire con misericordia el sufrimiento de los palestinos.

⁵⁶ Peres, Shimon. Op. cit. Págs. 149-150.

El estado de guerra y los enfrentamientos son diarios, las tácticas siguen siendo las mismas y los fanáticos, que lo mismo asesinan a su propio primer ministro que se inmolan en aras de la libertad de su pueblo, movidos por los grupos terroristas de acuñación religiosa, llevan en sí mismos el germen de la destrucción de un conflicto que parece haber surgido para dirimirse únicamente en el campo de batalla.

La posición más clara a este respecto parece seguir siendo la esgrimida por Shimon Peres desde 1967: "Cualquiera que mire el mapa de Israel se dará cuenta de que volver a las antiguas fronteras es amputar un cuerpo vivo, poniendo su existencia en peligro".

¿Es que los árabes no tienen suficientes tierras? ¿Les falta territorio para integrar a los refugiados que, por otra parte, ya lo están? ¿Las desean para mejorar la situación de los países árabes o las quieren para aniquilar, para poner en peligro a Israel y sus habitantes?

Para que haya mediación, es preciso que las dos partes concedan poderes al mediador. En este caso una de las dos partes no sólo no desea solucionar el problema, sino que procura complicarlo todavía más; no veo cómo podríamos mediar entre una cebra y un tigre, si el problema no es la caza, sino el carácter de ambos y las metas que se proponen⁵⁷.

3.4.- ¿Un conflicto sin solución?

Cualquier solución que se proponga, por intrincada o ingeniosa que parezca, si no está sustentada sobre bases sólidas y coherentes y, en especial, propuesta, elaborada, pensada y meditada por las partes en conflicto, salida de ahí de donde se ha derramado tanta sangre, será infructuosa y la paz durará lo que dura una tregua para dormir o recuperar las fuerzas. Debe quedar claro que la única religión que se esgrime en el origen del problema es la judía, en tanto que avaló en su momento las pretensiones sionistas sobre Palestina y sigue manteniendo, no obstante la secularidad del Estado israelita, una influencia decisiva. El Islam, en cuanto credo de la mayoría palestina, influye de acuerdo con su percepción de las cosas y cuando ve atacados sus principios y respeto, como es el caso de la violación que, según ellos, los judíos hacen del Muro de

⁵⁷ Peres, Shimon. Op cit. Págs. 156-157.

las Lamentaciones, sagrado para ambas creencias. Si bien es cierto que desde el origen del conflicto los dos credos adoptaron una posición, es más que obvio que el judaísmo retomó el fervor bíblico, beligerante de Yahvé, para imponerse por la fuerza en un territorio que, después de dieciocho siglos de ausencia, reclama como suyo.

La religión judía tiene para sí, de acuerdo con su versión y tradición, el certificado de mayor antigüedad y el privilegio de ser la creadora del monoteísmo (aunque en realidad existen serias dudas de que lo sea): el Islam alega a su favor que por ser la última en surgir de las tres grandes religiones monoteístas, es la síntesis de las tres y conserva la pureza de la revelación. Pero la verdad es que ninguna de las dos religiones ha hecho gran cosa para contribuir a la paz y ninguna de las dos está dispuesta a ceder, aunado todo esto al fenómeno que ya hemos comentado, de que en ambos pueblos se les concede poca importancia como posible elemento que coadyuve en la solución del problema.

En el caso de Israel, la religión como tal y como parte esencial en la identificación étnica que da sentido de pertenencia al grupo sí acepta un Estado laico y da cabida, en teoría al menos, al diálogo a otras doctrinas e incluso permite la coexistencia de varios credos; en el caso de la Autoridad Nacional Palestina, hasta este momento nacida laica, parece ser que aunque se generó en un congreso islámico, existe la firme decisión de mantener el laicismo del Estado. La cuestión aquí, curiosamente, es deslindar lo religioso de lo no religioso, y aunque en sus orígenes el surgimiento de ambos pueblos tenga algunas legitimaciones religiosas, debe hacerse a un lado el aspecto confesional si se quiere llegar a un acuerdo en lo fundamental, porque a las pasiones casi siempre las enciende el fuego de la posesión de la verdad absoluta, que degenera en fanatismo de ambos lados o de la religión que se quiera. La intolerancia, asumida como arrogancia e incubada por el miedo a aceptar al otro y a sus creencias, que de antemano consideramos como erróneas y no en muchos casos como bárbaras, fuera de lugar, es hija del desconocimiento y de la falta de aprendizaje. Creer que somos poseedores de la verdad absoluta y cuestionar siempre las posturas del vecino, de nuestros congéneres, no es más que muestra inequívoca de incultura, de miedo a aceptar aquello que no conocemos, que no queremos comprender, en aras de nuestro propio interés.

La Biblia hebrea y el Corán posiblemente tienen más coincidencias que diferencias, pero ninguno de los dos textos sagrados, sobre todo en el caso de la Biblia hebrea, por lógica y por haber sido escrita casi mil quinientos años antes que el Corán,

no tienen por qué oponerse o ser excluyentes si ambas narran y hablan de la relación del hombre con su creador y proveen a éste de un código de ética que podríamos entronizar como universal. El problema no es quién tiene la razón, porque ambas, en cierta forma, hablan del mismo Dios, sino de cómo ese Dios quiere que se den las cosas, y en las dos situaciones la divinidad llega a bajar incluso a conceptos de la cotidianidad y a dictar normas que más bien deberían de formar parte de un manual de urbanidad y buenas costumbres y no de un decálogo para la convivencia y confraternidad entre los hombres. Si los dos credos aceptan que ante los ojos del único y omnipotente creador todos los hombres son iguales y deben de ser iguales, se debería buscar el acuerdo en lo fundamental y desechar lo que los aparta o desune.

Paradójicamente, el laicismo puede ser una solución al problema donde la religiosidad de unos y otros ha provocado la controversia y la guerra franca y abierta en un conflicto no provocado por la religión, aunque sí avalado ideológicamente en el caso del judaísmo. Tanto judíos como palestinos, para no hablar de árabes y complicar aún más las connotaciones, reclaman el derecho a vivir en el mismo territorio y arguyen tanto razones teológicas (los judíos) como históricas (los palestinos). Está comprobado que ambos pueblos, si vamos a dar credibilidad a que los actuales palestinos son los descendientes directos de los filisteos, llegaron en la misma época a las tierras de Canaán. Los judíos, israelitas o hebreos se dirigieron al interior y a las montañas; los palestinos, entonces filisteos, se apropiaron de las planicies costeras del sur de Palestina y desde entonces, según se presume y lo comprueba la arqueología, han vivido allí. Gaza sigue siendo la misma Gaza de que nos habla la Biblia y la historia nos revela como una ciudad Estado indómita que sólo fue conquistada por primera vez por Alejandro Magno, al igual que las otras ciudades filisteas. ¿Cuál es la solución para que dos pueblos puedan vivir en armonía y respeten su mutuo derecho a ocupar la misma tierra o al menos a colindar sin atacarse? Una, propiciar un acercamiento entre los líderes de ambos pueblos y consensuar entre la población la idea de que la convivencia es factible, dejando a un lado (situación en extremo difícil, puesto que el despojo de que fueron objeto los palestinos es irreversible y se fue fraguando a lo largo de más de setenta años) los prejuicios y resentimientos y el prurito de que uno es más importante que el otro o tiene más derecho a estar ahí. Curiosamente, en este proceso que se desea esté al margen de las connotaciones religiosas, son las mismas creencias religiosas, sustentadas por los clérigos de ambas facciones, las que deben propiciar el diálogo recíproco e invitar a la cooperación y reflexión mutuas.

Ya lo ha dicho Hans Küng, uno de los más importantes teólogos cristianos, al reflexionar sobre la importancia o el papel que juegan las religiones en la pacificación del mundo: "No habrá paz política si no hay al mismo tiempo paz religiosa". Y es que esto tiene lógica en realidad, pues entre todas las religiones hay convergencias notables porque todas ellas buscan la justicia, predicán el amor y el perdón, son proclives a la solidaridad humana y se muestran dispuestas a estar a favor de los pobres y más necesitados; el problema radica en buscar ese punto o acuerdo en lo fundamental que debe de iniciarse básicamente profesando la doctrina de la tolerancia.

Las religiones en sí, como toda doctrina o filosofía, no buscan en vano justificar el statu quo ni están al servicio o deben estar al servicio de cualquier nacionalismo o causa que no sea la de la realización del ser humano como tal, buscando siempre enaltecer la dignidad del hombre. En el caso del conflicto entre judíos y palestinos, más que tratar de justificar y avalar a través de los textos sagrados sus reclamos por la tierra y posicionar su linaje y autenticidad, tanto el judaísmo como el Islam deben converger en estrategias comunes de unión y solidaridad y buscar aquellas pequeñas cosas que los unan, como la realidad de creer en un solo Dios y, podríamos agregar, aunque con distinto nombre, en un mismo Dios.

Tanto en Israel como en los territorios palestinos la función de los clérigos y teólogos de ambas religiones es la de propiciar el diálogo e invitar a convivir de manera fraterna tanto a judíos como a palestinos e impulsar en sus respectivos líderes políticos una conciencia de equidad para que se dé una verdadera revolución en el ámbito de la justicia social y el reparto equitativo de la riqueza. No hay que dejar de lado ni olvidar que las grandes desigualdades socioeconómicas entre los pueblos son el mejor fermento para la envidia, el odio y, por consiguiente, la guerra. En el caso de Oriente Medio, y por ende en Palestina, la lucha de poderosos intereses económicos, donde el petróleo ocupa un lugar preponderante, ha movido las piezas a su antojo, sin importar las funestas consecuencias de la guerra.

En un principio, en la década de los sesenta, la Guerra Fría, auspiciando un nacionalismo árabe que pretendía reivindicar glorias pasadas teniendo como objeto de su odio común a Israel y a lo que éste representa, logró sus objetivos de distender las tensiones entre los dos grandes bloques a costa de la guerra entre árabes y judíos; después, al ir declinando el poderío de la Unión Soviética y hacer su aparición el fenómeno de la coerción internacional a través de los embargos petroleros, las reglas del juego cambiaron y quienes en un principio fomentaban por debajo la venta de

los palestinos, el Estado judío se hizo realidad y no va a echar marcha atrás. Está ahí y no va a claudicar. ¿Qué camino les queda a los palestinos? Lo sabemos, todo fue planeado minuciosamente en las diferentes esferas internacionales y cocinado tras bambalinas con el amplio apoyo económico del judaísmo. Una concepción eminentemente política, racista y excluyente: el sionismo, apoyado y fundamentado ideológicamente en un credo, se apoderó de un territorio que decidió era suyo desde siempre y por designios divinos, sin importarle a nadie el despojo de un pueblo entero. Hoy, los palestinos deben encontrar el camino de la reconciliación y la convivencia con la ayuda de la comunidad internacional, de esa misma comunidad que en su momento prestó oídos sordos a su problema y, por contradictorio que parezca, con la ayuda de sus credos, sin radicalizar posiciones ni buscar el abanderamiento de otros países árabes, que en muchas ocasiones los han utilizado para la consecución de fines muy ajenos al del progreso y crecimiento del pueblo palestino. Tal vez la solución al problema de la coexistencia pacífica en esta atribulada región la encontraremos en la adopción de políticas de tolerancia auspiciadas por una Autoridad Palestina laica y en la cooperación internacional, como ya lo hemos dicho más que obligado, puesto que si países como Inglaterra y Francia, miembros de la Unión Europea, y Estados Unidos mismos contribuyeron de manera directa a la creación del Estado de Israel en detrimento de los palestinos, deben contribuir para sacar del atraso y subdesarrollo al pueblo palestino, pero, obviamente, con la buena disposición de los líderes religiosos y de todas las iglesias que tengan cabida dentro de la región.

También, paradójicamente, las iglesias y los diferentes credos de la región deben actuar si no quieren ser rebasadas por los grupos fundamentalistas que reducen a una situación de muerte y exterminio todo el problema por la inexistencia de tolerancia. Si no se buscan los puntos en común y se deciden a adoptar todo un plan de reestructuración económica, la solución se vislumbra muy lejana y seguirá la eterna polémica decimonónica de fundamentar y polemizar una y otra vez quién tiene la razón y a quién, de acuerdo con estas posturas, le asiste la razón. Un problema que presenta tantas aristas y mueve tantas pasiones exaltadas debe empezar a solucionarse desde los púlpitos, desde las sinagogas, desde las mezquitas, para que permee en el ánimo de las nuevas generaciones desde el aprendizaje primario en el seno de los hogares y se apunte a través de los sistemas educativos institucionales.

PAGINACIÓN DISCONTINUA

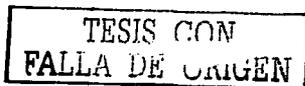
Conclusiones

Si bien es cierto que el desarrollo de una tesis es complejo, por no decir difícil, a toda tesis corresponde una antítesis dentro del planteamiento dialéctico que estamos acostumbrados a manejar; pero en el caso concreto de este trabajo, que no aspira sino a arrojar un poco de luz en un problema tan estudiado y tan interpretado y que precisamente por tener tantos altibajos cualquier solución o punto de vista que se sugiera sin duda provocará polémica, me propongo, con las limitaciones del caso, hacer los siguientes comentarios, muy discutibles pero con una lógica que nos han enseñado los diarios acontecimientos.

En el desarrollo del presente trabajo se ha corroborado, gracias a la consulta de las diferentes fuentes, tanto bibliográficas como de internet, que de las dos hipótesis planteadas al principio del trabajo sólo la segunda puede ser válida al tratar de intentar la búsqueda consensuada de una solución, ya que la primera, además de discutible, sólo es aplicable en el caso del judaísmo, no así con relación al Islam, que nada tiene que ver en el origen del problema.

La investigación y consulta de las distintas fuentes han coadyuvado a la comprensión de la problemática que existe entre israelitas y palestinos, pero antes de concluir se debe dejar claro, como se hizo en la Introducción, que no obstante que el factor religioso está y ha estado presente en el conflicto desde su origen, sobre todo por lo que al judaísmo se refiere, y ha funcionado como ideología reticente que inspira al Estado de Israel, hasta ahora ninguno de los protagonistas ha considerado las diferencias religiosas como parte del problema; éste, se apuntó al inicio del trabajo, es un tema secundario para ambos —palestinos e israelitas— que no se ha considerado como objeto de negociación y mucho menos se reconoce como protagonista del conflicto, situación que dificulta aún más el problema al aparentemente no tener ni siquiera conciencia de que el fenómeno religioso, ese bien cultural de larga duración al que se refiere Braudel y que ambos pueblos han heredado como parte de su estructura y cultura que los condiciona, no está presente en sus planes de distensión, por lo que se proponen las siguientes consideraciones finales:

Primera: *En la formación e identidad del pueblo israelita, constituido originalmente por doce tribus, la religión ha jugado a lo largo de casi tres mil años un*



papel fundamental y ha sido y sigue siendo el factor decisivo de cohesión social.

Segunda: *El Mandato Administrativo, ejercido por los británicos en Palestina con el beneplácito de la Sociedad de Naciones, auspició desde un principio la colonización sionista y cortó toda posibilidad a la población palestina de convertirse con el tiempo en un Estado independiente y, por ende, en una nación.*

Tercera: *Así como la religión de Israel llevó al pueblo judío a convertirse en un Estado-nación y afianzó durante tres mil años el concepto de identidad y pertenencia a un pueblo, la religión musulmana integró a los palestinos a la vida, usos y costumbres del Islam, sin desposeerlos de su sentido de pertenencia a un pueblo y, a futuro, a un posible Estado-nación.*

Cuarta: *Ya constituido el Estado de Israel, el conflicto israelí-palestino se inscribe dentro de los cánones de la Guerra Fría, donde el nacionalismo árabe de Nasser estaba cobijado por la Unión Soviética y el decimonónico antisemitismo ruso, pero al derrumbamiento del bloque comunista y al extenderse la globalización del terrorismo, el fundamentalismo de algunos grupos, tanto del lado de Israel como del lado de Palestina, esgrime argumentos excluyentes y genocidas como única solución al conflicto.*

Quinta: *La creación del Estado de Israel y la partición de Palestina a partir de 1948, y aún antes de esto la colonización y penetración sionista auspiciada por Gran Bretaña, han sido el detonante que ha aglutinado al pueblo palestino como nación y que le ha hecho reivindicar sus legítimas aspiraciones de constituirse en un Estado, porque mientras el Islam significó su sentido de pertenencia al pueblo árabe y estuvo bajo el dominio de estados musulmanes, su nacionalismo se mantuvo latente y de manera incipiente, como sucedió durante la ocupación del imperio otomano con la institución del millet, donde la religión era un factor de cohesión.*

Sexta: *El conflicto entre palestinos e israelitas, independientemente de ser un despojo totalmente tipificado y documentado, siempre se ha manejado dentro de la siguiente ambivalencia: por un lado, los sentimientos de hostilidad generalizados entre*

los pueblos árabes con respecto al establecimiento del Estado de Israel, en un principio se generaron a partir de concebirlo como una creación occidental, manipulada concretamente por Gran Bretaña; y por otro lado, la filiación de los palestinos al nacionalismo árabe nunca significó, en especial para los miles de campesinos palestinos desposeídos de tierra, la posibilidad de una reivindicación económica, mucho menos de una reforma social.

Como resultado de esta serie de consideraciones finales y de las ideas y los planteamientos esbozados en el último capítulo denominado "¿Un conflicto sin solución?", tengo la firme convicción de que el conflicto que desde 1948 viven judíos y palestinos —que se inició con la colonización de Palestina por judíos desde principios del siglo XX y finales del siglo XIX— no se solucionará hasta en tanto no se busque y se obtenga la reivindicación económica de los palestinos, que al ser desposeídos de sus tierras y ser marginados y convertidos en mano de obra perdieron toda posibilidad de desarrollo. Se debe buscar ese desarrollo armónico, curiosamente cobijado por gobiernos laicos legalmente constituidos, mediante las negociaciones directas entre palestinos y judíos, al amparo de una cultura de tolerancia que las religiones y los credos de la región deben auspiciar para que las futuras generaciones puedan coexistir juntas donde sus antepasados, hace más de tres mil años, lo hicieron una vez que se cansaron de pelear entre sí y decidieron que la paz era el único camino para alcanzar la prosperidad.

En el planteamiento final subyace una inquietud, y más que eso, una necesidad: la de dejar perfectamente establecido que en ningún momento, durante la elaboración del presente trabajo, se ha dudado de la legitimidad de las reclamaciones palestinas, ni tampoco de la autenticidad de éstos como pueblo; el hecho que desde el siglo VII los árabes hayan conquistado y colonizado Palestina y posteriormente haya sido escenario de las Cruzadas e incluso durante algunos períodos de tiempo estuvo en manos de europeos, como lo fue el reino cristiano de Jerusalén, no quiere decir que los palestinos como tal hayan desaparecido, ni que su causa sea menor o tengan menos derecho a reclamar lo que legítimamente les corresponde, como los judíos, sino que lamentablemente aquí se presentan dos situaciones que confunden a la opinión mundial y hace que el problema se subestime.

Por un lado, el que Palestina haya sido conquistada y pasado por un proceso de islamización, como también se dio en todo el norte de África, en toda Asia Menor y en

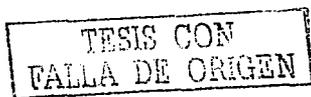
los territorios comprendidos entre el Cáucaso y más allá del mar Caspio, adelante de Irán, no quiere decir que éstos, como pueblo o grupo étnico, hayan desaparecido; tal vez como grupo dominante o mayoritario, en algunas épocas hayan pasado inadvertidos, pero nunca, jamás, desaparecido, mucho menos que se hayan desarraigado de la región, porque históricamente algunas ciudades, como Gaza, siempre han estado ahí. Si se hace una revisión cartográfica con detenimiento, se podrá constatar que desde los tiempos de los filisteos hasta ahora los palestinos han tenido como hábitat tradicional las llanuras costeras del sur de Palestina, llamada así desde los tiempos de Herodoto o Flavio Josefo, notable historiador de origen judío; situación que no sucede en el caso del pueblo judío, donde también históricamente está incluso documentada la Diáspora y el desarraigo total, por lo menos en dieciocho siglos.

Por otro lado, el hacer de la causa palestina toda una bandera de lucha y aglutinar en y hacia el pueblo judío todo el objeto de odio por parte de las naciones árabes, etiquetó a los palestinos como árabes y en no muchas ocasiones se prestó para decir que el proceso de arabización había sido tal, que como pueblo se habían fundido con los árabes, aun cuando en toda esa región el ser árabe es parte de su identidad; por lo que algunos aceptan que se les denomine árabes-palestinos. Pero aun así, es preferible hablar del proceso de islamización que de arabización, porque árabe no es sinónimo de islámico, por lo menos por lo que a raza se refiere: tal es el caso de los países africanos, que siendo de religión islámica, no son árabes de raza.

Si hoy en día, y sobre todo a raíz de la conformación y el surgimiento de la Autoridad Nacional Palestina como tal, se maneja a ésta como palestina y no como árabe, se debe seguir con ese criterio para que no sólo en los medios de comunicación, sino en la mesa de negociaciones, se reconozca su personalidad jurídica y su derecho como pueblo a constituirse en una nación y, a futuro, poder coexistir conjuntamente con Israel en la misma zona, donde el destino los ha encontrado asentados.

Pensar en soluciones extremas y de exterminio, como las que han generado las organizaciones fundamentalistas de ambos lados, sería más catastrófico aún para los sufridos habitantes de Palestina. No hay otra opción que el consensuar de manera pacífica y paulatina la idea de que dentro de la tolerancia la paz es posible, siempre y cuando lleguen a los palestinos las ventajas de varias reformas socioeconómicas que reivindicquen sus bajos niveles de vida.

Aquí, el papel de las religiones, tanto la judía como la islámica, debe ser el de un factor real de cohesión y sensibilizar a sus respectivos feligreses de la importancia



de un intercambio de ideas y puntos de vista afines sustentados sobre el auspiciamiento de una política de tolerancia, sobre todo porque en el caso de Jerusalén, ciudad sagrada para las tres religiones, confluyen todos los caminos. Si en un principio las religiones definieron la identidad tanto de judíos como de palestinos, deben, en estas difíciles circunstancias, coadyuvar a crear un clima de tolerancia que propicie el acercamiento, inicie la distensión y persuada, sobre todo a la población palestina, de la certidumbre de los deseos de paz del Estado de Israel, acompañado todo esto, como ya lo hemos dicho, de una serie de reformas económicas y sociales a favor del pueblo palestino, porque para que éste o los sucesivos procesos de paz fructifiquen, deberán descansar la integración, la paz y el consenso religioso, en las reivindicaciones económicas y sociales para todos los palestinos y en que la Organización de Naciones Unidas vigile y opere que en el proceso únicamente intervengan las partes directamente involucradas en el conflicto; de lo contrario, los procesos y las propuestas de paz se irán acumulando uno sobre otro, como propuestas que nacieron muertas, desde el momento mismo de haber sido emitidos.

Para terminar baste decir lo siguiente: no obstante que la investigación histórica nos lleva a confirmar que en efecto, el judaísmo ha influido e influye de manera determinante en la defensa que los israelíes hacen del territorio adonde ahora se asientan y constituyen un Estado, no podemos negar que el Islam, también ha influido en la forma de ser, pensar y sentir de los palestinos o árabes-palestinos como su religión predominante y que ha perneado de manera definitiva en el actuar de los grupos fundamentalistas a quienes nos les han dejado otro camino, ante el despojo de su territorio, porque mientras persista este estado de violencia, caldo propicio para el fermento de los deseos de venganza de ambos pueblos, la situación no tiene visos de solución.

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

A P É N D I C E

ÍNDICE DE MAPAS

Mapa 1. Palestina como vasallo de Egipto, 2664-2181 a.c. Escenarios de la Historia. Madrid. El País/Aguilar. Imprime Mateu Cromo. 1995. Vid. Supra. Pág. 2

Mapa 2. Palestina bajo el dominio asirio, siglo VIII a.c. Escenarios de la Historia. Madrid. El País/Aguilar. Imprime Mateu Cromo. 1995. Vid. Supra. Pág. 4

Mapa 3. La ruta de Abraham de Ur a Jarán y de Jarán a Siquén. Perego, Giacomo. Atlas Didáctico de la Biblia. Madrid. Edit. San Pablo. 2000. Vid. Supra. Pág. 7

Mapa 4. Mapa de los caminos del Exodo. Perego, Giacomo. Atlas Didáctico de la Biblia. Madrid. Edit. San Pablo. 2000. Vid. Supra. Pág. 8

Mapa 5. Mapa de los territorios de las doce tribus. Perego, Giacomo. Atlas Didáctico de la Biblia. Madrid. Edit. San Pablo. 2000. Vid. Supra. Pág. 8

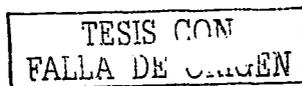
Mapa 6. Mapa de la división del reino. Perego, Giacomo. Atlas Didáctico de la Biblia. Madrid. Edit. San Pablo. 2000. Vid. Supra. Pág. 10

Mapa 7. Mapa del reino de David y Salomón. Perego, Giacomo. Atlas Didáctico de la Biblia. Madrid. Edit. San Pablo. 2000. Vid. Supra. Pág. 12

Mapa 8. Mapa actual del problema palestino-israelí. Avilés Farre, Juan. Atlas Histórico Universal. Barcelona. Diario El País Edt. 1995. Pág. 197. Vid. Supra. Pág. 18

Mapa 9. Judea como provincia romana, siglos I y II d.c. Escenarios de la Historia. Madrid. El País/Aguilar. Imprime Mateu Cromo. 1995. Vid. Supra. Pág. 25

Mapa 10. Sultanato ayubí, siglo XII Escenarios de la Historia. Madrid. El País/Aguilar. Imprime Mateu Cromo. 1995. Vid. Supra. Pág. 31



Mapa 11. La época de las Cruzadas. Escenarios de la Historia. Madrid. El País/Aguilar. Imprime Mateu Cromo. 1995. Vid. Supra. Pág. 32

Mapa 12. Palestina en la época de las Cruzadas. Escenarios de la Historia. Madrid El País/Aguilar. Imprime Mateu Cromo. 1995. Vid. Supra. Pág. 32

Mapa 13. El Islam. La expansión del califato. Escenarios de la Historia. Madrid. El País/Aguilar. Imprime Mateu Cromo. 1995. Vid. Supra. Pág. 47

Mapa 14. Palestina bajo el dominio del imperio otomano. Escenarios de la Historia. Madrid. El País/Aguilar. Imprime Mateu Cromo. 1995. Vid. Supra. Pág. 54

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

**Palestina como vasallo de Egipto
2664-2181 a.c.**

Mapa No. 1



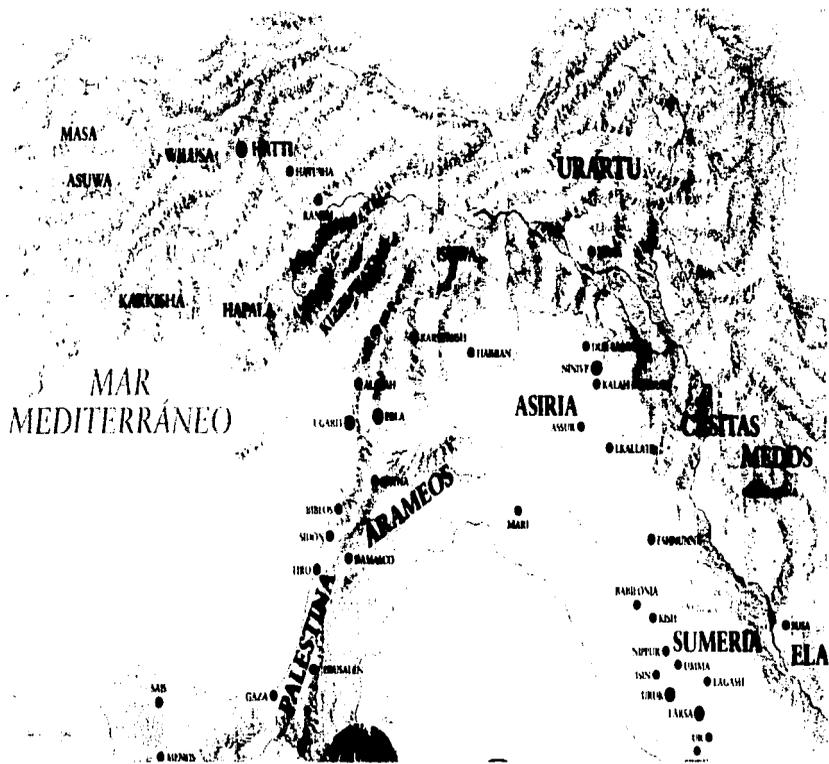
FUENTE: ESCENARIOS DE LA HISTORIA
EL PAIS/AGUILAR
IMPRIME: MATEU-CROMO
1995

VIII-A

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

Mapa No. 2

Palestina bajo el dominio Asirio
Siglo VIII a.c.



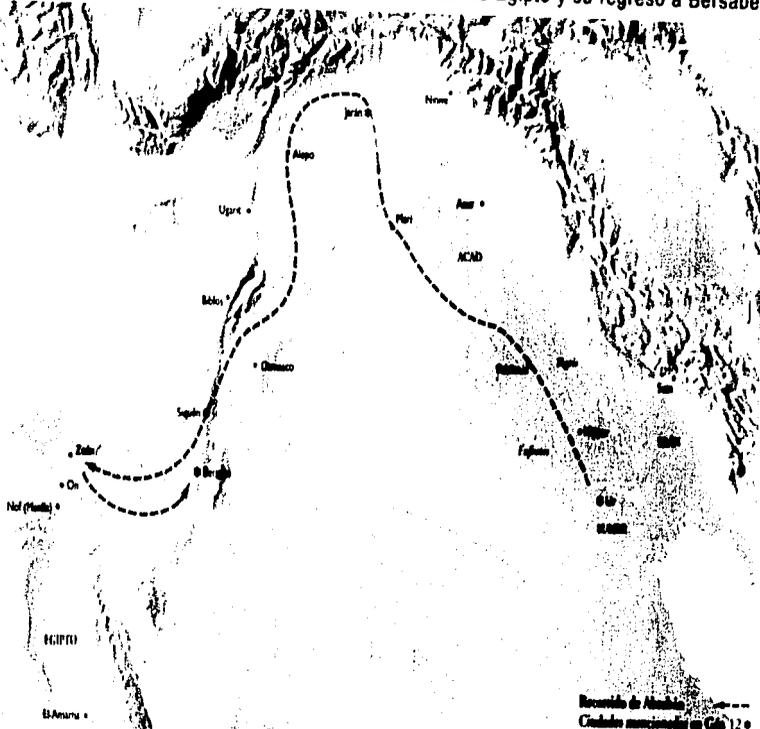
VIII - B

TESIS COM
FALLA DE SANCEN

FUENTE: ESCENARIOS DE LA HISTORIA
EL PAISAJULAR
IMPRIME: MATEU-CROMO
1995

Mapa No. 3

La ruta de Abrahán de Ur a Jaran y de Jarán a Siquén,
a tierras de Egipto y su regreso a Bersabé



Ruta de Abrahán
Ciudades mencionadas en Gén 12 e

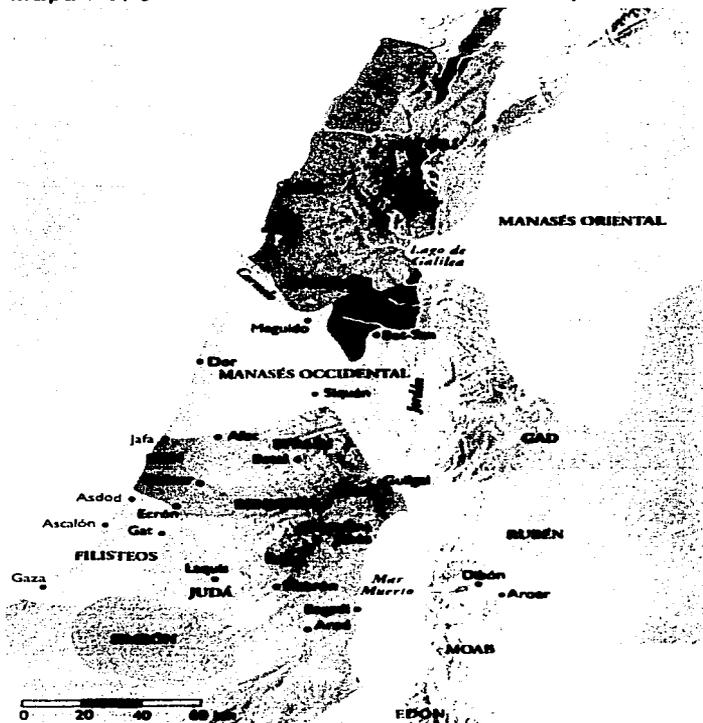
PEREGO, GIACOMO
ATLAS DIDACTICO DE LA BIBLIA
MADRID
EDITORIAL SAN PABLO
2000

TESIS COM
FALLA DE UNGEN

NUM 4

Mapa No. 5

Mapa de los territorios de las doce tribus
(Jos 13-21)

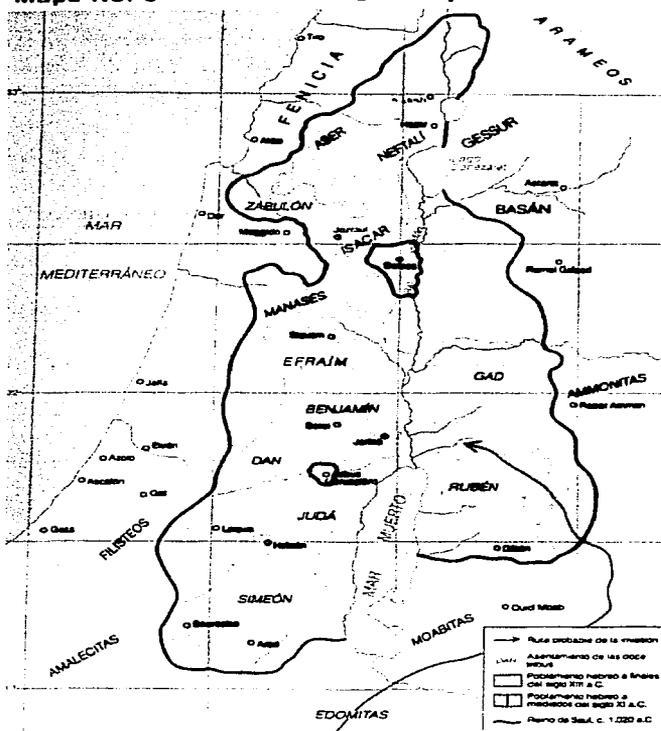


PEREGO, GIACOMO
ATLAS DIDACTICO DE LA BIBLIA
MADRID
EDITORIAL SAN PABLO
2000

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

Mapa No. 6

La conquista de Canaán



FUENTE: ESCENARIOS DE LA HISTORIA
EL PAISAJUULAR
IMPRIME: MATEU-CROMO
1995

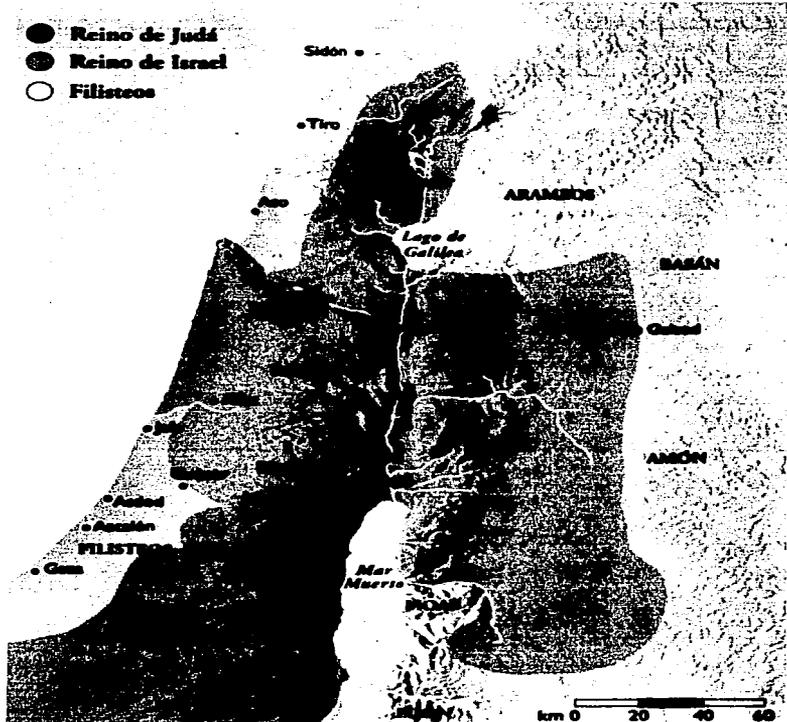
VIII-F

TESORO CON
FALLA DE IN

Mapa No. 7

Mapa de la división del reino
(1Re 12-13; 2Crón 10)

- Reino de Judá
- Reino de Israel
- Filisteos



PEREGO, GIACOMO
ATLAS DIDACTICO DE LA BIBLIA
MADRID
EDITORIAL SAN PABLO
2000

Mapa No. 8

Mapa del reino de David y Salomón



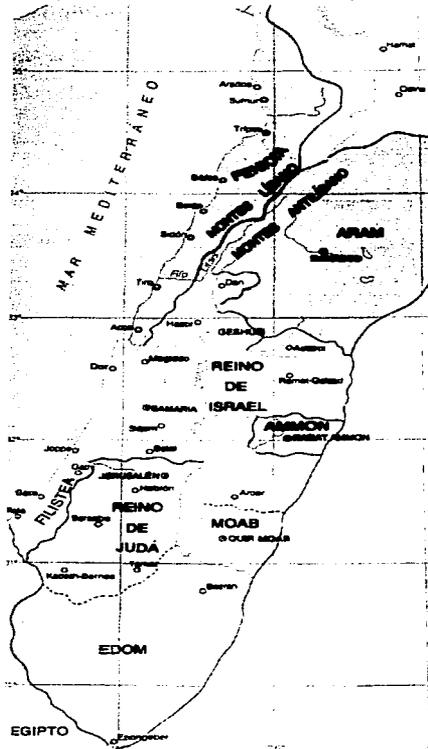
PEREGO, GIACOMO
ATLAS DIDACTICO DE LA BIBLIA
MADRID
EDITORIAL SAN PABLO
2000

VIII-H

TESIS CON
FALLA DE BERGEN

Mapa No. 9

Israel y Judá

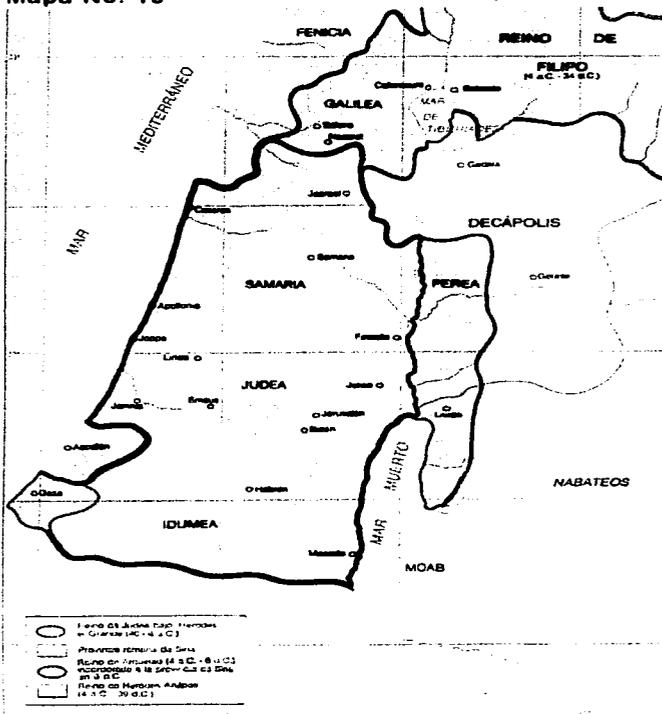


FUENTE: ESCENARIOS DE LA HISTORIA
EL PAIS/AGUILAR
IMPRIME: MATEU-CROMO
1995

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

Mapa No. 10

Palestina en tiempos de Cristo

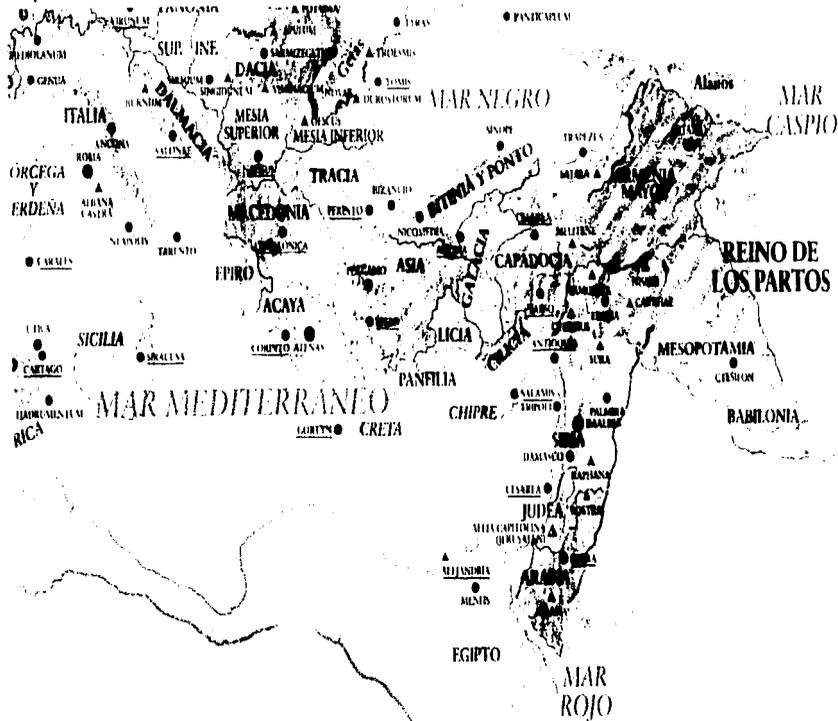


FUENTE: ESCENARIOS DE LA HISTORIA
EL PAIS/AQUILAR
IMPRIME: MATEU-CROMO
1998

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

Judea como provincia Romana
Siglos I y II d.c.

Mapa No. 11



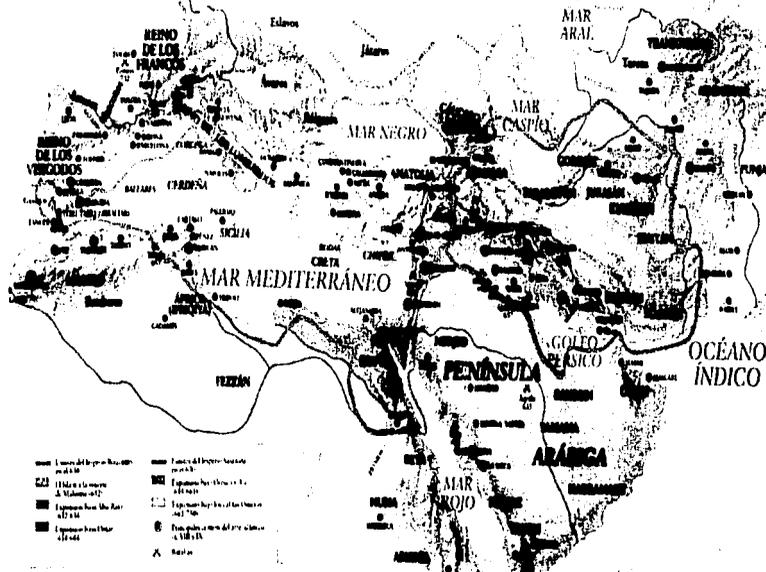
III - K

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

FUENTE: ESCENARIOS DE LA HISTORIA
EL PAISAJUAL
IMPRIME: MATEU-CROMO
1995 (mapa 5)

Mapa No. 12

El Islam. La expansión del Califato



TESIS COM
 VALIA DE CARGEN
 MATEU-CROMO

FUENTE: ESCENARIOS DE LA HISTORIA
 EL PAISAGUILAR
 IMPRIME: MATEU-CROMO
 1985

Palestina en la época de las Cruzadas

Mapa No. 14



FUENTE: ESCENARIOS DE LA HISTORIA
EL PAIS/AGUILAR
IMPRIME: MATEU-CROMO
1995

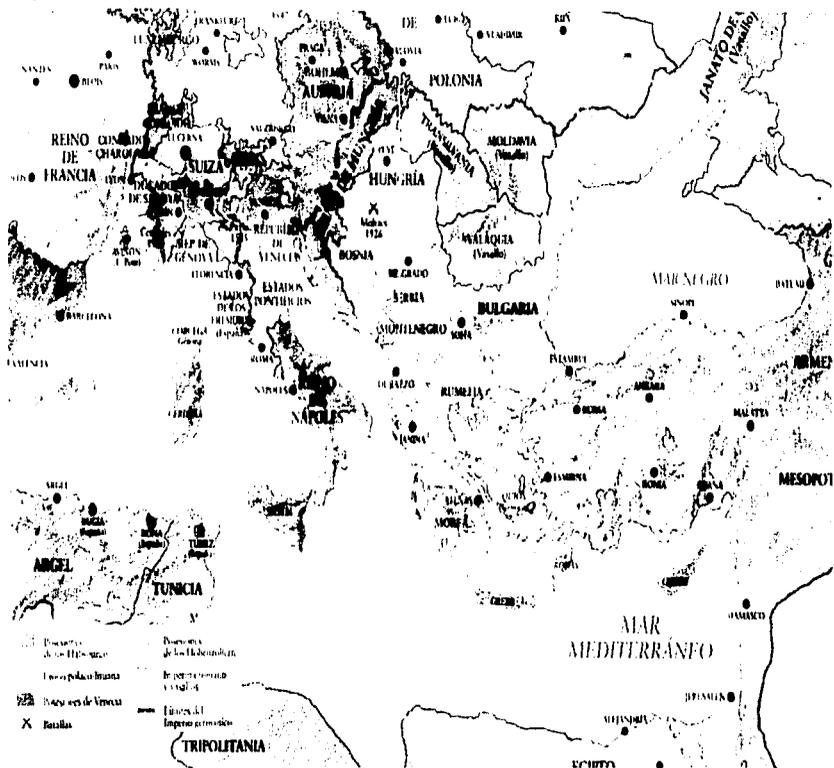
TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

TESIS COM
FALLA DE CALLEN

011-0

Mapa No. 16

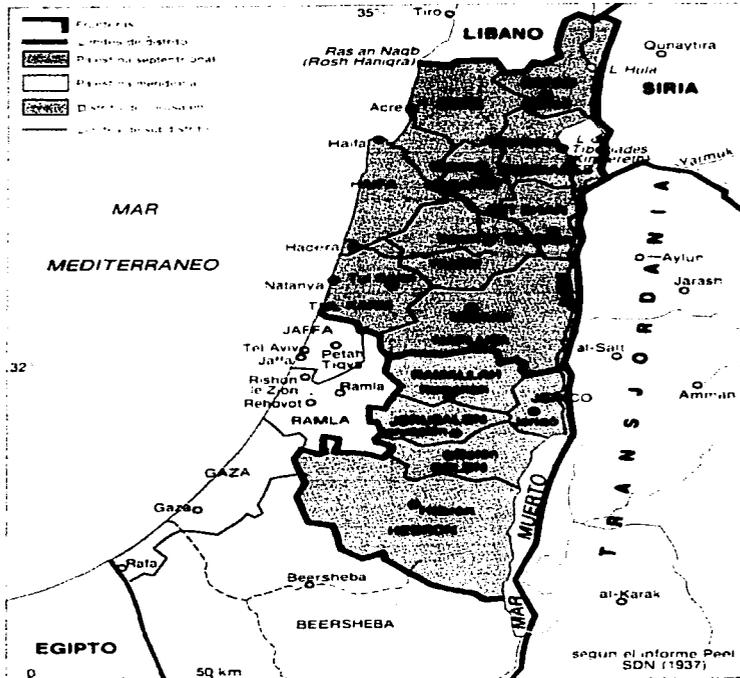
Palestina bajo el dominio del imperio Otomano



FUENTE: ESCENARIOS DE LA HISTORIA
EL PAISAJUULAR
IMPRIME: MATEU-CROMO
1995

Mapa No. 17

Palestina bajo Mandato Británico



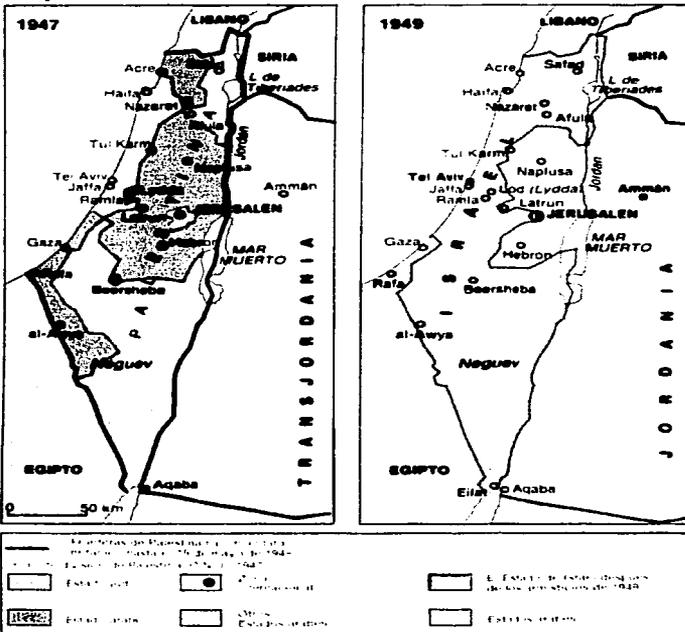
FUENTE: DUBY, GEORGES
ATLAS HISTÓRICO MUNDIAL
BARCELONA
EDITORIAL DEBATE S.A.
1997, PÁG. 212

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

III-P

Mapa No. 18

Formación del Estado de Israel

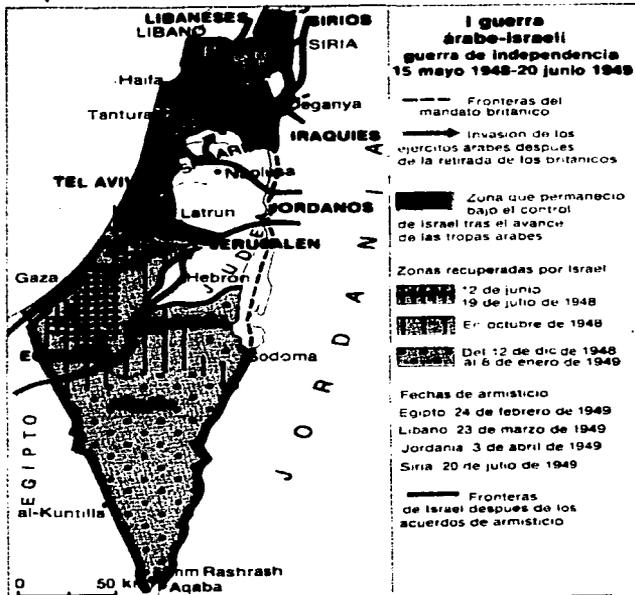


FUENTE: DUBY, GEORGES
 ATLAS HISTÓRICO MUNDIAL
 BARCELONA
 EDITORIAL DEBATE S.A.
 1997, PÁG. 213

TESIS CON
 FALLA DE ORIGEN

Mapa No. 19

**I Guerra Árabe-Israelí
Guerra de independencia
15 mayo 1948-20 junio 1949**



**I guerra
árabe-Israelí
guerra de independencia
15 mayo 1948-20 junio 1949**

--- Fronteras del
mandato británico

→ Invasión de los
ejércitos árabes después
de la retirada de los británicos

■ Zona que permaneció
bajo el control
de Israel tras el avance
de las tropas árabes

Zonas recuperadas por Israel

■ Del 12 de junio
al 19 de julio de 1948

■ En octubre de 1948

■ Del 12 de diciembre de 1948
al 6 de enero de 1949

Fechas de armisticio

Egipto 24 de febrero de 1949

Libano 23 de marzo de 1949

Jordania 3 de abril de 1949

Siria 20 de julio de 1949

— Fronteras
de Israel después de los
acuerdos de armisticio

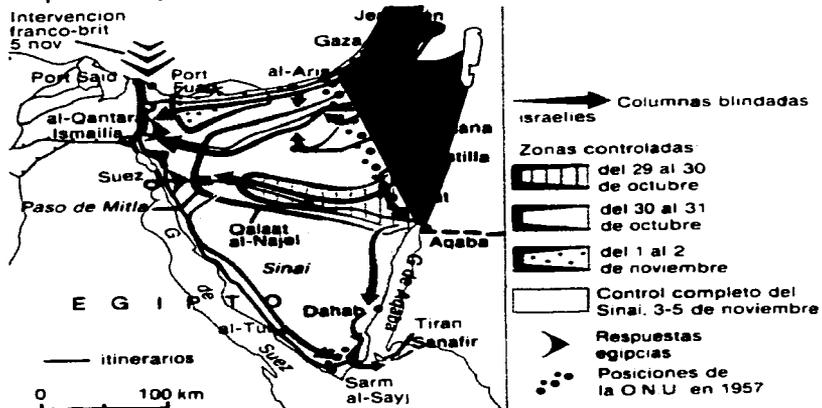
FUENTE: DUBY, GEORGES
ATLAS HISTÓRICO MUNDIAL
BARCELONA
EDITORIAL DEBATE S.A.
1997, PAG.212

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

**II Guerra Árabe-Israelí
Conflicto con Egipto
Octubre 1956**

Mapa No. 20

Intervención
franco-brit
5 nov

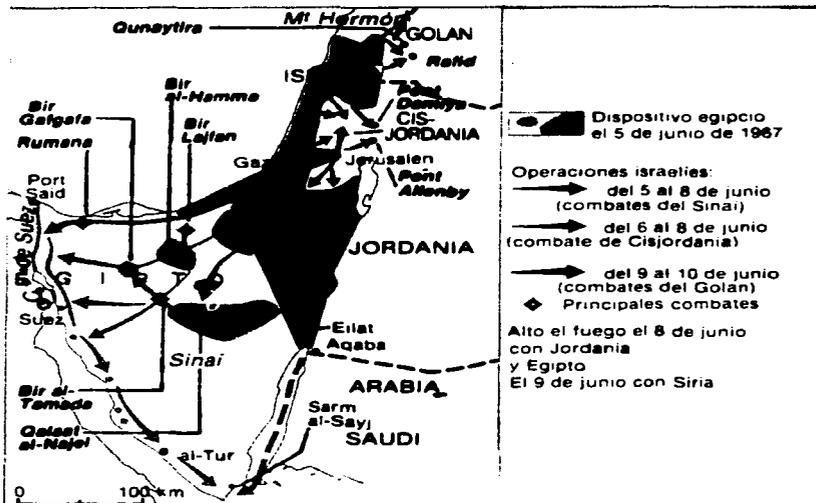


FUENTE: DUBY, GEORGES
ATLAS HISTÓRICO MUNDIAL
BARCELONA
EDITORIAL DEBATE S.A.
1997, PÁG. 214

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

**III Guerra Árabe-Israelí
Guerra de los seis días
5-10 junio 1967**

Mapa No. 21

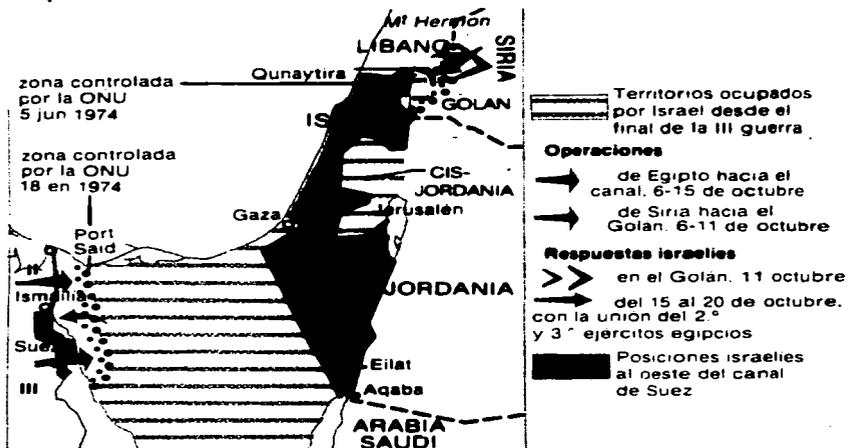


FUENTE: DUBY, GEORGES
ATLAS HISTÓRICO MUNDIAL
BARCELONA
EDITORIAL DEBATE S.A.
1987, PÁG. 215

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

Mapa No. 22

IV Guerra Árabe-Israelí
Guerra del Yom Kippur
Octubre 1973



FUENTE: DUBY, GEORGES
ATLAS HISTÓRICO MUNDIAL
BARCELONA
EDITORIAL DEBATE S.A.
1997, PÁG. 215

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

APÉNDICE DE TEXTOS

TEXTO COMPLETO DE LA DECLARACIÓN DE INDEPENDENCIA DEL ESTADO DE ISRAEL

“Eretz-Israel (Tierra de Israel) fue el lugar de nacimiento del pueblo judío. Aquí toma forma su identidad espiritual, religiosa y política. Aquí obtuvieron por vez primera un Estado, crearon valores culturales de importancia nacional y universal y aportaron al mundo el Libro de los Libros.

Después del exilio forzoso de su tierra, el pueblo mantuvo su fe a través de su dispersión y no cesó de rezar y de esperar la vuelta a su tierra y la restauración en ella de su libertad política.

Empujados por estos lazos históricos y tradicionales, los judíos se esforzaron a través de las generaciones en establecerse de nuevo en su antigua tierra. En las últimas décadas volvieron en masa. Pioneros «mapilim» (inmigrantes que van a Eretz-Israel desafiando la legislación restrictiva) y defensores hicieron florecer el desierto, re vivir la lengua hebrea, construyeron pueblos y ciudades, y crearon una comunidad próspera controladora de su propia economía y cultura, amante de la paz pero sabiendo defenderse, aportando los bienes del progreso a los habitantes de todos los países y aspirando a una nación independiente.

En el año 5657 (1897), en el requerimiento del padre espiritual del Estado judío, Theodor Herzl, el Primer Congreso Sionista convino y proclamó el derecho del pueblo judío a su renacimiento nacional en su propio país

Este derecho fue reconocido en la Declaración de Balfour de 2 de noviembre de 1917 y reafirmado en el Mandato de la Liga de las Naciones, que en concreto sancionó la conexión histórica entre el pueblo judío y Eretz-Israel y el derecho del pueblo judío a rehacer su casa nacional.

La catástrofe que recientemente padeció el pueblo judío —la masacre de millones de judíos en Europa— fue otra demostración clara de la urgencia de la resolución de este problema de falta de hogar mediante el restablecimiento de Eretz-Israel como Estado judío, que abriría ampliamente las puertas de su tierra a cada judío y daría al pueblo judío el status de pleno reconocimiento con miembro de la comunidad de naciones.

Los supervivientes del holocausto nazi en Europa, así como los judíos de otras partes del mundo, continuaron emigrando a Eretz-Israel superando las dificultades, restricciones y peligros, y nunca cesaron de afirmar su derecho a una vida digna, libre y honrada en su tierra nacional. Durante la Segunda Guerra Mundial, la comunidad judía de este país participó plenamente en la lucha entre las naciones que defendían la libertad, paz y amor contra la maldad de las fuerzas nazis, y con la sangre de sus soldados y su esfuerzo militar ganó el derecho a figurar entre los pueblos fundadores de las Naciones Unidas.

El 29 de noviembre de 1947, la Asamblea General de las Naciones Unidas aprobó una resolución proclamando el establecimiento del Estado judío en Eretz-Israel; la Asamblea General solicitaba la adopción por los habitantes de Eretz-Israel de todas las medidas necesarias para la ejecución de esta resolución. El reconocimiento del derecho del pueblo judío a establecerse en su Estado, hecho por las Naciones Unidas, es irrevocable.

El derecho es el derecho natural del pueblo judío de ser dueño de su propio destino, como todas las naciones, en su propio Estado soberano.

En conformidad, nosotros, miembros del Consejo del Pueblo, representantes de la comunidad judía de Eretz-Israel y del Movimiento Sionista, estamos aquí reunidos en el día del final del mandato británico sobre Eretz-Israel y, en virtud de nuestro derecho natural e histórico y la fuerza legal de la resolución de la Asamblea General de las Naciones Unidas por la presente declaramos el establecimiento del Estado judío en Eretz-Israel, que será conocido como Estado de Israel.

Declaramos que con efecto desde el momento de la terminación del Mandato, que será esta noche, vísperas del Sabat, el 6 Iyar 5708 (15 de mayo de 1948), antes del establecimiento de las autoridades del Estado regularmente elegidas de acuerdo con la Constitución que deberá adoptarse por la Asamblea Constituyente, elegida no más tarde del 1 de octubre de 1948, el Consejo del Pueblo actuará como Consejo Provisional del Estado, y su órgano ejecutivo, la Administración del Pueblo, será el Gobierno Provisional del Estado judío, llamado Israel.

El Estado de Israel estará abierto a la inmigración judía y a la recogida de los exiliados, fomentará el desarrollo del país para el beneficio de todos sus habitantes, estará basado en la libertad, justicia y paz como lo preveían los profetas de Israel, asegurará la total igualdad de derechos sociales y políticos a todos sus habitantes, sin consideración de religión, raza o sexo; garantizará la libertad de religión, conciencia,

lengua, educación y cultura, protegerá los lugares sagrados de todas las religiones y será fiel a los principios de la Carta de las Naciones Unidas.

El Estado de Israel está dispuesto a cooperar con las agencias y representaciones de las Naciones Unidas para ejecutar la resolución de la Asamblea General de 29 de noviembre de 1947, y adoptará todas las medidas necesarias para la unión económica de todo Eretz-Israel.

Apelamos a las Naciones Unidas para que ayuden al pueblo judío en la construcción de su Estado y para que reciban al Estado de Israel en el Comité de Naciones.

Apelamos, en medio del ataque emprendido contra nosotros desde hace meses, a los habitantes árabes del pueblo de Israel para que conserven la paz y participen en la construcción del Estado, en las bases de ciudadanía plena e igual y representación correspondiente en todas sus instituciones provisionales y permanentes.

Extendemos nuestra mano a todos los Estados vecinos y a sus gentes y ofrecemos paz y buenas relaciones, y apelamos a ellos para el establecimiento de puntos de cooperación y ayuda mutua con el pueblo judío establecido en su propia tierra. El Estado de Israel está dispuesto a hacer todo lo posible en un esfuerzo común para el progreso de Oriente Próximo.

Apelamos a todo el pueblo judío de la Diáspora para que colabore junto con los judíos de Eretz-Israel en la labor de inmigración y de construcción y para que esté unido a ellos en la gran lucha por la realización del sueño de los tiempos, la redención de Israel.

Poniendo nuestra confianza en el Todopoderoso firmamos esta declaración en esta sesión del Consejo de Estado provisional en la tierra de nuestro hogar, en la ciudad de Tel-Aviv, en vísperas del Sabat del día 5 de Iyar, 5708 (14 de mayo de 1948).

David Ben Gurion"

Fuente: Historiasiglo20.org. **Declaración de Independencia de Israel (14 de mayo de 1948)**. El sitio Web de la historia del siglo 20.(<http://www.historiasiglo20.org/TEXT/israelindependencia.htm>)

TESIS CON
FALDA DE COPIA

Análisis de la Declaración Balfour

Fruto de una prolongada labor diplomática, la Declaración Balfour representa la culminación de una aspiración del sionismo por obtener una garantía para colonizar Palestina. Gran Bretaña apadrinará, desde 1917, esta empresa que causaría un problema de profundo significado jurídico-político. Dos aspectos de esta declaración merecen ser analizados: el contenido político de la misma y su valor jurídico internacional expuesto en el punto siguiente.

A) Contenido Político

Para hacer una sana hermenéutica de la Declaración Balfour se impone definir el concepto de hogar nacional que ella introduce. En efecto, el gobierno de Su Majestad "ve con beneplácito el *establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío...*". Es indispensable conocer el testimonio de Max Nordau, dirigente sionista, sobre este punto:

"Hice lo posible por convencer a los partidarios de la creación del Estado judío en Palestina de que podríamos utilizar un circunloquio que expresara plenamente lo que queríamos, pero en forma tal de evitar toda provocación a los administradores turcos de la tierra deseada. Sugería *Heimstätte* como sinónimo de 'Estado'... Esa es, pues, la historia de esa expresión tan comentada. Era equívoca, pero todos sabíamos lo que significaba. Para nosotros significaba *Judenstaat* en ese entonces y lo sigue siendo ahora." 7

El mismo A. J. Balfour, comentando acerca del sentido de la Declaración, manifestó en un consejo de gabinete:

"La declaración no implica necesariamente el 'próximo' establecimiento de un Estado Judío independiente, lo que es una cuestión del desarrollo progresivo según las leyes ordinarias de la evolución política.

"En un breve plazo, Palestina se convertirá en una Commonwealth que se gobernará a sí misma bajo los auspicios de una mayoría judía establecida allí".⁸

Pero una sutileza se presenta en la forma de establecer un "Hogar Nacional Judío": lo que podría significar un propósito humanitario se convirtió en el pretexto colonialista por excelencia. El presidente norteamericano W. Wilson expresó después de la guerra:

*I am persuaded that the Allied nations, with the full concurrence of our Government and our people, are agreed that in Palestine shall be laid the foundations of Jewish Commonwealth.*⁹

Este aspecto de la declaración debe integrarse al sentido general que rige el espíritu de la misma. Así, "El Gobierno de Su Majestad... hará cuanto esté en su poder para facilitar el logro de ese objetivo, quedando claramente entendido que no se tomará ninguna medida que pueda perjudicar los derechos civiles y religiosos de las comunidades no judías de Palestina...". Esta salvaguardia se inscribe en el ánimo colonial que impera en la Declaración. En efecto, los derechos civiles y religiosos de las comunidades no judías de Palestina (más del 90% de la población) deberían ser respetados, lo que se entiende en la medida que una empresa colonizadora no perjudique a la población nativa. Para no fracasar en el programa colonialista, los *derechos políticos* —que no garantiza esta Declaración para musulmanes y cristianos— quedarán reservados a los sionistas. La distinción, en este punto, es de vital importancia, por cuanto la situación colonial va adquiriendo un tinte más definido en Palestina. Apenas el 90% de la población manifieste su *voluntad política* —a través de sus *derechos políticos*— quedaría sin vigor la Declaración que fue emitida por un gobierno extraño a Palestina.¹⁰

La otra salvaguardia que se introdujo en la Declaración Balfour —a instancias de E. Montagu— se refiere al respeto de los derechos políticos que deberían conservar los judíos en cualquier otro país, para serenar los ánimos de los judíos antisionistas, que se consideraban con todos los deberes y derechos de los Estados a que pertenecían. La redacción de esta

salvaguardia contrasta con la anterior, por el empleo en ella de los derechos que se negaban a las comunidades musulmana y cristiana ("quedando claramente entendido que no se tomará ninguna medida que pueda perjudicar... o los derechos y la condición política de que gocen los judíos en cualquier otro país").

B) Valor Jurídico Internacional

La carta de simpatía que el ministro A. J. Balfour envió a Lord Rothschild referente a las pretensiones del sionismo es jurídicamente inválida, y, para el derecho de gentes, no debería producir efecto alguno. Un serio examen de la Declaración que se estudia encuentra las siguientes razones de fondo:

1. Gran Bretaña no podía disponer de Palestina por cuanto, en la fecha que fue redactada la declaración, Palestina formaba parte del imperio otomano y el régimen administrativo excluía toda injerencia extranjera sobre los asuntos palestinos. Hacer promesa a una organización de los derechos de un país que el prometiende no puede ofrecer, recuerda el principio civil *nemo jus in re aliena tribuere potest* (nadie puede conceder derecho sobre cosa ajena). Tal como lo explica Sol M. Linowitz: "Sin embargo, el hecho más importante e indiscutible es que la Declaración en sí misma es jurídicamente inválida. En efecto, Gran Bretaña no ejercía la soberanía sobre Palestina, no tenía derechos de propiedad y carecía de autoridad para disponer de la tierra. La Declaración era meramente una expresión de las intenciones británicas y nada más que eso".¹¹

El análisis presentado por quien fuera presidente de la CIJ, Jules Basdevant, en su curso de doctorado (París, 1936-37, pág. 198), fortifica nuestra opinión al respecto.

Puntualiza Basdevant:

"Ningún Estado tiene el poder de extender a su arbitrio su propia competencia, en detrimento de los otros Estados y los otros pueblos. El Derecho Internacional no reconoce al Estado británico más competencia que sobre sus territorios y sobre sus sujetos nacionales".¹

2. La Declaración, además, es inválida por la falta de representación en que se hallaba Lord Rothschild al momento de su envío. Ello lo convierte en un acto ilegítimo que vicia toda manifestación de voluntad. En efecto, "la Declaración Balfour no es el resultado de un acuerdo interestatal. No es más que una carta enviada por Lord Balfour a una persona privada que no tenía ningún título para contraer un compromiso oficial ya que su destinatario, Lord Rothschild, súbdito británico sionista, no representaba siquiera a la comunidad judía, la cual, por otra parte, no era sujeto de derecho internacional".
3. Y por último, pero no por ello menos importante, la Declaración Balfour es ineficaz ab initio por cuanto representa la denegación de los derechos políticos de los habitantes de Palestina. El derecho a la libre determinación, que se abría camino durante el curso de la Gran Guerra, fue desconocido y aplastado para Palestina. Los judíos, musulmanes y cristianos de Palestina habían manifestado su aversión al sionismo. Durante el crepúsculo de la era colonial, el sostenimiento de un programa de esta índole significaba la denegación de los fundamentales e inalienables derechos humanos. Se propiciaría la implantación del racismo y la destrucción de la Nación Palestina (que, de hecho, estaba integrada por tres religiones monoteístas), así como la aparición de un Estado confesional, únicamente integrado por miembros de religión judía, para lo cual habría que expulsar a más del 90% de la población, que era musulmana y cristiana. Una declaración en tal sentido se opone a los principios que derivan del derecho natural y, por desconocer la aspiración del derecho de gentes - a saber: el bien común de la humanidad -, significa un gravísimo retroceso del ideal señalado.

Fuente:

http://www.comunidadpalestina.org/balfour/balfour_contenido.htm.

BIBLIOGRAFÍA

Adams, C. Charles. Islam and Modernism in Egypt. London. 1933. 234 págs.

Asimov, Isaac. La Tierra de Canaán. México. Alianza Editorial. Colección de Bolsillo No. 784. cuarta edición. 1983. 290 págs.

Asimov, Isaac. Guía de la Biblia: Antiguo Testamento. segunda edición. Barcelona. Editorial Plaza & Janés. Colección Tribuna No. 87. 1989. 633 págs.

Asimov, Isaac. El Cercano Oriente. México. Alianza Editorial. 1982. 225 págs.

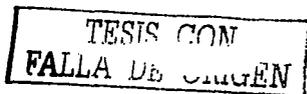
Berman, Paul. El Filósofo del Terror Islámico. Letras Libres. México. Julio 2003, Año V, Número 55.
Págs. 28-36

Biblia de Jerusalén. Madrid. Editorial Española Desclée de Brouwer S. A. 1998. 1895 págs.

Biblia Hebrea. "Torá y Profetas Primeros". Editorial Sinaí. México. 1975. 660 págs.

Boff, Leonardo. Fundamentalismo. La globalización y el futuro de la humanidad. Santander. Editorial Sal Térrea. Colección Breve No. 37. 2003. 99 págs.

E. Bassin y J. Bottero. Los Imperios del Antiguo Oriente. 2 Vols. México. Editorial Siglo XXI. 2000. 683 págs.



Braudel, Fernand. La Historia y las Ciencias Sociales. México. Alianza Editorial. 1995. 222 págs.

Barreñada, Isafas. Palestina: Introducción y raíces del conflicto en www.nodo50.org/palestina/intropal.htm.

Bunge, Mario. La Investigación Científica. Barcelona. Editorial Ariel. 1973. 995 págs.

Duby, Georges. Atlas Histórico Mundial. Barcelona. Editorial Debate, S.A. 1997. 314 págs.

Finkelstein, Louis, ed. The Jews: Their History, Culture and Religion. 2 vols. Second ed. New York 1955. 512 págs.

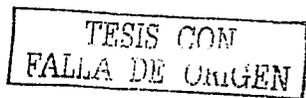
Freud, Sigmund. Moisés y la Religión Monoteísta y otros Ensayos sobre Judaísmo y Antisemitismo. Buenos Aires. Editor Proyectos Editoriales. Colección Raíces. Aires 1988. 215 págs.

Grimberg, Carl. Revoluciones y Luchas Nacionales. Barcelona. Editorial Daimon. 1973. Colección Historia Universal No. 10. 432 págs.

G.E. Von Grunebaun. El Islam. México. Editorial Siglo XXI. 1980. 461 págs.

Gouilly, Alphonse. L'Islam devant le monde moderne. París 1945. 198 págs.

Gerald Reitinger. La Solución Final. Barcelona. Editorial Grijalbo. 1973. 559 págs.



H. Kinder y W. Hilgemann. Atlas Histórico Mundial. 2 Vol. Madrid. Editorial Libro de Bolsillo Istmo. 1980. 669 págs.

Historia de la Humanidad. Bajo el Patrocinio de la UNESCO. Barcelona. Planeta/Sudamericana. Tomo 12. 1963. 559 págs.

Historiasiglo20. org. Declaración de Independencia de Israel (14 de mayo de 1948). El sitio Web de la historia del siglo 20.
(<http://www.historiasiglo20.org/TEXT/israelindependencia.htm>).

History of the Peace Conference of Paris. London. A cargo de H.W.V. Temperley 1924. Tomo VI.

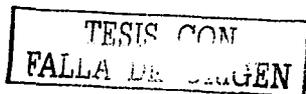
Mahoma. El Corán. Joaquín García Bravo, Trad. México. Editora Nacional. Colección Económica "Libros de Bolsillo" No. 302. 1966. 470 págs.

Markus, Hattstein. Religiones del Mundo. Barcelona. Editorial Könemann. 1997. 120 págs.

Jomier, Jacques. Para conocer el Islam. Pamplona, Navarra. Editorial Verbo Divino. 2002. 65 págs.

Gabriel Kolko. Políticas de Guerra. Barcelona. Editorial Grijalbo. 1974. 886 págs.

Kennedy, Paul. Auge y Caída de las Grandes Potencias. Barcelona. Plaza & Janés. 168 págs.



Leyens, Germán, trad. The Origin of the Palestine-Israel Conflict. Judíos por la Justicia en el Oriente Próximo. Z- Net en Español.

Lilla, Mark. Europa y el Malestar en las Ideas Políticas. "Letras Libres". México. Julio 2003, Año V. Número 55. Págs. 22-26.

Malet, Alberto y Maquet Carlos. El Oriente. México Editora Nacional. . D.F. 1969. 184 págs.

Samuel, Albert. Las Religiones en Nuestro Tiempo. Pamplona, Navarra Editorial Verbo Divino. 2000. 218 págs.

Perego, Giacomo. Atlas Didáctico de la Biblia. Madrid. Editorial San Pablo. 2000. 32 págs.

Torradeñot, Francesc y la colaboración de Albert Moliner y Francesc Rovira. Asociación UNESCO para el Diálogo Interreligioso. Diálogo entre religiones "Textos Fundamentales". Madrid. Editorial Trotta 2002. 182 págs.

Trabulsi Rodinson. Compilador. La Revolución Palestina y el Conflicto Árabe-Israelí. Buenos Aires. Editado por Cuadernos de Pasado y Presente. 1970. 136 págs.

V. Autores. Las Religiones Antiguas. Vol. I, II y III. Edit. Siglo XXI. México 2001. 1400 págs.

